

PATRICIO ORELLANA VARGAS

CONTRA LA DICTADURA

MINI MEMORIA 1973-1992

SERIE HISTORIA

§

EDITORIAL SENDA/SENDAL FÖRLAG I STOCKHOLM

CONTRA LA DICTADURA.

Patricio Orellana Vargas

mini memoria 1973-1992

Registro de propiedad intelectual ISBN N° 978-91-86431-28-7

Versión en internet disponible en <http://www.probidadenchile.cl>

Fotos de Cristián Orellana, Javier Guíñez, Bernard Burel, Patricio Orellana, Polyvisie Hilversum y Jan Stegeman

Se autoriza citar y/o reproducir parcial y totalmente con la única condición de citar la fuente.

*Homenaje a dos personas integrales**

Angélica Gimpel

Rosa Rubilar

*Integrales porque eran íntegras y coherentes en todo su actuar.

SIGLAS MENCIONADAS EN EL TEXTO

ACNUR	ALTO COMISIONADO DE LAS NACIONES UNIDAS PARA LOS REFUGIADOS
BUS	BRIGADA UNIVERSITARIA SOCIALISTA
CNI	CENTRAL NACIONAL DE INFORMACIONES
CODES	COMITÉ DE DERECHOS SINDICALES
CODEH	COMITÉ DE DERECHOS HUMANOS
CODEHS	COMITÉ DE DERECHOS HUMANOS Y SINDICALES
CODEJU	COMITÉ DE LOS DERECHOS DE LA JUVENTUD
CODEPU	COMITÉ DE LOS DERECHOS DEL PUEBLO
COMSODE	COMISION DE SOLIDARIDAD Y DESARROLLO
COPACHI	COMITÉ DE COOPERACIÓN PARA LA PAZ EN CHILE
DINA	DIRECCIÓN DE INFORMACIONES NACIONAL
ENA	ÉCOLE NATIONALE D'ADMINISTRATION (FRANCIA)
ENA	ESCUELA NACIONAL DE ADIESTRAMIENTO (CHILE)
FASIC	FUNDACIÓN DE AYUDA SOCIAL DE LAS IGLESIAS CRISTIANAS
HURIDOCs	HUMAN RIGHTS INFORMATION AND DOCUMENTATION SYSTEM INTERNATIONAL
IC	IZQUIERDA CRISTIANA
MAPU	MOVIMIENTO DE ACCIÓN POPULAR UNITARIA
MIR	MOVIMIENTO DE IZQUIERDA REVOLUCIONARIA
ONU	ORGANIZACIÓN DE LAS NACIONES UNIDAS
PC	PARTIDO COMUNISTA
PDC	PARTIDO DEMÓCRATA CRISTIANO
PIDEE	PROGRAMA DE PROTECCIÓN DE LA INFANCIA DAÑADA POR LOS ESTADOS DE EMERGENCIA
PS	PARTIDO SOCIALISTA
UDI	UNIÓN DEMÓCRATA INDEPENDIENTE
UNESCO	COMISIÓN DE LAS NACIONES UNIDAS PARA LA EDUCACIÓN Y LA CULTURA
VOP	VANGUARDIA ORGANIZADA DEL PUEBLO
WUS	SERVICIO UNIVERSITARIO MUNDIAL

ÍNDICE

<i>Introducción</i>	7
CAPÍTULO I	
<i>1973. El día que nos cambió la vida</i>	8
CAPÍTULO II	
<i>1932- 2015 Mis antecedentes</i>	12
CAPÍTULO III	
<i>1973-75 Legalidad y Clandestinidad</i>	13
CAPÍTULO IV	
<i>1974-75 El Comité de Cooperación para la Paz en Chile</i>	18
CAPÍTULO V	
<i>1975 Interludio en Mondragón</i>	24
CAPÍTULO VI	
<i>1975-78 La red informal</i>	25
CAPÍTULO VII	
<i>1978-79 El CODEHS</i>	34
CAPÍTULO VIII	
<i>1979-80 Militancia política y lucha por los derechos humanos</i>	34
CAPÍTULO IX	
<i>1980-81 Intermedio en el Reino Unido</i>	47
CAPÍTULO X	
<i>1981-85 La Comisión Chilena de Derechos Humanos</i>	55
CAPÍTULO XI	
<i>1985-1990 FASIC, Fundación de Ayuda Social de las Iglesias Cristianas</i>	64
CAPÍTULO XII	
<i>La labor política</i>	74
CAPÍTULO XIII	
<i>1990-93 Retorno a la Vicaría de la Solidaridad</i>	82
CAPÍTULO XIII	
<i>Nuevos compromisos</i>	85
<i>ANEXO: Libros y artículos sobre Derechos Humanos de Patricio Orellana Vargas</i>	89
APÉNDICE	91

CONTRA LA DICTADURA

Patricio Orellana Vargas

mini memoria 1973 - 1992

INTRODUCCIÓN.

Mi amigo Luis Fuentes Labarca escribió sus memorias en el libro “*Militantes*”. Como toda memoria que se precie de tal, es una obra de un millar de páginas. Ya publicó el primer tomo de 390 páginas que se extiende desde 1930 hasta 1973. En 1973, como muchos militantes de los partidos de izquierda, Fuentes se exilió, en su caso, en Canadá. Al escribir su libro y llegar a la fecha fatídica del 11 de septiembre de 1973 llegó a la conclusión que tenía que describir lo que pasaba en Chile en ese tiempo y me pidió que yo le escribiera unas veinte carillas contando mis experiencias durante la dictadura en nuestro país, de esa manera lograría continuidad en su escrito. Me lo pidió a mí porque somos de la misma generación y ambos fuimos militantes de la izquierda. Yo lo hice, pero no pude contener mis recuerdos de ese período en veinte páginas y lo más breve que logré fue un escrito de sesenta. El problema para Fuentes fue que si incluía las sesenta páginas más, desnaturalizaba su propia obra y pasaban a ser memorias de ambos. Pero para mí era imposible reducir lo que había hecho, de manera que acordamos que él seleccionaría algunos párrafos de lo mío, de manera que no fuera tan extenso y quizás podría constituir un capítulo de no más de veinte páginas.

Ese es el origen de este escrito. Yo nunca pretendí escribir mis recuerdos porque no creo que mi vida revista mucho interés, excepto, quizás para algunos de mis familiares y para contados amigos. Como ya estaba escrito, decidí no perder el trabajo realizado y lo revisé un poco, agregué algunos acontecimientos no registrados y con mi hijo Cristián le incorporamos algunas fotos para hacerlo visualmente más interesante.

Después llegué a la conclusión de que debería compartirla con todos mis amigos que estuvieron exiliados, pues ellos no vivieron la experiencia de vivir bajo una dictadura interminable y probablemente, si no hubieran tenido que irse al exilio, habrían tenido una etapa en su vida parecida a lo que yo viví. Por ese motivo decidí enviárselas, ya sea por e-mail o por correo, asumiendo que podría ser de su interés. Pero correré el riesgo.

Muchos de mis amigos, compañeros y colegas de diversas etapas de mi vida debieron abandonar el país, después de haber pasado por las cárceles, campos de concentración y centros de tortura o quedar cesantes. A ellos dedico estas notas y específicamente a los dirigentes de los estudiantes nocturnos con los que en nuestra juventud realizamos grandes luchas por nuestros derechos en las jornadas que culminaron el 2 de abril de 1957, especialmente a Enrique Dobry, Reinaldo Valverde, Julio César Ortiz y el mismo Luis Fuentes. Dedico este modesto trabajo a mis compañeros de estudios universitarios, Luis Felipe Richardson y Carlos Bongcam. También a aquellos con los cuales trabajé en la Universidad de Chile, Daniel Moore, Claudio Jedlicki, Mariano Moreno, Briones y Morgenstein y a los que conocí en la Universidad Católica, Hortensia Arizabalo y otros profesores. Por supuesto, a mis

colegas profesores de la Escuela de Ciencias Políticas y Administrativas, Clodomiro Almeyda, Carlos Altamirano, Angélica Gimpel, Ricardo Salas, Mireya Barros y muchos otros profesores que estuvieron en el exilio. También a algunos alumnos como Robinson Pérez y María Eliana Labra. Especialmente lo dedico a los compañeros de trabajo de la ENA, con los cuales vivimos el día trágico del 11 de septiembre de 1973: Nery Barrientos, Raquel Guzmán, Nuria Cunill, Sonia Sescovich, Ricardo Sanhueza, Edgardo Braggio, Clara Norambuena, Eduardo Vargas, Mirta Padilla, Virginia Ramos, Vera Korolkov, Tarzán de Castro, Juan Fuenzalida, José Manuel López, Nelly Fernández, Luisa Werth, María Cristina Uslenghi, Vladimiro Arellano y Nelson Ávila, todos los cuales debieron exiliarse. Y están mis amigos militantes que tuvieron refugiarse: Elvira Condori, Toti Briones y María Eugenia en Francia; Victor Condori, Juan Condori, Mirna, Manuel Dinamarca, Isidoro Bustos, Alfonso Guerra y María Elena Carrera en Alemania; Olimpia en Grecia; Castillo en Holanda; Jorge en Luxemburgo; Sonia en Noruega; Santiago en Suiza; Mercado, Ernesto Benado, Renato Cárdenas y Pocho en Inglaterra; el doctor Ramos y su esposa en Italia; Virginia Vidal en la Unión Soviética; Antonio Aranda en Escocia; Manuel Acuña en Suecia y a otros muchos exiliados que conocí en mis viajes. Todos los que menciono aquí y otros amigos sufrieron el exilio y yo me permito contarles lo que me pasó a mí durante esa dictadura insoportable, quizás a ellos les hubiera ocurrido algo parecido... o distinto.

CAPÍTULO I

1973. El día que nos cambió la vida.

Un día de septiembre.

En la mañana del 11 de septiembre de 1973, como de costumbre, me dirigí al trabajo en mi citroneta. Había mucho silencio y poco tráfico. De repente, una señora con un niño en brazos me hizo señas desesperadas para que parara, así lo hice y me pidió que la llevara, me contó que había un golpe militar. ¡Había ocurrido lo que tanto temíamos!

Como vivía cerca y no me desviaba de mi camino, la aproximé a su hogar y después continué mi viaje.

Como habíamos decidido en el núcleo del Partido Socialista, en caso de un alzamiento militar debíamos juntarnos en la Escuela Nacional de Adiestramiento (ENA), en la cual trabajábamos, y un compañero debía ir al local del PS a buscar las armas para defender el gobierno popular.

Cuando llegué a la Escuela, el encargado nos comunicó que había intentado ir al local del Partido, pero que éste estaba ocupado por militares. Varios trabajadores empezaron a quemar documentos que parecían comprometedores y pronto decidimos retornar a nuestras casas pues la radio informaba del establecimiento de un toque de queda y nosotros no podíamos hacer nada sin armas.

De regreso a casa, el tráfico era más intenso y casi todos los vehículos iban a gran velocidad, se oían balazos y cañonazos esporádicos. Al llegar a casa y mirar la televisión se podía apreciar los tanques, aviones y tropas muy bien armadas. Entonces comprendí lo ingenuo de nuestra intención de defender el gobierno, las únicas armas que esperábamos recibir eran pistolas calibre 22 y nuestro entrenamiento había sido de dos horas para saber cómo usarlas.

Yo vivía -y aún vivo- en una población situada frente al cordón Vicuña Mackenna, sector industrial que iba a ser un baluarte en la imaginaria defensa del Gobierno Popular. Nuestra casa, al igual que otro

centenar, tenía un segundo piso con balcón que miraba hacia el mencionado cordón que estaba a pocos metros de distancia. En las fábricas había obreros esperando las armas, pero era evidente que éstas no llegaron y poco a poco se fueron retirando, aunque algunos debieron permanecer porque se aproximaba el toque de queda y los que vivían lejos, probablemente, no alcanzarían a llegar a sus hogares.

En la tarde de ese día, los militares ocuparon las casas del sector. Un sargento y tres conscriptos entraron a la mía y se instalaron en el balcón con sus armas apuntando hacia las fábricas del frente, las que estaban aparentemente sin personas, aunque yo había observado que los obreros que se habían quedado estaban ocultos. Los militares permanecieron varias horas y en un momento vieron que detrás de una pandereta se veían cabezas que se movían, uno de los soldados pidió permiso para disparar, como si fuese algo interesante o divertido, el sargento no lo autorizó y poco más allá, donde la pandereta ya terminaba, se pudo ver que los que se movían eran otros soldados. Finalmente el sargento recibió la orden de que se retiraran. Fue un gran alivio, pues providencialmente, solo habían permanecido en la casa y no entraron a un cobertizo que había construido y que estaba lleno de libros, afiches y volantes de la Unidad Popular y del PS.

Desde el comienzo era claro que el golpe militar tenía una inspiración de extrema derecha y que la dignidad humana no sería respetada en absoluto. Los bandos oficiales transmitidos por radio y televisión lo mostraban claramente y toda la información se concentraba en ataques en contra del marxismo leninismo, del cual supuestamente nos estaban salvando. Repetían constantemente los nombres de las personas que debían entregarse a las fuerzas armadas, figurando entre ellos el Ministro de Hacienda y el Director de Presupuestos, los dos superiores de la Escuela donde trabajaba. Gracias a ser poco importante, yo no estuve entre los llamados.

Días después, cuando se reabrieron las oficinas públicas, el país era otro, todo era distinto. Al presentarme en mi trabajo se me informó que, además de ser despedido, sería procesado porque debía dar cuenta de algunos elementos que faltaban al hacer el inventario. Los elementos desaparecidos eran corcheteras y perforadoras de insignificante valor y sólo una proyectora de diapositivas perdida era algo de mayor costo en aquella época. De nuevo ocurrió algo favorable para mí. Los militares golpistas habían ocupado la ENA los días anteriores buscando opositores y armas, sin encontrar nada, pero de todas maneras se habían llevado varios bultos. Uno de los profesores de la escuela, Boris Krauss, hermano de Enrique Krauss, líder de la Democracia Cristiana, que había apoyado el golpe, había sido designado como Director interino de la Escuela y como tenía grandes influencias entre los golpistas fue a la Escuela Militar, donde estaban lo que se habían llevado de nuestras oficinas y encontró la proyectora que se me acusaba de haber sustraído. De esta manera quedé libre de esa culpa.

En realidad, el personal de esta Escuela, que dependía del Ministerio de Hacienda, sólo sufrió el despido de unos 30 de sus 45 funcionarios. Comparado con otros casos eran sanciones mínimas. Casi frente a la Escuela estaba, por ejemplo, el CONICYT (Consejo Nacional de Investigación Científica y Tecnológica) y se pudo ver cómo los militares hacían formarse a los trabajadores y de una lista ya preparada, obligaban a numerosos hombres y mujeres a subirse a camiones para ser conducidos a los campos de concentración. Ocurría que en las primeras semanas del golpe hubo algo así como un feudalismo militar y cada general o almirante aplicaba en su sector los niveles de represión que estimaba conveniente, en el caso del Ministerio de Hacienda, del cual dependía mi escuela, el Almirante Lorenzo Gotuzzo, a cargo, sólo reprimió encarcelando a dos o tres de los directivos máximos

y despidiendo a los que hubieran pertenecido o apoyado a la Unidad Popular. Posteriormente la represión se uniformó y fue terriblemente violenta.



Los trabajadores de la ENA en una manifestación de la Unidad Popular en marzo de 1973.

La xenofobia anti latinoamericana.

El nuevo gobierno militar, encabezado por Pinochet, diariamente transmitía ataques en contra de los latinoamericanos que se habían refugiado en Chile durante el gobierno de Allende. Por el hecho de que esta Escuela tenía muchos profesores uruguayos, bolivianos y brasileños que estaban refugiados en Chile, pues en sus países había dictaduras, la represión en contra de ellos fue especialmente dura y casi todos debieron refugiarse en embajadas. Esta tarea riesgosa fue realizada por los profesores franceses, Bernard Burel, Claire Ival y Arnaud Beauville que se atrevieron a llevarlos, a pesar de las prohibiciones y cercos alrededor de las embajadas. Claire Ival, que siempre vestía blue jeans, apareció vestida elegantemente, como corresponde a una funcionaria diplomática, para así impresionar a los policías que vigilaban las embajadas. Sin embargo, uno de los profesores refugiados, Tarzán de Castro, brasileño, fue detenido y debió permanecer varios días en el Estadio Nacional, transformado en campo de concentración.

Días después, yo estaba en la esquina de Avenida Grecia y Salvador, cerca del Estadio Nacional, cuando vi pasar un convoy de camiones militares que llevaban prisioneros y vi en el último a mi amigo Tarzán y lo saludé levantando la mano, él se percató de inmediato. Uno de los militares que iba en el camión, reaccionó apuntándome con su arma, pero otro le hizo bajar el rifle. Me pareció increíble que por saludar me iban a disparar. Temí que a Tarzán lo llevaran a otro centro de reclusión, pero después supe que por gestiones de ACNUR y por un comité ecuménico se había logrado que los refugiados latinoamericanos fueran llevados a un recinto amparado por Naciones Unidas.

En 2013 el Museo Histórico Nacional realizó una exposición sobre el golpe militar, uno de los paneles fue el siguiente:



Mi nombre es
Patricio Orellana Vargas.
Mi edad es 81 años.
Soy administrador público
y me he dedicado
casi toda mi vida a trabajar
como docente,
especialmente en la
Universidad de Chile.

Yo en esa época era director de
Escuela Nacional de Adiestramiento
para Funcionarios Públicos.
Los que allí trabajábamos teníamos
el compromiso de defender el
gobierno popular, pero realmente
imposible defender el gobierno
porque poseíamos pistolas calientes
y nuestro adiestramiento había
sido de dos horas para defender el
gobierno constitucional.

Tuve que dejar mis actividades
académicas. Un sacerdote franciscano
me invitó a participar en el Consejo
de Cooperación para la Paz y trabajé
durante casi toda la dictadura
en el Comité de Derechos Humanos
y Sindicales que dirigía don Claudio
Blest. Esta fue la fuente principal
de los informes que Naciones Unidas
redactó sobre la situación de Chile.

Posteriormente trabajé en la Vicaría
de la Solidaridad, y se me encargó
un estudio sobre la represión en Chile,
llegando a la conclusión de que
el centro de la represión había
sido la tortura.

CAPÍTULO II

1932- 1973 Mis antecedentes.

Una vida en pocas líneas.

Desde joven yo era un activo militante de izquierda, a los 18 años ingresé a las juventudes comunistas y participé, junto a Luis Fuentes y otros muchos jóvenes, en las luchas estudiantiles ya que ambos éramos estudiantes nocturnos. Yo era presidente del centro de alumnos de mi liceo y más tarde presidente de la Confederación de Estudiantes Nocturnos. Fui uno de los que inició la lucha interna para democratizar al Partido Comunista y junto con otros fui expulsado por “desviaciones de la línea política”. En esas circunstancias organizamos un movimiento juvenil independiente de izquierda llamado 2 de Abril y apoyamos la candidatura de Salvador Allende en 1958. Desde los 14 años trabajaba como obrero en la Editorial Almendros y era cargador de camiones y aseador. Más tarde trabajé varios años, entre 1951 y 1958, en la Fábrica de Paños Bellavista-Tomé en Santiago como empleado, mientras estudiaba de noche. Sin embargo, en 1958 fui despedido abruptamente pues había llegado un informe del Servicio de Investigaciones que daba a conocer que era un peligroso comunista, aunque realmente ya no era comunista. Quedé cesante y no pude encontrar trabajo. En esas condiciones, habiendo ya rendido el Bachillerato y teniendo 27 años, decidí ingresar a la Universidad de Chile a estudiar Ciencias Políticas y Administrativas, mientras mis compañeros tenían 18 o 19 años. Durante seis años estudié apasionadamente y terminé tres de las cuatro especialidades que daba la Escuela, gracias a que mis hermanas mayores me dieron alojamiento y comida.

En casa de mi hermana Adriana no había espacio para mí y construí una pieza con dos paredes de papel. El papel era grueso y lo barnicé, como en las casas japonesas, con pintura al aceite, de manera que era impermeable. Después viví en casa de mi otra hermana y tampoco había pieza para mí, aproveché la existencia de dos pasillos junto a una sala y como bastaba con uno, utilicé el otro pasillo como dormitorio, a pesar de que era muy angosto. Ambas hermanas fueron muy generosas, aunque eran personas de ingresos bajos. Durante esos años fui profesor de mis sobrinos y ayudé en otras tareas como vendedor en el pequeño comercio que tenía una de ellas.

Cuando me recibí, casi de inmediato ingresé a trabajar en Naciones Unidas como estadístico, operando unas máquinas gigantescas de la época. Allí trabajé durante cinco años llegando a ser profesor ayudante en varias cátedras y gané un concurso como profesor en la Universidad de Chile, creí que ya tenía mi futuro asegurado conforme a mi vocación docente. Ya me había incorporado al Partido Socialista superando mi antigua vinculación al comunismo.

CAPÍTULO III

1970-73 Legalidad y clandestinidad.

Héroes, santos o imprescindibles.

En mi trabajo empecé a conocer personas que han sido ejemplares en mi vida y poco a poco fui definiendo en ellos elementos de genialidad, santidad o heroísmo y los que Bertolt Brecht calificaba de “imprescindibles”. Entre ellos están el economista argentino Pedro Paz que generosamente me ayudó en mi desarrollo en Naciones Unidas, Angélica Gimpel, con quien trabajamos en varios proyectos de Historia en Naciones Unidas y años después en la lucha por los derechos humanos y finalmente el profesor Gonzalo Martner. Y muchos otros que aparecerán en el relato, aunque también se describirá un caso negativo de corrupción y debilidad ideológica.



Gonzalo Martner García.

Martner (no confundir con su hijo del mismo nombre) era un directivo en Naciones Unidas, especialista en Finanzas Públicas y Planificación y había asesorado a numerosos gobiernos de América Latina, África y Asia. Su manual de Presupuestos por Programas era utilizado en muchos países. Martner era un hombre de una gran simpatía y elocuencia, el mejor profesor que he conocido, en la primera clase se ganaba la admiración de sus alumnos por su profundidad y al mismo tiempo su sentido práctico. Escribía libros a una velocidad increíble, pero lo más destacado era su consecuencia con los principios socialistas que sustentaba. Abandonó el alto cargo que tenía en Naciones Unidas para ser ministro de su amigo Salvador Allende y lo respaldó permanentemente. En 1973, antes del golpe, le colocaron una bomba en su casa y probablemente como consecuencias de ello sufrió de una grave parálisis que lo tuvo inmóvil mucho tiempo.

También era profesor en la Escuela de Ciencias Políticas y yo llegué a ser su ayudante y aprendí mucho de él. Era un profesor que lograba la atención total de los alumnos y cada clase era una joya para ellos. Cuando sufrió el ataque de las bombas traté de verlo muchas veces, pero la familia no aceptaba visitas, finalmente, varios años después del golpe, logré comunicarme con él telefónicamente y le conté que me había incorporado al movimiento de derechos humanos y él me felicitó. Años más tarde supe que murió.

Cuando era Ministro de Planificación, Martner me llevó a trabajar con él y me encomendó que diseñara un sistema de participación de los trabajadores en la dirección de las empresas, porque había que construir una democracia con una participación efectiva de los trabajadores, según decía: Lenin sostenía que el socialismo era soviets más electrificación, es decir participación y desarrollo tecnológico, pero en la Unión Soviética, con Stalin, los soviets dejaron de ser órganos de participación y fueron copados por el Partido. En Chile no podíamos cometer el mismo error. Luego me nombró

Director de la ENA, Escuela Nacional de Adiestramiento para Funcionarios Públicos, que era una copia de la famosa ENA francesa y que contaba con la asesoría de ese país. Me encomendó la tarea de que esta Escuela y otras se dedicaran a capacitar a los trabajadores para la participación. Tarea en la que me empeñé durante todo el gobierno de la Unidad Popular.

Mi vida cambió totalmente con el golpe militar, además de dejar de ser director de la Escuela mencionada, yo era profesor de la Universidad de Chile y de la Universidad Católica. De ambas fui exonerado inmediatamente después del golpe. A la Universidad de Chile me atreví a ir a recibir la exoneración y el Director de la Escuela de Ciencias Políticas y Administrativas, Marcelo Mancilla, que era demócrata cristiano, me explicó que ellos apoyaban el gobierno militar para asegurar una rápida democracia. Se produjo una violenta discusión, y yo le dije que eran cómplices de las masacres y torturas que en ese momento se estaban realizando. Felizmente no me mandó preso, quizás porque habíamos sido compañeros de curso. En cambio, a la Universidad Católica decidí no presentarme, pues supe que algunos profesores que lo habían hecho fueron arrestados y aún figuran en las listas de detenidos desaparecidos.

Cambio y botones.

En los pocos días transcurridos, yo percibía que la dictadura iba a ser larga y terrible como lo demostraba la muerte de Allende y de muchos de sus seguidores y el establecimiento de campos de concentración y de torturas. Las noticias de ejecuciones disfrazadas de intentos de fuga o de motines eran cosa diaria. En muy pocos días había personas normales que se habían transformado en torturadores y asesinos, otros cambiaban radicalmente de actividad y de ideas. En consecuencia, me propuse destinar todo mi empeño, día a día, a luchar en contra de la dictadura, decisión que reiteré en numerosas oportunidades, pues los hechos confirmaron la naturaleza inhumana de este gobierno. Ya se veía que muchos perseguidos se asilaban en las embajadas o salían del país, yo me dije que sólo me iría si había un riesgo evidente en contra de la vida de mi familia o la mía. Yo respetaba a los que tenían que asilarse, pero entendía que en mi caso debería ser la última posibilidad.

Era evidente que muchos ni siquiera se refugiaban en embajadas, simplemente se iban del país pues era claro que el gobierno militar no podía tener una política de impedir la salida de los opositores, al contrario, parecía estimular que ellos se fueran. Así supe que numerosos profesores exonerados de mi escuela se habían ido de Chile a los pocos días del golpe, lo mismo ocurría con algunos vecinos. Yo no los criticaba en absoluto, cada uno de ellos sabía sus condiciones personales y familiares.

Uno de los profesores de mi escuela, Ricardo Salas, que también era socialista y había sido exonerado, se apresuró a preparar su viaje con toda su familia a Venezuela y me invitó a una fiesta familiar de despedida. Ya era invierno y como hacía frío había que ir con abrigo. Al llegar a su casa había varios invitados y como era habitual, los abrigos se amontonaban encima de una cama en un dormitorio. Poco después de mi llegada, para mi sorpresa, llegó un militar de la FACH y saludó a todos los presentes. Yo eludí saludarlo y fui a otro lado y conversé con Salas, diciéndole que me parecía increíble que se iba del país obligado por el golpe militar y que invitara a un militar responsable de esta situación. Salas me dijo que era un pariente y que sólo era un cabo o sargento que no tenía responsabilidad en el golpe. Yo quedé muy indignado y fui a buscar mi sobretodo para irme y allí, en el dormitorio, junto a los otros, estaba el abrigo azul con botones dorados del militar. Entonces yo corté los hilos de todos los botones y dejé el abrigo con los botones sueltos y ordenados como si estuvieran puestos y me fui inmediatamente.

En el viaje de regreso a mi casa me reía pensando en el momento en que el militar se iba a poner el abrigo y los botones saltarían para todos lados. Supongo que se daría cuenta que era una muestra de repudio.

Años después, cuando Salas regresó de su exilio, me dijo que cuando eso ocurrió, sospechó de mí. Parece que tuvieron que coserle los botones y darle grandes disculpas. Salas me dijo que hasta temió que me detuvieran y procesaran, pues para los militares eso podría ser una ofensa a los sagrados símbolos del ejército. Yo no había pensado en ese riesgo y nunca me arrepentí de haberlo hecho.

De catedrático a chofer.

La tarea era encontrar cómo vivir. Sabía que eso de ir a la clandestinidad era una utopía si uno no tenía medios para hacerlo, pues había que trabajar para tener los medios de vida para mantener la familia y cumplir con las obligaciones contraídas, especialmente el pago de los dividendos de nuestra casa, ya que a esa fecha sólo habíamos cancelado cinco años de un crédito de veinte. ¡Quedaban quince años por cubrir!

Esta deuda significaba una amenaza permanente, pues cualquier atraso significaría que el banco haría efectiva la deuda total y nos quitaría la casa. Como estuve varios años sin ingresos fijos, la situación se tornaba macabra en algunas oportunidades, pero, en 1976 mi suegra nos pagó los dividendos de un año completo y en 1980 tuve que aceptar una beca del WUS que significaba un ingreso para mi familia en Chile y de esta manera pudimos pagar los dividendos de otros 16 meses. El WUS, World University Service, cumplió una destacada acción en favor de los académicos y estudiantes universitarios chilenos perseguidos por la dictadura de Pinochet.



Nuestra casa de Avenida Marathon en el año 2014, (acrílico de Patricio Orellana)

En mi juventud yo había estudiado mueblería y carpintería en la Escuela de Artes y Oficios y quizás podría trabajar en algo similar, pues las posibilidades de volver a ser catedrático o profesor eran imposibles bajo la dictadura. Había un primo de mi esposa que tenía una mueblería y él aceptó

incorporarme a su pequeña empresa. En realidad era un taller diminuto, con sólo dos o tres maestros y estaba ubicado en la población Santa Julia, que tenía fama de ser una zona de mucha delincuencia. Mi primo era bastante pobre y su pequeña empresa ocupaba la mitad de su casa, que era una típica vivienda social, muy pequeña y con un patio muy reducido, por lo cual, parte de los trabajos se hacían simplemente en la calle.

Allí conocí la realidad de la pobreza de las pequeñas empresas, se vivía al día y a veces no había cómo pagar los salarios. En mi caso personal, mi frustración fue total. Lo que sabía de carpintería era elemental y no podía compararme con los maestros que dominaban el oficio a la perfección, pero como tenía una citroneta le instalé una parrilla y rápidamente me hice imprescindible para acarrear materias primas y para llevar muebles a los compradores. A pesar de ser un vehículo muy liviano me sirvió eficazmente. Así que acordamos con mi primo que me pagaría el salario mínimo y el consumo de bencina, lo que era muy conveniente para el funcionamiento de la empresa y para su bolsillo personal. De este modo, trabajé varios meses y poco a poco fui encargándome, además, de tareas administrativas y de mantener en orden los materiales. En las pequeñas empresas de esa época la explotación era terrible y en la empresa donde trabajaba no había pago de imposiciones previsionales ni seguridad laboral, varios de los carpinteros que trabajan temporalmente tenían uno o más dedos amputados, siempre se les debían salarios y a veces, simplemente no había trabajo, por lo cual no había dinero. Y sin embargo, eran excelentes maestros.

En esas condiciones trabajé varios meses durante 1973 y 1974 hasta que un día, un cliente me canceló un trabajo importante y en ausencia de mi primo, yo era el encargado de recibir estos pagos. Poco después pasó un carpintero al cual se le debían salarios de hacía varios meses y regularmente pasaba a ver si se le entregaba lo debido. Como en ese momento había dinero yo procedí a pagarle, lo que no era mucho. Pero cuando llegó mi primo y supo que había saldado esta deuda se indignó y recién me di cuenta que a aquellos que regularmente venían a cobrar salarios pendientes nunca se les pagaría. De esta manera, a fin de mes mi primo me dijo que no era necesario mi aporte a su empresa y quedé despedido... pero había resistido varios meses más en Chile.

Obrero de la construcción.

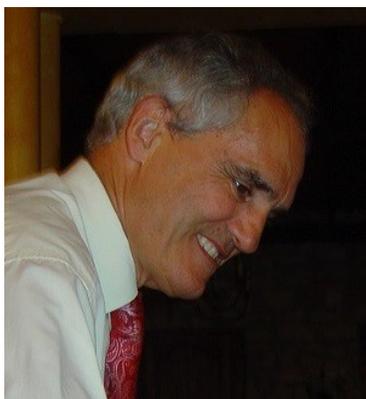
Naturalmente que durante estos meses yo traté de comenzar mi lucha en contra de la dictadura que era cada vez más feroz, pero casi todas las redes organizacionales habían desaparecido, no se podía hablar con nadie, incluso con los obreros de la empresa había que tener cuidado de lo que se decía, nadie era seguro.

El núcleo en el cual militaba había desaparecido y todos nos habíamos dispersados, varios eran extranjeros y estaban refugiados en embajadas o se habían ido del país. El secretario del núcleo, Patricio Andrade, que era muy extremista, había llegado a proponer que el PS se retirara del gobierno porque decía que Allende era un burgués. Así como él había otros que hablaban de la lucha armada y que habían desaparecido totalmente y no había lucha armada en ninguna parte.

Años después, encontré al mencionado Secretario y le recordé su posición y negó totalmente que él hubiera sostenido esas proposiciones descabelladas ¿Se había olvidado? ¿Negaba su pasado?

Así como él había numerosos, trotskistas, chinoístas y anarquistas que hablaban de la necesidad de la lucha armada y ahora era el momento de hacerla, pero habían desaparecido y muchos se habían refugiado en las embajadas o ya se habían ido del país. Mención aparte merece el MIR, pues muchos de sus militantes fueron consecuentes con sus llamados a la lucha armada.

Pero lentamente se reconstruían las redes alternativas y uno de los profesores y asesor francés de mi escuela, Bernard Burel, iba a visitarme a menudo antes de volver a Francia, pues debía irse de Chile por un proceso en su contra. Él me llevaba vidrios, que a su vez le regalaba un amigo que había desarmado su invernadero y que yo los utilizaba construyendo un taller de carpintería en mi casa. Bernard es otra de las personas que podemos calificar de santo o héroe y además, desde hace más de cuarenta años es mi mejor amigo.



Bernard Burel

Es un economista francés que trabajó como asesor de la ENA. Había participado en las luchas del 68 en Francia y militado en el PS Unificado francés, un pequeño partido de avanzada. En Chile militó en nuestro PS y durante el golpe militar jugó un rol de extraordinario heroísmo. Como tenía status diplomático y era francés, logró salvar a varios de los profesores que eran refugiados latinoamericanos. Lo hizo arriesgando su vida, pues si bien su auto tenía patente diplomática, era una citroneta común y corriente y cuando llegaba a alguna embajada con su carga de refugiados, era probable encontrarse con guardias que disparaban antes de preguntar. Por su compromiso con la Unidad Popular y por haber ayudado a un dirigente mirista con su pasaporte, fue procesado y recibió severas amenazas. Gracias a que se presentó acompañado por el funcionario de la Embajada de Francia que reemplazaba al embajador, el tribunal militar no siguió con el proceso, pero Bernard debió abandonar el país. En Francia fue elegido alcalde adjunto de una comuna próxima de París y allí instaló un foyer de acogida para refugiados de Chile. Posteriormente siguió una carrera en el gobierno y ocupó cargos importantes hasta que finalizó su carrera como Director del Museo del Espacio en Toulouse. Casi siempre colaboró como voluntario en instituciones de beneficencia y actualmente, jubilado, sirve los desayunos a los pobres de su ciudad. Siempre colaboró en la solidaridad con Chile. En los últimos años ha tenido crisis místicas y ha hecho el camino de Santiago de Compostela a pie y posteriormente hizo el peregrinaje a pie desde Toulouse a Jerusalén. Actualmente estudia teología y es un católico ferviente.

Bernard me presentó a otro santo que se transformó en imprescindible, se trata del sacerdote francés Michel Bourguignat, quien ha tenido una influencia muy importante en mi vida.

Cuando quedé nuevamente cesante, después de trabajar en la fábrica de muebles, Michel me llevó a otra empresa alternativa, compuesta de seis trabajadores que bajo la dirección de un ingeniero estaban tratando de hacer piezas modulares para construir casas prefabricadas. Este proyecto financiado por

alguna iglesia me permitió tener un trabajo de medio tiempo durante varios meses y allí sólo había un carpintero de calidad, que era medio ciego y tenía que aproximar tanto su cabeza a la sierra eléctrica que yo temía a cada rato un accidente. Los demás, incluyendo a un cura obrero, no sabían casi nada de carpintería y allí yo era alguien que sabía por los menos los fundamentos del oficio, de manera que estaba más conforme con mi aporte.

Este proyecto, idea de Michel, quería multiplicarlo con la ayuda de la Iglesia, finalmente en agosto de 1974 logró su anhelo y junto al Comité de Cooperación para la Paz, (COPACHI) integrado por varias iglesias y la comunidad israelita, se creó la Comisión de Solidaridad y Desarrollo, COMSODE, dirigida por Michel, pero presidido por el obispo auxiliar de Santiago, Fernando Ariztía. Mientras el COPACHI se dedicaba a la defensa legal y a la asistencia social, la COMSODE tenía como objetivo crear pequeñas empresas que le brindaran empleo a los trabajadores que habían sido despedidos, especialmente a los dirigentes sindicales.

CAPÍTULO IV

1974-75 El Comité de Cooperación Para la Paz en Chile y la Comisión de Solidaridad y Desarrollo: la COMSODE.

La COMSODE comenzó a funcionar en el obispado de la zona poniente de Santiago, en la calle Bernal del Mercado. Allí había un par de monjas y el señor obispo Fernando Ariztía, que era considerado un santo.

Mientras monseñor Ariztía era un devoto preocupado de cuestiones religiosas, la monja Marie Denise Dubois, era claramente contraria a la dictadura y trataba por todos los medios de ayudar a los perseguidos que venían en busca de amparo. Ella agotaba todas las posibilidades y se entregaba por entero a salvar personas, mientras el obispo estaba más preocupado de salvar almas, aunque reconocía que había que ayudar a los perseguidos. Ella llegó a ser otra de las personas admirables que conocí.

Así, por ejemplo, algunos profesores de mi Escuela, entre ellos Vera Korolkov y también Nery Barrientos, que había sido detenido, una vez libre, trataba de irse del país. Denise ayudada en los trámites para conseguir refugio en Canadá o Australia, en cuyas embajadas tenía muchos amigos. En otros casos, como el de Nery y Vera, preparaba informes y sabía cómo hacerlo, de acuerdo a las normas norteamericanas para tener entrada en Estados Unidos, certificando que los solicitantes no eran militantes del Partido Comunista.

Yo comencé a trabajar en forma solitaria y la primera tarea que me encomendó el obispo fue brindar ayuda a un grupo de croatas que habían internado armas y formado un equipo militar durante el gobierno de Allende para apoyar cualquier intento de golpe de estado para derribarlo. Eran croatas furiosamente anticomunistas y el problema se presentó cuando después del golpe, la inteligencia militar los descubrió y consideraron que eran izquierdistas, dado que en esa época Yugoslavia era un estado comunista. No creyeron las declaraciones de los afectados y los detuvieron y torturaron. Otro factor

que determinó este comportamiento de los militares fue que no podían aceptar que hubiera grupos armados, pues la doctrina de seguridad nacional que practicaban, sostenía que el monopolio de las armas era del ejército.

Este pedido no me entusiasmó en absoluto, pues era brindar ayuda a golpistas, pero al mismo tiempo entendí que nadie podía ser torturado y estos croatas habían sufrido esas violaciones a sus derechos y los derechos humanos eran de todos, sin excepciones y el Estado debía proteger a las personas, cualquiera fueran sus creencias u opiniones. En consecuencia, me contacté con una sociedad anticomunista y rápidamente ellos le brindaron ayuda a los croatas detenidos.

Cuando el trabajo se hizo más permanente, la COMSODE se trasladó a la calle Santa Mónica, en una gran casa, vecina al COPACHI.



Michel Bourguignat

Otro ser excepcional, entre santo y héroe aunque más próximo a los imprescindibles de Brecht fue Michel Bourguignat, quien entonces era un sacerdote francés, de la Congregación de los Sagrados Corazones y políticamente era un gran simpatizante del Partido Socialista. Integró la organización de Cristianos por el Socialismo. Durante los primeros meses del golpe de Estado había logrado, junto a diplomáticos como Roland Husson, Francois Nicoulaud y especialmente del embajador Menthon y su esposa, que la embajada francesa acogiera a centenares de fugitivos. La vida de esas personas se salvó, entre otros por el

tesón de Michel. Además cumplió con la función de transmitir información de los asilados a sus familias y con la tarea de resolver multitud de problemas que implicaba la separación de grupos familiares. Muchos militantes y organizaciones partidarias prohibidas acudían a Michel para decidir el posible asilo de quienes que eran buscados por los servicios de seguridad.

La solidaridad de Michel se expresó poco después, en la creación de la COMSODE pues consideraba que era necesario asegurarles un trabajo a los dirigentes sindicales despedidos, que eran fundamentales para la reorganización futura del movimiento sindical. Para ello consiguió que la Iglesia Católica y otras iglesias aprobaran su proyecto y debió buscar financiamiento en agencias europeas y norteamericanas, tarea extraordinariamente compleja y difícil. Años después y siempre en relación al movimiento sindical se empeñó en la publicación de la revista PÁGINAS SINDICALES, una revista de apoyo al movimiento obrero chileno y en una institución que organizaba cursos de sindicalismo y temas afines.

Fue incansable en su compromiso y Chile reconoció su abnegada labor otorgándole la nacionalidad chilena por ley en el año 2009, además de otros muchos reconocimientos. Su compromiso fue constante y a pesar de haber dejado el ministerio sacerdotal en 1976, siguió

incansablemente su trabajo solidario. En 1985 fue detenido junto a su esposa, Loreto Hoecker a quien había conocido en la COMSODE.

Durante muchos años participó activamente con sus compatriotas que vivían lejos de Francia y organizó una Federación que los reunía, en representación de ellos fue elegido para representarlos en una asamblea que convocó el gobierno francés.

Mi trabajo en la COMSODE era muy estimulante, creando más de sesenta pequeñas empresas para cesantes y perseguidos, muchas de las cuales no lograron sobrevivir porque la situación económica era de profunda recesión. El financiamiento, siempre escaso, provenía de instituciones extranjeras de iglesias o de solidaridad, a las cuales les enviábamos proyectos específicos. Las empresas eran de uno a veinte trabajadores e iban desde un carrito de venta de “cabritas” hasta un taller metalúrgico. Uno de los proyectos exitosos fue el de una empresa de preparación de comida para casinos. En general el capital inicial era muy pequeño y prácticamente era consumido por los trabajadores. Pero mi trabajo en este proyecto acabó bruscamente por lo que relato a continuación.

El caso Zamora.

En mayo de 1975 yo seguía colaborando en la COMSODE El derecho a vivir en la patria había que garantizarlo consiguiendo empleo para los perseguidos.

La tarea era extraordinariamente difícil, en primer lugar por la represión llevada a cabo por la dictadura. La desaparición de personas, la tortura, las detenciones arbitrarias eran hechos que cubrían con un manto de terror a toda la sociedad chilena. Simultáneamente se empezaba a aplicar la tristemente célebre “política de shock” del súper ministro Cauas, lo que determinó que ese año la desocupación oficial saltara bruscamente de 9,2% a 14,5% y siguió aumentando hasta llegar al 30%. La quiebra de empresas y la baja de la demanda interna eran efectos de la más violenta crisis económica que el país viera desde 1930.

En estas condiciones, crear empresas pequeñas parecía descabellado, especialmente porque el apoyo financiero era muy escaso y la cantidad de personas que acudían a pedir esta ayuda era muy grande.

Un día terrible, el 15 de mayo de 1975, estábamos trabajando, cuando repentinamente se escucharon gritos, insultos y carreras.

Después pude reconstituir los hechos. Ocurre que en las cercanías de la puerta de la COMSODE se habían instalado algunos agentes de la DINA con un prisionero. Éste era un joven socialista que había sido torturado para que identificara qué personas de la COMSODE eran de su partido.

En un momento de descuido de los agentes, el joven, cuyo apellido era Zamora¹, corrió velozmente y entró al local de la COMSODE, de inmediato los agentes lo siguieron con el objeto de evitar que escapara, ingresando también al edificio.

1 Sergio Zamora escribió este incidente en su libro: “*Sept heures entre les mains de la DINA*” París, Yvelin edition, 1993.

Estos hechos fueron vertiginosos y en pocos segundos los que trabajamos allí, tuvimos que entender qué pasaba.

El fugitivo subió corriendo al tercer piso y tras él, los dos agentes de la DINA, gritando y profiriendo gruesos insultos. Zamora entró a una oficina y trató de cerrar la puerta, pero los dos agentes la empujaron con fuerza y penetraron en la oficina atrapando a Zamora, quien se defendía desesperadamente. Esta lucha debe haber durado varios minutos porque la monja Blanca Rengifo y yo, que trabajábamos en el primer piso, nos impusimos de esta situación y vimos cuando los dos agentes bajaban por las escaleras arrastrando al prisionero que se sujetaba tenazmente de los barrotes de la balaustrada

La reacción de los que trabajaban en la Comisión fue muy diversa: algunos decían que no se podía hacer nada o que no había que hacer nada porque era una provocación manipulada. Desgraciadamente, no estaba el sacerdote que era el Jefe de la Comisión y yo acudí a la oficina del laico que le seguía en jerarquía, el constructor civil Pedro González, pero éste no salió de su oficina y me dijo que él no se metía en ese asunto.

Nadie sabía qué hacer y si algo se podía hacer era necesario decidirlo de inmediato, pues los agentes seguían arrastrando y golpeando al prisionero mientras gritaban groserías y juramentos.

Hay que entender que nuestra pasividad se fundaba en el terror reinante en Chile en aquella época de desapariciones y torturas. La DINA era el centro del poder represivo y tocar a uno de sus agentes implicaba un riesgo seguro de muerte.

Pero entonces surgió la primera voz de protesta, el contador de la COMSODE, que era un señor bajo y obeso, que había sido miembro del Partido Radical, desde lo alto de la escalera reclamó diciendo que no se podía tratar así a un ser humano. Los agentes se detuvieron un segundo pues, sin duda era la primera vez que alguien se atrevía a reclamar por algo que hacían, pero rápidamente siguieron arrastrando y golpeando al prisionero, con una mano lo arrastraban y con la otra lo golpeaban con sus pistolas, mientras Zamora se agarraba desesperado de los balaustros de la escalera.

Poco a poco los agentes iban venciendo la resistencia del prisionero y llegaron al primer piso a pocos pasos de la puerta del local.

En esos momentos había unos diez miembros de la Comisión observando los hechos, sin saber qué hacer. Uno de ellos salió corriendo para informar al COPACHI, que funcionaba en el edificio vecino.

Era el momento decisivo, si algo podíamos hacer por el prisionero era entonces o nunca. Pero ¿Qué podíamos hacer?

En ese instante, la monja Blanca Rengifo tomó la decisión que cambió la situación. Muy decidida fue a la puerta, la cerró y abriendo los brazos gritó: “¡Chiquillos, no podemos dejarlos salir!”

Ahora que recuerdo estos hechos, la palabra “chiquillos” no correspondía, pues todos éramos adultos, pero su costumbre era tratarnos así, como expresión de afecto.

Los agentes, con las pistolas desenfundadas y arrastrando al prisionero se quedaron detenidos, estaban vacilantes y confusos. Entonces yo recordé el tema preferido de mis estudios de muchos años: la burocracia. Me acerqué a ellos y con calma les expliqué que estaban cometiendo un gran error y que se meterían en graves problemas porque habían allanado un local de la Iglesia Católica y que ya el cardenal estaba informado y estaba hablando telefónicamente con Pinochet. Les aseguré que el problema no pasaría a mayores si abandonaban el local y que podían ir a consultar a sus jefes que estaban en la vereda del frente. Increíblemente, observé que los agentes prestaban oídos a mis argumentos y que los aceptaban. Entonces uno de ellos me dijo que ellos saldrían, siempre que yo asumiera la responsabilidad y me preguntaron mi nombre. Yo dudé un momento y pensé dar un nombre falso, pero podían pedirme el carnet y opté por darles el verdadero y les dije que yo asumía toda la responsabilidad. Una vez que soltaron al prisionero, que se quedó quieto, los conduje a la puerta y le dije a Blanca: “Ya se van, déjalos pasar”. Blanca abrió la puerta y los agentes abandonaron el local. Inmediatamente cerramos la puerta.

Cuando recuerdo estos hechos veo su irracionalidad, pero a la vez su efectividad.

Yo mentía cuando les aseguraba a los agentes que el cardenal estaba informado y que hablaba con Pinochet. Recuerdo que yo vestía de negro y pudieron creer que era sacerdote.

Quizás ellos pensaron que las diez personas que estaban en la COMSODE los atacarían, lo que era absurdo, pues la mayoría eran mujeres y casi todos estaban en el segundo y tercer piso en la escala y los agentes estaban armados.

Lo más probable es que les impresionara la actitud definitiva de Blanca y mi insinuación que fueran a consultar a sus jefes diluyendo su responsabilidad.

También mi actitud de pedirle a Blanca que los dejara salir resultaba absurda, pues realmente ella no habría podido impedir su salida.

De esta manera, por la actitud decidida y valiente de Blanca fuimos capaces de liberar un preso de las garras de la DINA. Y digo garras por la forma cómo arrastraban a Zamora.

Después de este evento, Zamora fue conducido a una pieza del tercer piso, donde se tendió en un sillón temblando como azogue y hablando incoherentemente, pocos instantes después se quedó muy dormido. Tenía el cuerpo tapizado de quemaduras, probablemente de cigarro. Había sido torturado hasta el momento que lo trajeron a la puerta de la COMSODE.

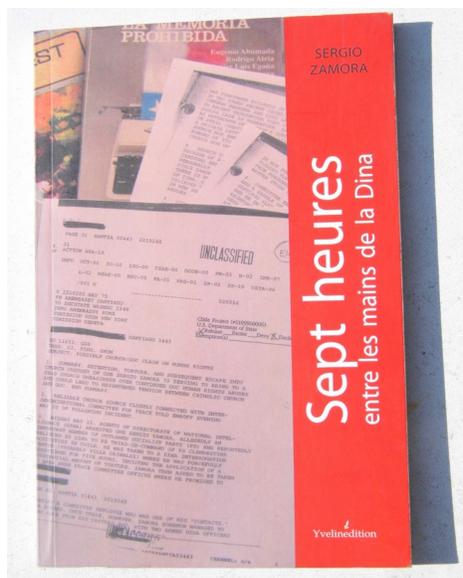
Mientras tanto, todo el personal del COPACHI había sido informado y llegaban corriendo a nuestro local, a varios de ellos, por primera vez, los vi vestidos de sacerdotes.

Poco después, aparecieron varios autos con agentes de la DINA y tuvimos un allanamiento, pero pasaron las horas sin que esto ocurriera.

En esa época, muchos profesionales y gente de la clase media tenían citronetas y casi todos los profesionales del COPACHI y la COMSODE tenían sus vehículos en las proximidades de estos

locales. Cuando empezó a anochecer, acordamos salir todos al mismo tiempo e irnos en las citronetas. Así lo hicimos y entre este tumulto salió también Zamora. El temor de que nos detuvieran no ocurrió y pudimos irnos a nuestros hogares, aunque los agentes nos miraban con una furia contenida. Supongo que la dirección de la DINA estaba indecisa de que actitud asumir o había pugnas entre distintos poderes, además de enfrentar situaciones inéditas y muy vertiginosas.

De esta manera libramos a un preso de la DINA y salvamos su vida, pues era 1975.



Cuando recuerdo este caso, muchos años después, creo que fue la encrucijada de muchos factores: la fuga de Zamora a la COMSODE, la actitud del contador, la incapacidad de los agentes para enfrentar una situación inédita, mi conocimiento de cómo manejar a la burocracia, pero sin duda, el nudo de todo fue la actitud oportuna, valiente y decidida de la hermana Blanca Rengifo.

CAPÍTULO V

1975. Interludio en Mondragón.

Fuga transitoria.

La Iglesia le brindó apoyo a Zamora, al parecer bajo la condición de no divulgar las torturas que habían sido verificadas por médicos, de esta manera pudo salir del país y obtener refugio en Francia.

Dado que los agentes de la DINA tenían mi nombre y yo me había hecho responsable de lo ocurrido, consideré que lo único que debía hacer era irme del país, pues probablemente me buscarían y me castigarían ferozmente. No puedo negar que tenía miedo, porque la represión era muy violenta y todos los días había detenciones. La DINA no aceptaría que le hubieran arrebatado un preso. Al mismo tiempo yo tenía el compromiso conmigo mismo de no irme del país, excepto si había una amenaza evidente para mi vida y creí que esta era la situación. Para poder financiar parte del viaje debí vender mi citroneta y desde entonces nunca más tuve posibilidades de tener automóvil.

El sacerdote a cargo de la COMSODE, Michel, solicitó el apoyo de las cooperativas de Mondragón para que me otorgaran una beca de práctica en ellas y así, casi de inmediato, yo y otro miembro de un taller que también estaba en peligro, Emilio Sobarzo, salimos hacia España. Previamente me encargaron que pasara por París para solicitarle a Zamora que no divulgara su caso. A pesar de no estar de acuerdo con esta sugerencia, así lo hice, porque la Iglesia podía tener razones, pero Zamora, en París, ya había dado a conocer su situación y era un hecho sabido, de manera que la recomendación no surgió ningún efecto, aunque Zamora no estaba en condiciones de dar detalles de los hechos en la COMSODE-COPACHI, pues el estado de shock le hizo olvidar casi todo lo ocurrido durante su fuga y no se acordaba de la hermana Blanca ni de ninguno de los miembros de la Comisión.

Los compañeros de la COMSODE quedaron de avisarme si había alguna persecución en contra de mi persona y finalmente me escribieron diciéndome que no regresara porque la represión estaba en aumento y el gobierno estaba exigiendo la disolución del COPACHI, pero este aviso no me llegó pues fue enviado al hotel Prado y no al hotel Prada en el cual yo estaba, y en esas condiciones yo volví a Chile permaneciendo en Europa sólo dos meses. Cuando estuve en París una institución católica, creo que se llama Secours Catholique me aseguró que podía conseguirme refugio en Francia, pero yo mantenía mi compromiso de luchar en Chile en contra de la dictadura.

En realidad no hubo ninguna persecución en contra mía. Yo presumo que se debió a que los agentes de la DINA que participaron en el allanamiento fueron sancionados o eliminados de la institución o no pudieron conseguir que les creyeran su versión.

Algunos años antes, el cardenal chileno, Silva Henríquez, había visitado las cooperativas vascas de Mondragón, que eran obra de los jesuitas en España. A partir de esta relación, algunos directivos de Mondragón habían visitado la COMSODE, pero la dictadura impidió que se realizara una reunión que estaba programada con ellos, de manera que debieron volver de inmediato a España, pero dejaron

establecidas relaciones otorgando becas para prácticas en esas cooperativas, lo que me permitió estar en Mondragón un par de meses. El caso de Mondragón era un ejemplo exitoso de cooperativismo y estaba en directa relación con lo que intentábamos hacer en Chile, sin embargo, era evidente que la dictadura de Pinochet lo impediría y algunos generales y almirantes como Bonilla y Gotuzzo que eran más partidarios de estas instituciones, murieron oportunamente para consolidar el poder total concentrado en Pinochet.

Durante las semanas que permanecí en Mondragón trabajé con un funcionario de la Caja Laboral Popular, una especie de Banco que financiaba las cooperativas y diariamente las visitábamos para evaluar su desempeño y estudiar las situaciones financieras de cada una de ellas, de esta manera recorrí todo Euskadi y conocí muchos cooperativistas, casi todos anti fascistas y los mayores habían sido soldados del ejército republicano vasco y habían sufrido muchas penurias durante la dictadura franquista.

CAPÍTULO VI

1975-78 La red informal.

Retorno a la cesantía.

A mi regreso a Chile, no pude seguir trabajando en la COMSODE, pues iba a disolverse porque no había logrado su objetivo. Además, Pinochet estaba exigiendo la disolución del COPACHI, lo que tuvo que hacerse pues la única iglesia reconocida por el Estado en Chile era la Católica y una institución ecuménica no tenía existencia en la legalidad vigente. La única unidad de la Comisión que subsistió en la futura Vicaría fue la de Cárceles. Esta unidad se encargaba de apoyar a los presos políticos en sus artesanías y era labor de una destacada dama, Winnie Lira, experta en establecer buenas relaciones y conseguir facilidades en ese medio tan difícil. Winnie trabajó durante toda la dictadura en esta área y tuvo numerosas iniciativas e innovaciones para mejorar las artesanías y exportarlas. Fue una de las creadoras de las arpilleras, artesanías que se aplicaron en otros talleres de cesantes y perseguidos. Las arpilleras inspiradas en las obras de Violeta Parra y de algunos grupos solidarios se expandieron y fueron una de las expresiones artísticas populares que más caracterizaron el movimiento de derechos humanos de Chile y que se difundieron por el mundo, reproduciéndose en varios países que vivieron situaciones represivas similares.

Winnie Lira, como otros aristócratas se comprometieron en esta tarea sin ninguna ambición, solo dando su capacidad e inteligencia a una causa que compartían a favor de los pobres y perseguidos. Como se cuenta en este texto, muchas personas de origen aristocrático como la monja Blanca Rengifo, Andrés Domínguez, los obispos Camus y Sergio Valech Aldunate; los sacerdotes Aldunate, Puga y Rafael Maroto; Isabel Undurraga, Javier Luis Egaña, la señora María Luisa Sepúlveda Edwards, etc. se incorporaron al movimiento de Derechos Humanos y todos hicieron aportes fundamentales. También hubo excepciones, como un trepador que llegó a Ministro, en atención a su aparente trabajo en derechos humanos.

El cardenal Silva Henríquez, en una maniobra muy inteligente, creó la Vicaría de la Solidaridad, la que por estar dentro de la estructura de la Iglesia Católica no era posible eliminar sin eliminar a la Iglesia misma, lo que era impensable en un país católico como Chile.

Sin embargo, la Vicaría de la Solidaridad se dedicaría, al comienzo, exclusivamente a la defensa legal de las víctimas de la represión y a una limitada asistencia social y médica.

Durante mi trabajo en la Comisión había conocido a muchos abogados y asistentes sociales del COPACHI y yo había ayudado en su labor de defensa de los derechos humanos que desarrollaban. También había llegado a la conclusión que la labor de denuncia que realizaba la Vicaría era muy limitada, especialmente en el plano internacional, quizás por la política general de la iglesia y para evitar más enfrentamientos con el gobierno.



En mi casa construí un taller para trabajar en carpintería.

Durante varios años, no tuve ningún empleo: Fue un período muy difícil desde 1975 a 1980 pero lleno de satisfacciones, aunque al final mi situación económica era casi desesperada. En mi obligada estadía en casa y ocupado en ocasionales trabajos de carpintería, reanudé los contactos con mis amigas Angélica Gimpel y Rosa Rubilar. Estas dos personas se transformaron en los ejemplos de humanidad y compromiso más valientes que haya conocido.



Angélica Gimpel

Era médico veterinaria y en Naciones Unidas había estudiado Planificación Agrícola, posteriormente estudió Economía y finalmente se doctoró en esa materia en la Universidad de Sussex en Inglaterra. Fue profesora ayudante de Ricardo Lagos en la cátedra de Economía de la Escuela de Ciencias Políticas y Administrativas y trabajó con él cuando fue Ministro de Educación. Fue profesora universitaria y directora de la Escuela de Técnicos Estadísticos de la

Universidad de Chile. Era compañera de un capitán de la Fuerza Aérea, Raúl Vergara, quien se había negado apoyar el golpe militar y en consecuencia había sido torturado y mantenido en prisión durante varios años.

Angélica era descendiente de alemanes, una gran pianista y muy hermosa al estilo germano, rubia y de ojos verdes. Su compromiso por la causa de los derechos humanos era total y había construido una red de amigos que le brindaban apoyo en su labor, varios de ellos muy influyentes e importantes. Su red no era exclusivamente local, sino que tenía contacto con varias instituciones europeas de derechos humanos o de carácter académico donde era muy respetada. Durante años Angélica salvó a personas perseguidas, especialmente militantes del MIR. Era muy rigurosa en su trabajo y mantenía una reserva total. También realizó una gran labor de denuncia e información. Después de la dictadura, Angélica se fue a vivir a Francia y allí se casó con un francés, murió en París, calladamente, como todo lo que hizo en su vida, sin esperar honores o recompensas.

Angélica fue mi gran amiga, junto a Rosa Rubilar. Ella insistió en que trabajara en la Escuela de Técnicos Estadísticos de la Universidad de Chile que dirigió. Juntos fuimos ayudantes y profesores en la Escuela de Ciencias Políticas de la misma universidad. Trabajamos varios años en Naciones Unidas y llevamos a cabo varios proyectos. Durante la dictadura participamos permanentemente en la lucha por el retorno a la democracia como relato en estas notas. En 1980 ella gestionó mi incorporación a la Universidad de Sussex y 1983 me visitó en La Haya. En 1990 trató de que me integrara al Ministerio de Educación para trabajar juntos, lo que yo no acepté. Creo que fue la última oportunidad que la vi, pues después residió en Francia.

La denuncia por nuestra red informal.

El período más productivo en la labor de denuncia, paradójicamente, fue cuando Rosa Rubilar, Angélica Gimpel y yo formamos una red informal que trabajó eficientemente durante varios años, entre 1975 y 1980 a pesar de la carencia total de recursos. Esta red fue un hecho en la práctica y sólo ahora podría calificarla así, no tenía ninguna organización ni formalidad, era simplemente un trabajo permanente que nos obligaba a estar en contacto y enfrentar desafíos casi diariamente, aunque por alguna razón, Angélica o Rosita desaparecían por algunas semanas o meses. Angélica probablemente viajaba y Rosita tenía que cumplir tareas en la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos, lo que incluía huelgas de hambre que duraban muchos días, en cambio, yo me dediqué casi exclusivamente a la labor de denuncia que organizamos en esta red.

Como señalé, Angélica Gimpel había trabajado en Naciones Unidas y un trabajo que hicimos juntos fue una inmensa bibliografía sobre desarrollo económico que nos encomendaron. Durante la dictadura, Angélica creó una eficiente red de apoyo en sus labores de defensa de los derechos humanos. Esta red era desconocida para mí, a pesar de que nos veíamos casi todos los días, nunca supe quiénes eran sus componentes, pero era elocuente en sus resultados, pues eso lo pude apreciar durante muchos años. Ella era extraordinariamente cuidadosa y reservada y a pesar de que trabajábamos juntos, nunca supe donde vivía y menos algo sobre su familia y sus medios, sólo sospechas. Por supuesto, este estilo de trabajo era imprescindible para la seguridad de cada uno, así por ejemplo si yo era detenido ni siquiera

bajo tortura podría dar mucha información sobre Angélica. Con los años y el crecimiento de la lucha popular, estas medidas de seguridad fueron disminuyendo.

La red comenzó de manera casi casual. En una oportunidad, creo que en 1974, Angélica me visitó en mi casa y me dijo que tenía que hacer un trabajo sobre el cooperativismo en Chile y quería que le ayudara. El tema parecía hecho para mí, pues había hecho clases de cooperativismo, después con Blanca Rengifo estudiamos la posibilidad legal de crear cooperativas y finalmente había estado dos meses en las cooperativas de Mondragón, que eran un ejemplo mundial. Además tenía mucha información sobre el tema, de manera que en pocos días tuvimos listo el trabajo, cuyo centro era demostrar que la dictadura había eliminado todas las cooperativas de producción y sólo había mantenidos las organizaciones de empresarios importantes, que por motivos legales utilizaban la estructura de cooperativa, aunque no tenían casi ningún principio del cooperativismo. Angélica envió el trabajo a alguna institución, pero como ya he señalado, era tan discreta y preocupada de la seguridad que no me dijo su destino. Por mi parte yo envié copias a algunos amigos que vivían en el extranjero y solidarios con Chile.

De esta manera empezamos a escribir denuncias y a distribuir las por correo al exterior.

Fue un trabajo casi diario en el caso mío, pues me correspondía algo así como la administración, la centralización, ordenamiento y redacción de la información y la dactilografía, todo lo cual era muy agotador.

Angélica con su misteriosa red, me proporcionaba abundante material para las denuncias, Por su parte, Rosita aportaba otro tipo de información proveniente de las Agrupaciones de Familiares de Detenidos Desaparecidos y de otras instituciones similares que se estaban formando. Además ambas tenían contactos con grupos políticos que se reorganizaban. Por mi parte, yo tenía estrechos lazos con abogados y asistentes sociales de la Vicaría y con abogados independientes que tenían defensa de presos políticos y detenidos. En general la información era muy copiosa y yo era el encargado de reunirla y redactar los informes, que habitualmente eran sobre casos específicos como campos de concentración, cárceles, centros de tortura y casos individuales.

Este trabajo lo realizamos regularmente durante varios años. Facilitaba esta colaboración el hecho de que Rosita viviera a tres cuadras de mi casa y Angélica, que tenía un gran auto Peugeot se movilizaba fácilmente y venía a mi casa con cierta frecuencia.

La labor que hacíamos era típicamente artesanal, sólo teníamos una máquina de escribir y sacábamos el máximo de copias de nuestros informes, que generalmente eran de dos o tres páginas, pero a veces llegaban a las quince páginas. Estos escasos ejemplares los enviábamos por correo al exterior a amigos que estaban conectados con instituciones de derechos humanos o solidarias con Chile. También se enviaban directamente a organizaciones, pero siempre un número reducido de diez ejemplares y máximo de veinte. Todos estos envíos, obviamente sin indicar remitente y normalmente los firmábamos como “Periodistas de la Resistencia” o “Comité de derechos humanos”. Aquellos artículos personales yo los firmaba con los nombres de Francisco González, Eduardo Octavio u otros. Una característica que tratamos de mantener era que en primera página colocábamos un número cualquiera de tres cifras entre paréntesis, Esto para que algunos amigos supieran de donde provenían.

Por mi parte arrendé una casilla en el correo central con un nombre falso y allí me llegaban las respuestas de la recepción del material y llevaba un libro donde registraba lo enviado y los correspondientes acuse recibos, cuando me contestaban. Esto lo tenía camuflado como ejercicios presupuestarios de la época en que era profesor de Planificación. Así sabíamos lo que llegaba, que era prácticamente todo y parece que no había ningún control policial y nos mostraba que el correo funcionaba muy bien. Por supuesto los acuse recibo de nuestros amigos eran tarjetas de saludo o cartas ingenuas sin referencia directa a lo enviado. La razón de la casilla era evitar que llegara mucha correspondencia a mi casa.

También cometíamos errores, uno de ellos fue que Angélica apareció un día con un texto que era el *Diario del General Prats*, conseguido de alguna fuente que ella no mencionó. Este general había respaldado a Allende y finalmente fue asesinado por agentes de la DINA en Buenos Aires. Angélica consiguió recursos e hicimos unas 500 copias del Diario y gastamos una gran cantidad de dinero pues las enviamos por correo a todos los conocidos. Todo esto fue financiado por Angélica. Enviar los ejemplares por correo era poner dos o tres en cada buzón o correo, pues si hacíamos un despacho masivo, era más probable que lo detectaran. Eso significó recorrer toda la ciudad para enviarlos por distintas oficinas sectoriales de correos. Al parecer funcionó porque varios amigos nos contaron que alguien le había enviado el mencionado Diario. Lamentablemente, años después supimos que este texto era apócrifo.

Es difícil saber cuáles eran los destinatarios reales de nuestra correspondencia, pues a veces era para personas que prestaban su nombre, pero el destinatario era otro. Y a veces sólo Angélica sabía a quién se dirigían los envíos, excepto algunos que sólo yo sabía, como los que despachaba a Rodrigo González, cuando éste vivía en Luxemburgo y después cuando se cambió a Italia. Cuando retornó la democracia González fue electo diputado por Viña del Mar.

Refugio para los fugitivos.

Mucho más ocasional y quizás tan importante como el trabajo de información fue la tarea de asegurar refugio temporal a personas que tenían que salir del país. Esta fue la tarea principal de Angélica. Se trataba, en general, de jóvenes del MIR que eran buscados por la DINA u otros servicios de seguridad. Rosita, que tenía muchos amigos a los cuales les exigía compromiso político conseguía casas o departamentos, otro tanto hacía Angélica. El que menos colaboraba en esta tarea era yo, una sola vez tuve a un joven del MIR, un electricista, escondido en mi casa, fue un verano cuando mi esposa e hijos se iban de vacaciones a la casa de mi suegra. Otra vez, unos amigos que viajaron unos meses a Francia me dejaron su casa y también oculté a otro del MIR. Las dos veces y otras eran solicitudes de algunos de los abogados que yo conocía. A pesar de que a estos perseguidos le exigíamos que no se conectaran con nadie, yo verifique que las dos personas mencionadas se habían comunicado con sus parejas e incluso a la novia del que estaba en mi casa, la encontré de visita.

Me parece que Angélica y Rosita habían pasado por situaciones parecidas, según comentamos, reclamando por su inmadurez política.

Era evidente que estas situaciones implicaban un gran riesgo para ellos y para nosotros, pero nunca entendieron que las policías saben desde siempre que para encontrar a un fugitivo hay que seguir a su amada. *Cherchez la femme*, creo que dicen los franceses.

Casi todos estos jóvenes, fuera de ser irresponsables, eran muy débiles políticamente y su formación era rudimentaria y basada en consignas y lemas poco sólidos.

La parte final de este proceso de refugio estaba a cargo de Angélica y nunca supimos cuál era, probablemente los sacaba del país con ayuda de alguna institución solidaria, pues no podía ser trabajo de una persona aislada.

Ninguno de los tres simpatizaba con el MIR, pero entendíamos que se trataba salvar vidas y no de solidarizar con una posición política.

El sistema de distribución era seguro y lográbamos que no nos llegara mucha correspondencia a la casa, lo que habría sido peligroso. A pesar de que el correo era barato, era nuestro gasto principal y sin la ayuda de Angélica, no habríamos podido enviar casi nada. También era un misterio conseguía dinero.



Rosa Rubilar.

A Rosita la conocí en la Escuela de Ciencias Políticas y Administrativas de la Universidad de Chile, hacia 1970. Ella era alumna de primero o segundo año y yo era profesor. La conocí porque en el casino se reunía un grupo de alumnos que discutían de política y cuando pasaba por allí escuchaba los alegatos de Rosita. Me parece que ella hasta faltaba a clases por asistir a estos debates.

Sabía que militaba en el BUS (Brigada Universitaria Socialista) junto a su compañero, Octavio Boettinger, que a su vez era alumno de la cátedra que yo dictaba en un curso superior. Rosita era tan avasalladora que no podía pasar desapercibida.

Años después, en 1974 o 75 supe que Octavio Boettinger, siendo miembro del Comité Central del Partido Socialista, había sido detenido y conducido al centro de torturas de Villa Grimaldi, donde murió fue asesinado. Desde ese momento Rosita, que había dejado de estudiar, se dedicó a luchar en la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos. A pesar de que sufría una distrofia muscular, enfermedad muy grave que le impedía hasta levantar los brazos, era la primera en las manifestaciones y se defendía con furia terrible de las represiones que realizaban los carabineros. Era incansable y comprometida totalmente. Para mí siempre fue una inspiración, la persona, que sin proponérselo me exigía un comportamiento ético consecuente con la defensa de los derechos humanos. Participó en huelgas de hambre interminables. Varias veces, a gritos, porque era muy apasionada, criticó mis debilidades y me mostró cual era la actitud correcta y sin claudicaciones. A pesar de que sus estudios universitarios habían sido mínimos, le interesaba mucho la psicología y la estudiaba con mucho interés especialmente la escuela de la Gestalt. Siempre se sintió socialista y era la que mantenía contacto con el Comité Central y desarrolló muchas labores de comunicación entre los presos socialistas y la dirección del Partido.

Al mismo tiempo que era violenta y apasionada, era cariñosa y cordial. Fácilmente se iba de un extremo al otro. Era de una generosidad sin límites y no tenía ninguna ambición material, madre de tres hijos de su matrimonio, sus hijos debían soportar un inmenso cariño y a veces violentas reprimendas.

En general primaba su carácter afectuoso y en alguna medida aplicaba sus conocimientos de psicología para capturar la simpatía de quien le interesaba, especialmente aquellos que ella admiraba por su actuación, pero también a personas mucho menos comprometidas, pero que teniendo poder, eran imprescindibles para asegurar éxito en las luchas por los derechos humanos.

No era una santa, ni pretendía serlo, era una persona que no usaba un castellano muy pulcro e intencionalmente exageraba los defectos típicos del hablar chileno, eliminando las “s” y las consonantes finales de muchas palabras, lo que la hacía parecer vulgar y sin educación. Era muy buena dueña de casa y excelente cocinera, le gustaba comer bien y también beber un buen vino. Era una persona humana integral y muy chilena del tipo popular. Guardando una fidelidad total con la imagen de Octavio, aunque años después tuvo un compañero mucho más joven, que no le impedía participar en buscar a Boettinger, que sin duda, había muerto.

Su final fue muy lamentable, a pesar de ser un ejemplo en las lucha popular pasó desapercibida y cuando retornó la democracia, a duras penas, logró un trabajo de baja categoría en la llamada Oficina de los Exonerados, que trataba de la ayuda que debía darse a los que habían sufrido la represión. Allí exigió un comportamiento y respeto ejemplar con los afectados y se sacrificó al máximo tratando de ayudarlos, pero no contó con la simpatía de las jefaturas, que querían sólo el trato frío e impersonal típicamente burocrático con las víctimas y rápidamente fue expulsada.

En la oficina de exonerados se puso como jefe a un ingeniero que estableció que los casos debían ser tratados como números. De esta manera se atendía al público llamando a viva voz: ¡N°x!, ¡N°y!, ¡N° z!”

Este trato inhumano indignó a Rosita que exigió que se llamase a las personas por su nombre. El resultado fue que Rosita impuso este criterio en contra del pensar de las autoridades. Y se dejó de avisar a la gente por el número de su carpeta.

Como cuento en estas memorias, ella hizo la parte fundamental del trabajo de denuncia y en relación a mí, me quiso y ayudó en todo. Para mí fue la mejor persona humana que he conocido, solo parecida a Angélica Gimpel, quien a pesar de su frialdad germana, admiraba y quería muchísimo a Rosita, aunque eran diametralmente opuestas en muchos aspectos.

En sus últimos años no quiso verme, creo que porque estaba amargada, muy enferma y frustrada, aunque siempre fue mi mejor amiga. Yo la visité el último día de su vida y recuerdo que la gente que le rindió homenaje dijo: “Chile necesita millares de rosas como ella.”

-+

Yo le dediqué mi libro “Contra la jerarquía” (Contra la burocracia) y ha sido la persona más ejemplar que he conocido.

La vida real.

Posiblemente todos piensen que la etapa de la dictadura fue muy dura, sin duda lo fue y a mí me pareció interminable: El comienzo fue lo más difícil, por la situación de cesantía y por el miedo permanente, al extremo que en mi caso sufría de pesadillas y soñaba que los agentes de la dictadura me tomaban preso y me conducían a la platabanda frente a mi casa, donde yo había hecho un jardín de cactus, y los agentes me lanzaban a estas plantas espinosas, que como jardinero ya sabía el dolor que provocaban sus espinas. Mi solución fue eliminar todos los cactus y reemplazarlos por un manto de un pasto llamado “cola de mono”. Parece que fue un recurso efectivo porque dejé de tener esos sueños.

Sin embargo, la vida en algunas de sus normalidades continuaba. Así por ejemplo, en una oportunidad, Angélica me invitó a comer a la casa de una de sus amigas. Se trataba de una secretaria de las Naciones Unidas que vivía en un departamento en la calle Marcoleta. A la cena acudimos los dos y allí estaba la mencionada secretaria y un catedrático inglés, Rápidamente pude percibir, por las declaraciones del inglés, que estaba enamorado de Angélica y que trataba de convencerla de casarse e irse a Inglaterra con él. Fue una comida memorable con gran abundancia de ostras y otras delicias: La secretaria parece que se entusiasmó más de la cuenta y empezó a prometer ayudar más y más en la lucha anti dictatorial. Yo aproveché sus declaraciones y le pregunté si estaba dispuesta a prestarnos su departamento para hacer unas reuniones del Partido Socialista, sin dudarle me dijo que sí con todo entusiasmo y quedamos que yo le avisaría antes de efectuar las reuniones.

Unos días después le avisé a los compañeros del Partido que tenían este lugar seguro para su reunión y me indicaron la fecha y hora. Yo fui a comunicarle a la mencionada amiga de este acuerdo, pero ella había cambiado totalmente, me dijo que no estaba dispuesta a arriesgar su vida con esas cosas y casi no se acordaba de sus promesas. Yo debí avisarles a los amigos del Partido, los que por suerte tenían un sistema rápido para informar el cambio de lugar de reunión. El miedo estaba en todos los sectores de la población.

Las encargadas “internacionales” de nuestra red, eran Angélica y Rosita. Yo no sé cómo, pero a menudo tenían visitas de Inglaterra, Alemania, Francia y Estados Unidos. A veces ellas las traían a mi casa y las conocía, otras no. A menudo, Rosita y yo invitábamos a estos visitantes a un bar llamado *D`Jango*, creo que por la calle Alonso Ovalle, allí comíamos unos emparedados de carne mechada o perrito y tomábamos un vino pipeño, eran invitaciones modestas porque invitarlos a un restaurant estaba fuera de nuestras posibilidades.

En otra oportunidad Rosita nos invitó a comer un curanto en olla hecho en su casa, Angélica y yo fuimos y fue una reunión de gente de izquierda y disfrutamos de las magníficas artes culinarias de Rosita, quien parecía feliz con nuestra compañía por primera vez.

Otro placer gastronómico fue un regalo que me envió Rodrigo González desde Francia: una gran bandeja de quesos franceses que no se conocían en Chile. Con mi esposa, Rosita y otros amigos tuvimos una gran fiesta de quesos.

De manera que vivir bajo una dictadura insoportable e interminable no nos impedía tener momentos de alegría y distracción.

Apoyos y evaluación.

Mi situación económica mejoró. Angélica, sin que se lo pidiera, había presentado una solicitud al WUS. Esta institución me dio una pequeña beca que para mí era una fortuna. El problema es que me llegaría un cheque en dólares durante doce meses y yo no tenía donde cambiarlo. Finalmente un amigo funcionario de Naciones Unidas, de apellido Rosebluth, que tenía cuenta en dólares, aceptó recibir y cambiar los cheques. Durante seis meses el sistema funcionó, pero después se paralizó, en consecuencia durante seis meses reclamé al WUS el pago prometido y me insistían que los habían enviado oportunamente. Rosebluth, en cambio, me decía que no había recibido nada. Mi situación era desesperada, hasta que ocho meses después mi amigo me dijo que en realidad había recibido los depósitos en las fechas programadas, pero como él necesitaba dólares para comprarse un nuevo auto, los había usado. Naturalmente yo no podía ni siquiera reclamar por esta arbitrariedad porque me dijo que me había hecho un favor peligroso muy grande y me entregó el valor de los seis meses pendientes.

Poco después, mi amigo, Rodrigo González me envió ayuda durante dos meses, de manera que mi situación se normalizó rápidamente y quedaba un saldo para pagar los envíos de correo.

¿Cómo intentar evaluar la calidad y resultados de nuestro trabajo en este período? Tarea difícil, sólo podíamos tener algunas presunciones vagas. En primer lugar era un trabajo de pequeña envergadura, de sólo tres personas, lo que quizás era el fundamento de la seguridad que habíamos tenido. Angélica que era la que tenía más contactos en el exterior creía que era una información que nadie más producía y que era apreciada y útil para la solidaridad. Años después una amiga del Comité Pro Retorno, que había estado en Roma con el periodista Fernando Murillo Viaña, nos contó que éste tenía un archivo con todos nuestro envíos, que eran varios cientos de páginas y que consideraba que era el mejor trabajo de información que se hacía en el interior. Él creía que lo hacían los “Periodistas de la Resistencia” por la firma que a veces usábamos, pero en realidad ninguno de los tres éramos periodistas.

Quien influyó en nuestro trabajo, aunque parezca extraño, fue un coronel de ejército. Yo tuve una brillante alumna llamada Virginia Ramos en la Universidad de Chile, que trabajó conmigo en la ENA y llegó a ser profesora universitaria y se doctoró en Estudios Latinoamericanos. Poco después del golpe conocí a su padre, el coronel Ramos, quien se negó a participar en el golpe, y a pesar de que los oficiales que habían asumido esa actitud fueron hechos prisioneros, torturados y algunos ejecutados, el coronel Ramos tenía tal prestigio y respeto dentro del ejército que no le hicieron nada, solo darlo de baja. Este coronel era una autoridad en inteligencia militar, un intelectual de alto vuelo y hasta un poeta destacado. Él me explicó las nociones de la inteligencia militar y el análisis de la información y me prestó varios libros sobre el tema. A pesar de que sólo conocía cosas elementales en esta materia siempre traté de aplicarlas en nuestro trabajo y quizás de algo sirvió. Cuando el destacado coronel murió, ya en democracia, aunque era el mismo ejército y los mismos mandos de la dictadura, se le hizo un funeral oficial con banda de guerra y homenaje de un destacamento.

CAPITULO VII

1978-79 El CODEHS.

El trabajo en el CODEHS

El primer organismo de Derechos Humanos creado en Chile fue el Comité de defensa de los Derechos Humanos en 1970, CODEH que dirigía Clotario Blest, ex presidente de la Central Única de Trabajadores y un patriarca del movimiento obrero. Este comité surgió para defender a los trabajadores y se amplió en 1978 creando el CODES, Comité de Defensa de los Derechos Sindicales, que funcionó paralelamente al CODEH. En la práctica se fusionaron en el CODEHS, Comité de Defensa de los Derechos Humanos y Sindicales. Blest era un viejo dirigente que tenía una casa, más vieja aún, donde funcionaban estas organizaciones.



La casa de don Clotario Blest, en Santa Cruz 630, solo tenía en pie la parte delantera, todas las piezas traseras estaban con el techo derrumbado. Una de las piezas del frente era la sala utilizada por el CODEHS.

Un día, en 1978, Rosita llegó a mi casa y me dijo que no podíamos seguir trabajando tan artesanalmente. Parece que alguien le había criticado nuestro trabajo. Me dijo que debíamos “arrimarnos” a alguna institución, pues de esa manera podríamos seguir haciendo el mismo trabajo con

más recursos, seguridad y con aportes de otras personas que tuvieran experiencia o interés en los derechos humanos, que el trabajo en solitario ya no se justificaba, especialmente porque Angélica Gimpel había desaparecido y había llegado una tarjeta de ella con saludos desde Inglaterra. Sostuvo que no era lo mismo enviar denuncias e informaciones anónimas, que ni siquiera se podían citar, que información avalada por alguna institución que tuviera algo de existencia legal, como la Vicaría. Naturalmente que yo pensé en la Vicaría, pero sabía que era difícil colaborar allí, pese a que yo iba casi todos los días pues recibía mucha información y Winnie Lira, que había dirigido la Unidad de Cárceles de la COMSODE, decía que yo había sido su primer jefe, aunque yo nunca respeté la jerarquía, me daba algunos trabajos, que eran a veces, casi mi único ingreso. Estos trabajos eran de tipo artesanal: cajas pequeñas de madera con tapas, donde se colocaban artesanías talladas en hueso que hacían los presos políticos, otras veces era hacer carpetas para enviar al exterior y hasta trabajos más personales de carpintería. Simultáneamente, José Manuel Parada me invitaba a oír sus informes de análisis de la situación y me pedía mi opinión, así tenía muchos amigos en la Vicaría.

El CODEHS, Comité de Derechos Humanos y Sindicales era muy pequeño y casi sin recursos ni respaldo y se trabajaba en condiciones de miseria, pero producía ocasionalmente informes y denuncias sobre las violaciones a los derechos humanos, y a lo menos tenía cierta tradición y la dirección de un personaje importante de la historia del movimiento sindical chileno: Clotario Blest.

La legitimidad de los organismos creados era fundamental. El COPACHI y la Vicaría de la Solidaridad se fundaban en la función de la Iglesias como protectoras de la dignidad humana, rol que asumieron frente estas violaciones. Después surgieron las agrupaciones de familiares de las víctimas, legitimadas en el derecho de la familia de proteger a sus miembros. Posteriormente, cuando comenzaron las protestas populares, las organizaciones políticas pudieron constituir organismos de este tipo y finalmente, como un compromiso de personas vinculadas a las iglesias surgieron entidades como el Movimiento Contra la Tortura Sebastián Acevedo que enfrentaron la represión con el sacrificio personal. Estas sucesivas instituciones de la sociedad civil constituyen las cuatro generaciones del movimiento de derechos humanos en Chile. Ellas se especializaron en la defensa de derechos generales o específicos, actuaron con mucha coordinación y le otorgaron a la información un rol relevante. En otros países que sufrían dictaduras surgieron organizaciones parecidas, pero no fueron similares a las chilenas.

Las cuatro generaciones mencionadas se agruparon en quince entidades que difieren con respecto de su origen, naturaleza, dependencia, orientación, afiliación, tipo de organización y relaciones de coordinación. Sin embargo, no alcanzaron a generar lo que se llamó “nuevos movimientos sociales”, y si bien perduraron durante algún tiempo, se fueron extinguiendo porque con el advenimiento de la democracia fueron suplantadas por los partidos políticos. Los integrantes del movimiento de derechos humanos fueron, como lo expresó un obispo “los que se atrevieron a meterse entre las patas de los caballos”, pero su aporte al cambio político no fue relevante.

Rosita creía que la institución que nos recibiría era el CODEHS y un día decidimos presentarnos allí. Ante mi sorpresa ella conocía a Clotario Blest y lo abrazó al saludarlo, lo mismo hizo con los otros presentes que eran Manuel Acuña, Oscar Ortiz y Pedro Gaete, todos conocidos de Rosita. Don Clotario y las demás personas nos recibieron como voluntarios del Comité y allí trabajamos durante un par de

años. Un aporte significativo fue la citroneta de Rosita, que día a día la utilizábamos en tareas del CODEHS, con lo que yo volvía a ser chofer.

Rosita, que vivía cerca de mi casa, me dejaba la citroneta para hacer trámites y yo la estacionaba en la calle, frente a mi casa y en una oportunidad llegaron los carabineros y preguntaron de quién era ese vehículo. En la casa sólo estaban mis hijos, que eran pequeños, y les respondieron que no sabían. Por tal motivo los carabineros se llevaron la citroneta. Cuando yo llegué y supe de este hecho, le avisé a Rosita, pues ella, como dueña, era la única que podía reclamarla. Así lo hizo y cuando volvimos con la citroneta recuperada, yo pensaba que como ella era un volcán iba a retar a mis hijos, pero, al revés, los felicitó porque ellos habían seguido mis instrucciones de que si alguna vez venía la policía y les preguntaba algo ellos debían decir que no sabían nada.

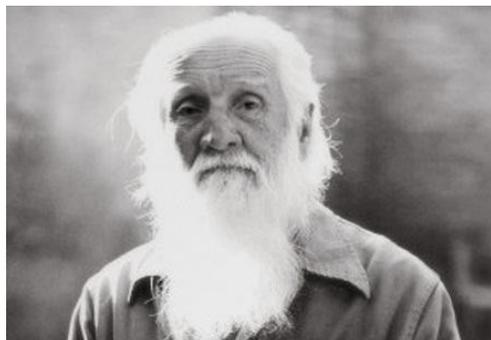
En el CODEHS de inmediato yo me dediqué a preparar informes mensuales de la situación de derechos humanos en Chile. Con la colaboración de los otros integrantes, la labor de denuncia que antes realizábamos se regularizó y ya no era de casos específicos sino que cubría todos los casos de represión, incluyendo las detenciones, allanamientos, torturas, presos políticos, ejecuciones, desapariciones y exilio. Durante más de un año logramos continuidad y mayor cobertura y aportes colectivos. Varios de los miembros hacían aportes sobre temas esenciales y don Clotario revisaba y estudiaba cuidadosamente cada informe. Este trabajo lo hacía con regularidad, rapidez y rigurosidad, control que yo consideraba muy útil pues siempre había aportes constructivos. Era un control distinto al que tuve que soportar en otras instituciones en los años siguientes, donde el control era simplemente un mecanismo de poder. Dado que todos teníamos una actitud claramente contraria a la dictadura y creíamos que el respeto a los derechos humanos era fundamental en una sociedad civilizada, nunca hubo discrepancias importantes.

Veíamos que la calidad de nuestro trabajo mejoraba notablemente. Rosita, que siempre se había resistido en escribir las denuncias, tuvo que empezar a hacerlo pues yo volvía a considerarme profesor y trataba de enseñarle. A ella le gustaba hablar, pero poco a poco, en especial una oportunidad en que estuve enfermo, ella tuvo que asumir la tarea de escribir y empezó a gustarle esa labor. De esa manera creo que ayudé a una maduración de Rosita y el escribir la hizo más reflexiva y calmada.

Sin embargo, no todo era fácil. El CODEHS carecía de financiamiento y despachar por correo el material era un obstáculo casi insalvable. Pero logramos multiplicar los documentos que preparábamos pues el CODEHS tenía un mimeógrafo e imprimíamos centenares de copias, por lo menos de las declaraciones y documentos destinados al interior y que no implicaban gasto de franqueo. La escasez de recursos era tal que en una oportunidad, considerando que muchos visitantes y los que trabajábamos en esa casa nos sentíamos muy incómodos por la falta de higiene, yo compré un tarro de insecticida con los fondos del CODEHS, pues en la vieja casa abundaban las pulgas. Don Clotario que llevaba un control riguroso de todos los gastos, se enojó muchísimo por este gasto superfluo y además sostuvo que “esos bichitos también tenían derecho a la vida”.

Acuña, Gaete y don Clotario producían gran parte del material sobre la situación política y sindical, el que se distribuía en las poblaciones de Santiago. Poco a poco nuestro trabajo fue conociéndose en otros círculos y empezaron a llegar más y más voluntarios como Gloria Rodríguez, Manuel Machuca, Ana González, el sacerdote Rafael Maroto, Antonio Cadima, la monja Elena, Fernando K y muchos más,

adquiriendo importancia el trabajo a las poblaciones populares. Los voluntarios eran socialistas, comunistas, mapucistas, miristas y hasta anarquistas y muchos más independientes, todos coincidían en la necesidad de defender a la persona humana.



Clotario Blest.

Blest era a la vez un católico ferviente y un anarquista revolucionario. Desde su juventud había logrado compatibilizar estas dos concepciones ideológicas. Siguiendo las enseñanzas del padre Vives se había opuesto a la labor política del padre Alberto Hurtado, un sacerdote aristócrata que con el tiempo fue calificado de santo. Hurtado pretendía crear un movimiento sindical subordinado a la Iglesia Católica, mientras que Vives y más enfáticamente, Blest, era un defensor de la concepción de un movimiento sindical autónomo. Su lema preferido era que la liberación de los trabajadores debía ser obra de los trabajadores mismos. Esta independencia se extendía a los partidos políticos y rechazaba totalmente al Partido Comunista que pretendía ser la vanguardia y dirección del proletariado. Pese a que el movimiento anarquista había sido importante en las primeras décadas del siglo XX en Chile, el catolicismo no había influido en él. Y don Clotario Blest era un líder casi aislado, pues su catolicismo chocaba con los anarquistas históricos y por otra parte, era antagónico a los partidos, especialmente al comunista y a la Democracia Cristiana, partidos a los cuales combatía con saña. Tenía una historia trágica pues habiendo sido presidente de la Central Única, basado casi exclusivamente en su carisma y sin organización que lo respaldara, fue combatido y finalmente desplazado por el Partido Comunista, de manera que estuvo al borde del suicidio, siguiendo el ejemplo de Luis Emilio Recabarren, el padre del movimiento obrero, quien terminó así su vida.

Se definía como apolítico y católico, consideraba que todos los políticos eran unos corruptos, según su experiencia.

Como persona, era generoso al extremo de despreciar los bienes materiales, calificaba al dinero como el estiércol de Satanás, conforme a antiguos teólogos cristianos, y era probable que la principal fuente de financiamiento del CODEHS fuera la pequeña pensión que tenía Blest, pues había sido Tesorero Comunal como funcionario público. Era muy estricto en estas materias a la vez que tenía activa participación política aún cuando en esta época ya era un anciano. Vivía en condiciones de pobreza y su casa estaba semi destruída, se había derrumbado el techo de la parte trasera y en ella abundaban conviviendo palomas y gatos.

Precisamente su casa, en la calle Santa Cruz, era la sede del CODEHS y a pesar de que casi diariamente pasaban los carabineros y arrancaban la Declaración Universal de los Derechos Humanos que volvíamos a poner, no impedían que el CODEHS funcionara públicamente.

Don Clotario vestía siempre con un overol azul y un jockey negro, ropa típica del obrero de la época, pese a que él había sido empleado público y no obrero. Conforme a su edad era bastante cascarrabias y le gustaba imponer su voluntad. Tenía una contradicción permanente en su ser, era muy pobre y modesto y a la vez disfrutaba de una vanidad un poco oculta, que afloraba cuando era entrevistado y fotografiado por la prensa.

Su vocación revolucionaria lo llevó a ser fundador del MIR, pero pronto se alejó de esa organización, posiblemente porque en la práctica era un partido político.

Yo vi por primera vez a Clotario Blest el día en que se realizaba una gran concentración sindical en la Plaza Artesanos el Primero de mayo de 1952, cuando yo tenía veinte años. Comenzaba un ascenso del movimiento popular, después de la represión desatada por el gobierno de González Videla. Era la concentración más grande realizada desde hacía muchos años y había mucho entusiasmo. Una gran discusión sobre la necesidad de unir a los trabajadores en una sola gran central sindical era el tema de esos días, pero si bien todos los dirigentes sindicales se manifestaban como favorables a ese objetivo, en la práctica no se avanzaba.

En esa oportunidad ocurrió algo casi mágico, parecía una reunión popular en el ágora de Atenas donde se practicaba una democracia directa. Clotario Blest en su fogoso discurso sobre la unidad le preguntó a la multitud ¿Ustedes quieren la unidad? Y un inmenso clamor repitió: si, si, si, a las veces que repitió la pregunta. Entonces Blest dijo algo así como: ¡ahora sus dirigentes deben escucharles y obedecerles! y la multitud respondió gritando repetidamente ¡Unidad! ¡Unidad! ¡Unidad!

Poco después se celebró el congreso que dio origen a la Central Única de Trabajadores, presidida por don Clotario, También asistí como espectador a este Congreso que se realizó en el Teatro Coliseo, en la Calle Arturo Prat.

Blest era a la vez un católico ferviente y un anarquista revolucionario. Desde su juventud había logrado compatibilizar estas dos concepciones ideológicas. Siguiendo las enseñanzas del padre Vives se había opuesto a la labor política del padre Alberto Hurtado, un sacerdote aristócrata que con el tiempo fue calificado de santo. Hurtado pretendía crear un movimiento sindical subordinado a la Iglesia Católica, mientras que Vives y más enfáticamente, Blest, era un defensor de la concepción de un movimiento sindical autónomo. Su lema preferido era que la liberación de los trabajadores debía ser obra de los trabajadores mismos. Esta independencia se extendía a los partidos políticos y rechazaba totalmente al Partido Comunista que pretendía ser la vanguardia y dirección del proletariado. Pese a que el movimiento anarquista había sido importante en las primeras décadas del siglo XX en Chile, el catolicismo no había influido en él. Y don Clotario era un líder casi aislado, pues su catolicismo chocaba con los anarquistas históricos y por otra parte, era antagónico a los partidos, especialmente al comunista y a la Democracia Cristiana, partidos a

los cuales combatía con saña. Tenía una historia trágica pues habiendo sido presidente de la Central Única, basado casi exclusivamente en su carisma y sin organización que lo respaldara, fue combatido y finalmente desplazado por el Partido Comunista, de manera que estuvo al borde del suicidio, siguiendo el ejemplo de Luis Emilio Recabarren, el padre del movimiento obrero, quien terminó así su vida.

La legalidad improbable.

Era impensable en el Chile de la dictadura que se permitiera la existencia de un organismo como el CODEHS y las amenazas eran evidentes, hasta una vez dejaron frente a la casa de Blest el cuerpo de un joven comunista, creo que Leandro Arratia, que había sido ejecutado por la DINA.

A diferencia del trabajo clandestino que durante tres años realizamos con Rosita y Angélica, el CODEHS era una organización pública gracias a la presencia de Clotario Blest. Yo suponía que la dictadura no aplastaba al CODEHS porque don Clotario era apolítico, lo mismo que aseveraba Pinochet y ambos odiaban a los partidos políticos, especialmente al Partido Comunista. Habría resultado contradictorio que Pinochet atacara a quien sostenía sus mismos valores, aunque en el fondo tuvieran posiciones totalmente distintas. Clotario Blest, evidentemente odiaba a Pinochet y había sido capaz de negarse a saludarlo cuando éste lo intentó, cosa que casi nadie en Chile se atrevió a hacer.

Los presos políticos.

La labor siguió con gran armonía durante varios meses y Rosa Rubilar fue un día a mi casa y me propuso que todos los domingos fuéramos a la Penitenciaría. Yo no quería hacerlo pues trabajábamos en el CODEHS 5 o 6 días a la semana, pero como de costumbre, me dijo que era un inconsecuente, que una vez le había dicho que debíamos luchar contra la dictadura todos los días y ahora resultaba que los domingos me quedaba en casa con los niños, trabajando en el jardín, leyendo o pintando, aficiones que practicaba los fines de semana.

Como de costumbre no tuve argumentos para rebatirle y desde entonces, todos los domingos venía en su citroneta y pasábamos a buscar a don Clotario e íbamos a la Penitenciaría a ver a los presos políticos. Don Clotario nos felicitaba y decía que los católicos estaban autorizados para faltar a misa si en cambio tenían que ir a ver a los enfermos o a los presos. Pero yo era ateo y Rosita si era católica, no era observante. Supongo que él no sabía estos pecados nuestros y no nos interesaba empezar a discutir sobre religión.

Estas visitas dominicales eran muy importantes, por una parte, los presos recibían con aplausos y gran cariño a don Clotario, pues casi nunca alguien importante iba a visitarlos, y, por otra parte, él disfrutaba de recuperar la gran popularidad que había tenido cuando dirigía el movimiento sindical. Las conversaciones y a veces sus discursos eran recibidas con mucho interés por los presos.

Simultáneamente Rosita y yo siempre llevábamos documentos a los presos del PS. Rosita era la encargada de la relación del Comité Central con los presos políticos socialistas. Los documentos los llevábamos escondidos, en mi caso, en los calcetines, pero las revisiones de los gendarmes eran muy someras y sólo buscaban armas o drogas y podíamos traer y llevar documentos sin mucho riesgo. Como los miembros del Comité Central nunca contestaron las cartas de los presos socialistas, Rosita se

dedicó a contestarlas a nombre de ellos, en general en términos solamente formales, agradeciendo sus aportes teóricos. Esto fue un gesto humano de respeto a los presos. Además, normalmente, cumplíamos encargos de muchos presos para conectarlos con sus familias o amigos o realizar gestiones ante sus abogados.

En la Peni (Penitenciaría) estaban los presos políticos que habían pasado por los centros de tortura y habían quedado con vida por alguna razón y eran procesados o ya lo habían sido por los tribunales. Era un cambio radical pasar de los campos de concentración o centros de tortura a las cárceles públicas, en alguna medida estas instituciones seguían como en la República y ya no había maltrato.

Allí en la Penitenciaría yo conversaba con algunos ex alumnos como Robinson Pérez y con amigos como Raúl Vergara, el compañero de Angélica Gimpel. También con otros que me contaban sus problemas y muchos que me entregaban información útil sobre detenciones y torturas para nuestros informes. Un gran amigo fue Sergio Monsalve, preocupado del desarrollo teórico del PS y permanentemente me entregaba sus estudios para transmitirlos al partido o publicarlos.

También se encontraban algunos presos políticos con serios problemas mentales. Uno de ellos me contaba que tenía un destacamento militar preparado en Quilicura. Para confirmar sus informaciones, vestía botas, pantalones de montar y una chaqueta con charreteras. Otros, en cambio, acusados de importantes crímenes y que habían militado en la VOP, Vanguardia Organizada del Pueblo, eran muy ajenos a esos crímenes pero por el hecho de haber estado en esa organización fueron condenados a largas penas.



Rosa Rubilar, Clotario Blest y Patricio Orellana de visita en la Penitenciaría.

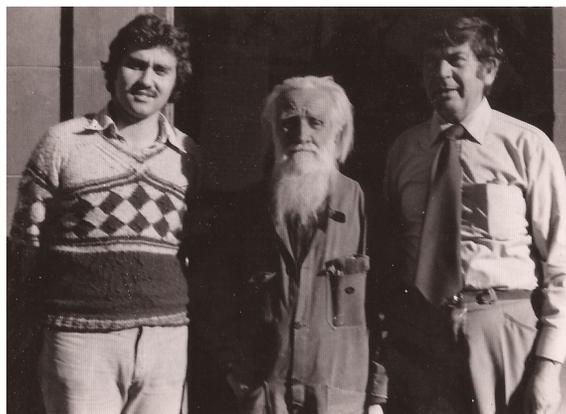
El final en el CODEHS.

Como hemos señalado don Clotario era tenaz enemigo de los partidos y aunque el partido que menos odiaba era el socialista, porque había tenido mucho amigos que eran dirigentes sindicales socialistas, empezó a llamarme “El Político” y hacía discursos en contra de los políticos. En realidad yo nunca intenté imponer posiciones socialistas y nunca habíamos tenido discrepancias en los informes que yo preparaba y don Clotario revisaba, pero como era algo cascarrabias, parece que mi pasividad ante sus ataques lo molestaba más aún. Estas acusaciones eran absurdas porque casi todos los miembros del CODEHS eran políticos y militantes de partidos. Una vez me atreví a decirle que él debió apoyar a Allende como lo había hecho la clase obrera masivamente. Pero él no estaba dispuesto a oír opiniones o consejos sino sólo a darlas.

La pequeña crisis culminó cuando yo escribí un artículo llamado “***La política de los apolíticos***”. Don Clotario lo leyó y declaró; “no participo de las tesis allí expresadas ni menos de la idea de discutirlos. Por el contrario, cuando terminó de examinarlo decidió encarar a su autor no en privado, sino en medio de una reunión del organismo. Allí, ante todos los presentes señaló que había recibido el documento de uno de los miembros del CODEHS, que él no participaba de tales ideas y que, en vista de ello, tanto el autor como el presidente de la colectividad no podrían trabajar juntos. Era aquella una invitación al analista para abandonar el CODEHS.”

“Patricio no formuló opinión alguna al respecto. Simplemente, aceptó la invitación a alejarse de la organización y lo hizo sin manifestaciones de molestia. Un día determinado se despidió de todos y abandonó la casa de Santa Cruz N° 630” (...) “El CODEHS había perdido a uno de sus mejores cuadros analíticos”.²

Poco después Rosita y otros abandonaron el CODEHS.



Oscar Ortiz, secretario, Clotario Blest y Patricio.

Sin embargo, yo considero que mi trabajo en el CODEHS fue importante y siempre tuve una actitud de respeto hacia don Clotario, en quien reconocía un distinguido y ejemplar dirigente del movimiento

² Manuel Acuña Asenjo, **Prolegómenos a las grandes protestas del 83**, Estocolmo, Editorial Senda, 2012.

obrero, además tuve la oportunidad de compartir con otras valiosas personas, como Rafael Maroto, Pedro Gaete, Manuel Acuña, Antonio Cadima, Oscar Ortiz y otro que se apodaba “K” (como cuarenta años después supe que era Fernando Juka) que participaban activamente en el movimiento de derechos humanos y con los cuales mantuve una cordial amistad durante muchos años.

En el año 2010, yo retorné al CODEHS, que había sido refundado y asistí a varias sesiones y actos públicos en homenaje de don Clotario Blest, que ya había fallecido hacía muchos años, y en algunas oportunidades debí contar mi relación con él, sin hacer referencia a sus enojos.

CAPÍTULO VIII

1979-80.- Militancia política y lucha por los derechos humanos.

La revista AVANCE.

Cuando trabajé en organismos cristianos de defensa de los derechos humanos se me planteó el dilema de si era correcto militar en un partido político y al mismo tiempo participar en una institución que asumía cierta neutralidad. Esto porque algunos amigos pensaban que no era posible colaborar con una institución que era de la iglesia católica y al mismo tiempo militar en partidos que no comulgaban religiosamente. Yo concluí que era totalmente ético, porque estas organizaciones luchaban por los derechos humanos y uno de ellos era el de pertenecer a un partido político, por lo cual era un derecho ejercer esa aspiración que la dictadura prohibía, de otra manera era como aceptar la ideología impuesta por la dictadura de la derecha y los militares. Por lo tanto, cuando seguí trabajando en instituciones vinculadas a la iglesia, no tenía escrúpulos en militar en el partido socialista, pero como lo hice en la COMSODE, no asumí puestos de dirección, porque en ese caso, creo que le correspondía exclusivamente a los que profesaban esa fe y yo informé que no era creyente.

Durante el período 1973-1980 el trabajo partidario era clandestino y en forma aislada, Rosita y yo éramos socialistas y Rosita mantenía el contacto con el Comité Central. Angélica, con su actitud de misterio permanente nunca nos dijo su militancia, si la tenía, pero siempre estuvo de acuerdo en todo con nosotros dos y claramente no era comunista ni mirista. Sin embargo, no constituimos un núcleo porque el trabajo político principal de Rosita era con la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos. Solo una vez me encontré con un miembro del Comité Central, cuando acompañé a Rosita a una conversación con Ricardo Solari, quien posteriormente fue Ministro del Trabajo y ocupó altos cargos en los gobiernos de la Concertación.

Paralelamente al trabajo realizado en el CODEHS, durante 1979 y después en 1980 un grupo de “políticos” que trabajábamos en este organismo publicamos una revista teórico-política. Entendíamos que la lucha por los derechos humanos era fundamental, pero creíamos que había otros frentes en los cuales la lucha era también importante. La idea que desarrollamos era publicar una revista que acogiera todas las opiniones de la izquierda, para así discutir las y lograr que se generaran objetivos y métodos comunes y no estar divididos en multitud de organizaciones pequeñas que podían realizar campañas contradictorias. La discusión permite definir y superar antagonismos, a veces intrascendentes o demoler ideas descabelladas que podían abundar.

Ya en 1978 había surgido una gran cantidad de revistas clandestinas de cada uno de los partidos de izquierda y en algunos casos de sus diferentes fracciones. La idea nuestra no era agregar otra, sino que ésta fuera unitaria y admitiera documentos provenientes de todos los grupos de izquierda y de sus militantes. Yo conseguí que el Partido Socialista respaldara esta idea y me nombrara su representante, el sacerdote Rafael Maroto y Antonio Cadima representaban al MIR, Manuel Acuña y Gaete eran los representantes del MAPU. Casi todos trabajábamos en el CODEHS, pero formábamos una organización distinta: el Consejo Editorial de AVANCE: Don Clotario sabía de nuestra organización y no se oponía ni participaba, supongo porque era partidaria. El nombre AVANCE lo adoptamos en homenaje de una organización cívica que el año 1931 había derrocado la dictadura del General Ibáñez.

Lamentablemente, el Partido Comunista, que era uno de los más importantes de la Izquierda, no quiso participar, pero en todas las ediciones que se publicaron de AVANCE se incluyeron documentos de esa organización.

Entre 1978 y 1983 logramos publicar diez números de AVANCE. Recibimos numerosas colaboraciones, en primer lugar de los miembros del Consejo Editorial, pero también de destacados líderes políticos, como Ricardo Lagos, que posteriormente sería presidente de Chile, Benjamín Cares, jefe del PS “Coordinadora de Regionales” y otros. Como todos los artículos tenían sólo el seudónimo del autor, no se ha podido establecer con claridad quiénes los escribían. Lo que sí publicamos sin restricciones eran documentos de los partidos Comunista, Socialista y de muchas de sus fracciones, Izquierda Cristiana, MAPU y MIR. La finalidad última era lograr la unidad de toda la izquierda para derribar la dictadura.

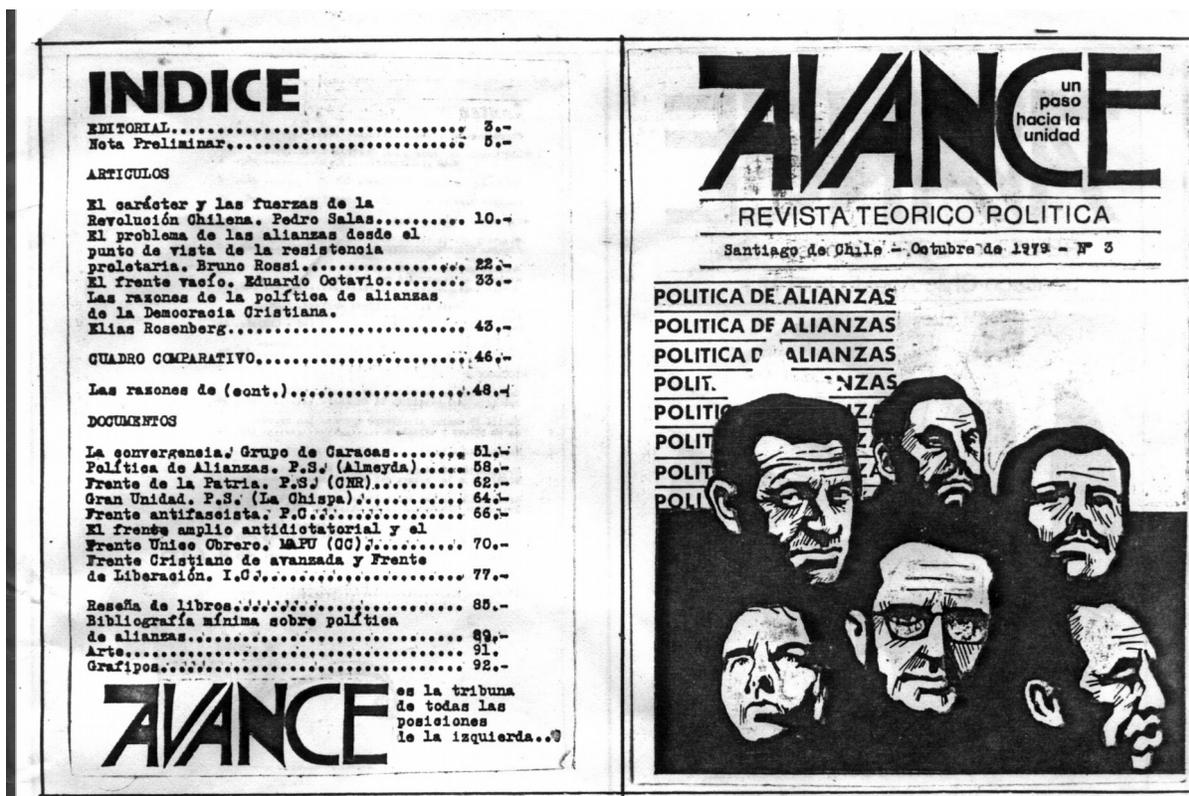
Cada número de la revista tenía un tema central y se presentaban opiniones de varios autores y a la vez documentos de los partidos sobre el tema específico. Formalmente era hecha, al igual que muchas otras que circulaban en esa época, de formato pequeño y de un centenar de páginas, a veces el tiraje era de apenas 100 ejemplares y otras hasta de 500, según se lograba fotocopiarlas, imprimirlas a mimeógrafo o en imprenta. Los temas que se trataron fueron: la crisis del Partido Socialista, Los regímenes de excepción, la política de alianzas, el modelo económico, el capitalismo y temas misceláneos.

Paradójicamente, era una revista clandestina... que se vendía, pues era la única forma de financiarla. De todas maneras, la venta era muy complicada y peligrosa y además ya existía la costumbre que las revistas de este tipo fueran gratis, de manera que era difícil obtener dinero a cambio de la revista. Por esta razón el apoyo fundamental provino de mis propios recursos, que eran hartamente limitados, y de los dos representantes del MAPU. No recibimos ni un peso de los partidos políticos y la publicación tenía más y más dificultades financieras. Naturalmente que la revista era artesanal, a veces muy mal impresa, pero en general era distinta de revistas similares de partidos, que abundaban. La diferencia formal radicaba en el diseño, labor de Antonio Cadima, que hacía cubiertas con ilustraciones alusivas al tema central del número y en el interior disponía de numerosos dibujos muy bien hechos y referentes a los temas tratados.

Yo creía que hacer esta revista era cada vez más peligroso, pues era muy distinto que trabajar en el campo de los derechos humanos que tenía cierta legitimidad, aunque abundaban los casos de represión, pero la dictadura eliminaba cualquier atisbo de organización claramente política. Temía que a medida

que la revista fuera conocida, imprescindiblemente iba a caer en manos de la CNI y sería muy fácil determinar quién la publicaba, porque si alguien la había comprado tenía que saber a quiénes, ya que no era de venta pública, hasta llegar a nosotros, los editores. Era cuestión de tiempo. Además la dictadura estimulaba la división de la izquierda y la revista estaba dirigida precisamente a buscar la unidad.

Años después, un amigo me dijo que quizás la revista AVANCE no había sido perseguida por la dictadura porque pudo ser útil a los servicios de inteligencia militar, pues le proporcionaba las ideas y posiciones de todos los grupos, sin necesidad de ir a buscar cada opinión de esos grupos separadamente, lo que habría sido más difícil para los aparatos represivos.



El caso del mimeógrafo perdido, recuperado y vuelto a perder.

El PS nos había facilitado un mimeógrafo y éste lo teníamos en la casa de mi hijo mayor, quien se encargaba de la impresión de la revista y de la dactilografía, pero en una oportunidad fue seguido por agentes de la CNI y como había estado detenido, temió que allanaran su casa y encontraran la pequeña imprenta, por lo cual abandonó su casa inmediatamente. Era posible que la CNI supiera lo de la imprenta y no había actuado esperando la oportunidad de sorprender a un grupo completo. Una de las modalidades conocidas de la DINA era “la ratonera”, es decir, la ocupación de una casa, con sus habitantes o no, esperando que allí se realizara alguna reunión de un partido clandestino. Así habían atrapado al Comité Central completo del PC.

En estas circunstancias yo vigilé la casa ubicada en Nataniel Cox al llegar a Avenida Matta, durante tres días, para ver si aparecían los agentes. Para ello, estaba varias horas en esquinas alejadas con vista a la casa y otras horas permanecía en una “fuente de soda”, especie de bar, donde solo se servían bebidas gaseosas y hot-dogs. Eso me obligaba a consumir y consumir esos alimentos, lo que era muy desagradable. Nunca vi que alguien llegara a la casa mencionada.

Al cuarto día decidí ir a buscar el mimeógrafo, que era del Partido. Para ello logré que mi amigo Emilio Sobarzo, con quien había estado en España, me acompañara porque él tenía una camioneta. El plan era que inmediatamente después del levantamiento del toque de queda, como a las 5 de la mañana, después de que yo entrara en la casa mencionada y saliera con un bulto, él estaría estacionado a una cuadra y habiéndose asegurado que yo estaba solo se aproximaría a donde estaba y subiríamos el mimeógrafo a la camioneta y partiríamos. Sobarzo sabía que si no salía en diez minutos, avisaría a mi familia de mi probable detención.

El plan funcionó a la perfección, a pesar de mi temor, entré en la casa con las llaves de mi hijo, no había nadie, saqué el mimeógrafo y Sobarzo apareció pronto con su camioneta y partimos a otro lugar donde debía entregarlo según las instrucciones del Partido. El compañero que recibió el equipo estaba más asustado que yo y no quería aceptarlo, pero ante la amenaza de dejarlo en la puerta de su casa accedió a recibirlo. Así terminó la posibilidad de seguir usándolo. Después supe que la familia del compañero era muy miedosa y le obligó a botarlo en un basural próximo porque si la CNI encontraba algo así en una casa, era como una sentencia de muerte segura. ¡Así perdimos nuestra valiosa imprenta!

El fin de AVANCE.

Finalmente lo que me decidió a abandonar esta labor fue la decisión del Partido Socialista de que yo no siguiera en AVANCE. Sospecho que porque en la revista publicábamos documentos de la Chispa, de los Suizos, de la Coordinadora de Regionales y de otros grupos que también se calificaban como Partido Socialista, aunque eran fracciones que se habían desprendido de la estructura tradicional dirigida por Clodomiro Almeyda. También creo que la orden de devolver el mimeógrafo tenía el mismo objetivo: detener la publicación de AVANCE.

Junto con esta decisión, en 1979 mi situación económica era desesperada, las deudas se acumulaban y no existía ni la más pequeña posibilidad de conseguir trabajo en Chile. Pero, como de costumbre, Rosita acudió en mi ayuda, insistió que me presentara a una especie de concurso del WUS, que iba a otorgar una docena de becas a exonerados universitarios (alumnos y profesores) y como yo era uno de los pocos profesores exonerados que no se había ido al exilio, tenía seguridad de obtenerla.

El problema que se me creaba es que la beca implicaba un año y medio de estudios en el Reino Unido y yo me había prometido luchar todos los días en contra de la dictadura y ésta no tenía ningún indicio de que se acabara. Al contrario, como he señalado, parecía interminable. Pero de acuerdo con la política de Mrs. Thatcher, los becarios debían ir solos, para asegurarse de que no se quedarían viviendo en el país. Por eso mismo, la beca se dividía en dos partes, una para el becario, para su estadía en el Reino Unido y la otra para la familia que debía permanecer en Chile. Como yo no tenía ningún interés en exiliarme, la beca resolvía todos mis problemas y acepté postular. Sin embargo, la beca no me fue otorgada. Ocurría que quien decidía las becas en Chile era una especie de jurado integrado por representantes de

los partidos democráticos y directivos de organismos de derechos humanos importantes. Obviamente eligieron a personas de los partidos y de los mencionados organismos. Parece que el PS propició la beca para otro profesor que estaba en las mismas condiciones mías, porque probablemente mi participación en AVANCE no era un buen antecedente. Yo acepté la decisión sin reclamar, aunque supe que varias becas no fueron para exonerados universitarios como era el requisito.

Sin embargo, Rosita armó un escándalo y como conocía muy bien a las representantes del WUS que habían estado en Chile y sabían de mi trabajo de información, les escribió exigiendo que reconocieran mis derechos y trayectoria en defensa de los derechos humanos. Por su parte Angélica, que estaba en Inglaterra y que también conocía al personal del WUS avaló el reclamo y el WUS británico acordó otorgar una beca adicional a mi persona. Mis dos defensoras habían doblegado hasta a la institucionalidad local que había otorgado las becas.

CAPÍTULO IX

1980-81 Intermedio en el Reino Unido.

El World University Service.

Otros factores que determinaron mi decisión de tomar la beca fue que no existía ninguna posibilidad de colaborar en una institución de derechos humanos en Chile y que yo tenía, casi la seguridad de que si seguíamos con la revista AVANCE nos detendrían irremediabilmente.

Esto no ocurrió porque la revista AVANCE dejó de aparecer regularmente cuando yo me fui.

Durante los últimos siete años había tenido que interrumpir mis actividades docentes y evidentemente había quedado obsoleto en las materias que enseñaba. Pero me parecía imposible lograr retornar a las tareas académicas y no tenía ningún interés en dedicarme a los estudios en Inglaterra, pues retornar a la Universidad en Chile me parecía imposible, pero a la vez existía el compromiso de que era una beca de estudios. Con la ayuda de Angélica Gimpel resolví el conflicto: dedicar tres días a la semana para trabajar como voluntario en el Chile Committee for Human Rights en Londres y dos días semanales de un Individual Study Fellow en el Economic Development Studies Institute de la Universidad de Sussex en Falmer. Allí preparé una tesis sobre el Exilio en Chile que fue supervisada por el Director del Instituto, lo que me resultó relativamente fácil, pues durante los últimos años había estudiado detenidamente el tema y tenía toda la información disponible. Pero además había que permanecer tres meses en la ciudad de Exeter estudiando inglés. Allí tuve un severo traspíe. Los becados éramos diez chilenos que participamos en el curso. Al comienzo el único que era capaz de comunicarse en inglés era yo, pero al final del curso fui uno de los más mal calificados. Al parecer era negado para los idiomas como pude comprobar toda mi vida, a pesar de que estudié rigurosamente inglés, francés e italiano, nunca dominé bien ninguno de los tres. En el caso de Inglaterra, lo probable es que siendo mayor, ya tenía 49 años, era muy difícil aprender un idioma y todos los restantes becados eran más jóvenes. Sin embargo, durante mi estadía en Inglaterra leí más de un centenar de libros en inglés de literatura, historia y ciencias sociales, incluyendo todas las obras de George Orwell. En literatura leí las obras de D.H. Lawrence, Bernard Shaw, Graham Greene, Robert Graves e Iris Murdoch, además de

obras literarias que estaban de moda en esa época. Posteriormente, en Chile traduje al español dos libros técnicos en inglés.

En el Chile Committee of Human Rights me encargaron de que preparara el Monthly Review, lo que era muy parecido a lo que hacía en Chile, de manera que mensualmente preparaba el informe con los datos que llegaban. Este informe, que escribía en español, era traducido por un inglés voluntario. En el Comité conocí y trabajé casi un año con la presidenta, Morna Macleod.



Morna Macleod.

Era una joven que habiendo nacido en California, residiendo y estudiando en Inglaterra, finalmente optó por las nacionalidades mexicana y chilena. Ella dirigía el Chile Committee for Human Rights y fue otra de las personas admirables que he conocido en mi vida, pues dedicó gran parte de su juventud a la solidaridad con Chile y permanentemente viajaba a diversos lugares del Reino Unido a dar charlas sobre la situación de los derechos humanos en Chile, especialmente a grupos religiosos o de Amnesty International. Tenía que asistir a muy diversas reuniones incluso con altos funcionarios de gobierno y con obispos de distintas iglesias para tratar de lograr sus

apoyos a la solidaridad hacia Chile.

Su trabajo era riguroso y disciplinado, nunca supe que faltara o llegara atrasada. Siempre interesada escuchando a las personas, estudiando para preparar sus charlas a distintos niveles. A pesar de su juventud dirigía una institución que a veces tenía veinte voluntarios y en otras sólo dos o tres.

Para dirigir un grupo de voluntarios tan grande hay que tener una gran capacidad para transmitir las ideas y jamás utilizar conceptos de jerarquía y obediencia, orden o exigencia, pues todo era voluntario. Era una persona aparentemente feliz, siempre sonriente y jamás enojada por algún desaguisado. Tenía tiempo hasta para visitar a los voluntarios cuando estos desaparecían sin explicación.

Había estudiado en la Universidad de York y siempre estaba leyendo sobre América Latina, sabía más de historia de Chile que todos los chilenos que colaboraban en el Committee. Llegó a ser una experta en nuestro continente y posteriormente se casó con un economista chileno y actualmente es profesora en una universidad mexicana.

Morna era tan generosa que cuando yo regresé a Chile y aún estaba sin trabajo, en una oportunidad, me envió el valor de su propio sueldo.

Otra persona admirable y ejemplar fue la Secretaria del Comité, Gabriela Gelber, que era una chilena asilada hacía varios años en Inglaterra y casada con un inglés. Junto a Morna y como única trabajadora permanente era el complemento imprescindible para dirigir un equipo de trabajo.

Yo traté de colaborar en algo parecido a lo que hacía Morna, dando algunas charlas en español a grupos de exiliados chilenos en Inglaterra, Gales y Escocia, lo que me permitió conocer a muchos chilenos exiliados y a grupos de británicos solidarios, En algunas oportunidades asistía a concentraciones y a menudo había personas que me invitaban a sus casas, pese a que era primera vez que los veía.



En Londres

En el barrio de Londres, en el que vivía, Walthamstow, había cursos nocturnos de inglés para inmigrantes y yo participaba en ellos, conociendo a muchos extranjeros recién llegados. Mi mejor amigo llegó a ser el profesor de dichos cursos, un laborista que me invitaba al local del Partido y a pubs. Otras veces me invitaba a comer con su familia. Le interesaba mucho el caso de Chile y estaba muy bien informado. Él me insistía que debía quedarme en Inglaterra porque le parecía que en Chile me iban a detener. Cuando me despedí de él para emprender el viaje de regreso, este amigo lloró y me dijo que estaba haciendo una locura.



En Londres, junto a la tumba de Carlos Marx

Había mucha solidaridad hacia Chile, a pesar de que también muchas personas ni siquiera sabía que había un país llamado Chile. Así como la solidaridad era manifiesta, existían grupos reducidos que tenían otros valores. En el metro, varias veces me encontré con jóvenes del National Front, fascistas y racistas.

Siguiendo el ejemplo de Rosita, al comienzo de la estadía en Exeter, casi obligué a los becados chilenos a aportar el 10 % de su beca para ayudar al Chile Committee y esta suma la descontaba el mismo WUS. Otros becados y yo mantuvimos ese apoyo durante toda la estadía, pero los demás dejaron de hacerlo a los pocos meses, alegando que la beca era muy reducida y un par de ellos nunca aportó nada.

En Londres milité irregularmente en un núcleo del PS, que funcionaba muy lejos de la casa colectiva en la que viví en el norte de Londres.



Pauline Martin.

Las muchachas del WUS que visitaban Chile regularmente estaban muy comprometidas con la causa de derechos humanos. Especialmente destacada es Pauline Martin, que conoció el trabajo de información que hacíamos y me visitó varias veces, incluyendo una visita con sus padres, los que me contaron que su matrimonio había sido un verdadero desafío a su sociedad pues uno era irlandés protestante y ella irlandesa católica, grupos muy antagónicos en Ulster, la Irlanda anexada al Reino Unido.

Pauline me ayudó mucho en mi trabajo en Inglaterra y en Chile me visitó numerosas veces para realizar algunas consultas y pequeños trabajos. Pauline en Inglaterra fue tan cordial que me invitó a visitar a sus padres. Mr. Martin había sido un gran dirigente sindical y su esposa trabajaba en el Museo Británico, lugar que como visité muchas veces, aprovechaba de saludarla y agradecerle sus atenciones pues estuve de visita en su casa varios días.

Muchos años después, intenté que el gobierno de Chile reconociera la labor de Pauline, que había salvado a muchas personas y aunque ella me dijo que no le gustaban los reconocimientos seguí insistiendo, pero no obtuve ninguna respuesta. Sin embargo, a solicitud de personas importantes, en el 2010 el gobierno de Chile le otorgó la medalla al mérito Bernardo O'Higgins por la ayuda que brindó a los refugiados chilenos en la década de los 70 y por promover el programa "Académicos de Chile" que otorgó becas a más de 900 académicos chilenos en el Reino Unido.

Barbarie chilensis.

El grupo de becados era muy variado, había uno de apellido Hidalgo, estudiante de sociología, que había sido detenido y torturado. Hablaba a puro garabato y su interés en el inglés se expresaba en las groserías que aprendía de este idioma. Era grande, obeso y muy moreno y repetidamente me invitaba a que fuéramos a pelear con los "nigros" del barrio. En Walthamstow vivían muchos negros y no le faltaban contendores. El sistema que utilizaba era usar las groserías que sabía en inglés y decírselas a los negros que pasaban, hasta que alguno las entendía y le respondía con otras y empezaba la pelea, habitualmente en una plazoleta próxima al Pub. En general Hidalgo salía maltrecho de las peleas, pero al día siguiente me insistía en que fuéramos a pelear con los "nigros". Por supuesto, yo no tenía ninguna rivalidad ni interés en pelear sin razón y nunca asistí. Hidalgo, un joven de la Izquierda Cristiana decía que era cierto que había que amar al prójimo, pero que los "nigros" no eran prójimos. Así justificaba su racismo. Lo divertido fue que después supe que tanto los negros como los blancos del barrio creían que Hidalgo era negro, porque era un chileno muy moreno.



Algunos de los becados chilenos.

Este joven era muy vulgar y le gustaba hablar en contra e insultar al imperialismo inglés y reclamar porque los ingleses nos habían robado el salitre. Parece que él se consideraba encargado de recuperar algo y cobrar la cuenta, pues decía que había que robar en los supermercados, de manera que yo nunca fui de compras con él, pues temía que lo sorprendieran y aplicaran los avisos que había en todos los negocios que advertían que aquellos que fueran sorprendidos robando serían procesados. Parece que nunca lo descubrieron o en realidad no hurtaba.

Cuando estábamos en Exeter, en el curso de inglés, la policía recibió la denuncia de unas vendedoras de una tienda que informaron que un negro obeso se paraba frente a la tienda y hacía exhibiciones impúdicas. La policía británica parece ser muy eficiente, pues media hora después, había identificado al infractor y lo había detenido. La directora del curso de inglés, Daphne Percival, tuvo que ir a la estación de policía y convencer a los policías que Hidalgo era de otra cultura, donde esos gestos eran aceptados y sólo así fue dejado en libertad. En otra oportunidad Miss Percival nos había llevado a visitar una aldea prehistórica celta en el país de Gales, Hidalgo, aprovechando que no había guardias y que la profesora estaba en otro sector, intentó defecar dentro de una choza. Yo tuve que impedirlo, pero había otro becado, que siempre aplaudía las “gracias” de este sujeto y me dijo que no tenía derecho a coartar la libertad de alguien que estaba atacando al imperialismo inglés ¡Parece que los celtas ya eran ingleses e imperialistas!

El resto de los becados eran, podríamos decir, “personas normales y honradas” pero Hidalgo y su amigo eran una muestra increíble de la barbarie chilensis.

Aunque nunca habían ido al Chile Committee for Human Rights, en una oportunidad aparecieron por allí estos dos sujetos. Se habían negado a aportar dinero, como los demás, pero manifestaron que estaban dispuestos a trabajar por la solidaridad con Chile. Al día siguiente reunieron a los voluntarios del Committee y propusieron tomarse el local y expulsar a los directivos británicos, pues el comité era chileno y debía ser dirigido por chilenos. Era una idea descabellada, en vez de agradecer la solidaridad de los británicos, deberíamos repudiarlos. Naturalmente nadie los apoyó y entonces nunca más volvieron y continuaron quejándose porque la beca era muy reducida y ni siquiera alcanzaba para ir al pub todos los días. En la casa colectiva donde nos alojábamos, Hidalgo jamás colaboró en las tareas y finalmente debimos eliminarlo del colectivo, pues fuera de no pagar sus cuotas, traía amigos a comer.

Finalmente, Hidalgo se dedicó a viajar, en primer lugar fue a conocer al Papa, después viajó a Grecia a la isla de Paros pues había visto la película “*Zorba el griego*”. Quizás estos viajes ampliaron su cultura.

Cruzando el Checkpoint Charlie.

Durante las vacaciones de invierno decidí ir a Berlín para saludar a unos amigos y para tener una reunión con la gente del Partido Socialista, cuyo Comité Central funcionaba en esa ciudad. Mi amigo y ex alumno, Robinson Pérez, me envió un pasaje para el viaje. Una vez en Berlín Occidental debí pasar al otro Berlín.

Al cruzar el Checkpoint Charlie, paso habitual de los espías de uno y otro sistema, me sentí como uno de ellos, pues si la CNI sabía que yo había transitado por este lugar para reunirme con opositores a la dictadura seguramente me encarcelarían. Además el ambiente era muy diferente, al pasar por la guardia yanqui, me dejaron salir sin ninguna exigencia, simplemente con un ademán de mano que

significaba “pase usted”. Pero después venía un trecho solitario que crucé bajo una nevazón terrible y se llegaba a la zona rusa, con unos grandes guardias armados enfundados en gruesos abrigos y con gorros de piel. Me dieron algunas órdenes inentendibles y pasé a un cobertizo rodeado de dos vías cubiertas de fierros con puntas afiladas, que reventarían los neumáticos de cualquier vehículo. En el cobertizo una alemana me interrogó con un vozarrón impresionante. No hablaba ni una palabra de inglés y yo no le entendí nada del alemán prusiano. Le pasé el pasaporte con una tarjeta en alemán que le rogaba que no lo timbrara porque al retornar a Chile tendría problemas. La funcionaria me miró unos minutos y a mí me parecía que no podía controlar su brazo que automáticamente había cogido un gran sello y estaba a punto de timbrarlo. Me miró fijamente con cara de pocas amigas, gruñó algo y se fue con el pasaporte. Esperé un rato, solo en el frío y cuando volvió me entregó el pasaporte sin timbrar y un formulario y me señaló que podía pasar con una ademán militar. Noté que el pasaporte estaba muy caliente. Pasé la caseta y las vallas y me encontré en una explanada vacía, donde la nieve y el frío parecían aumentar, caminé en dirección a los edificios borrosos por la nevada y de repente me encontré con Robinson Pérez, el ex alumno a quien visitaba cuando estaba preso. Él me explicó que el pasaporte lo entregaban caliente pues lo fotocopiaban y la tecnología no era muy avanzada.

En Berlín Oriental asistí a una reunión almuerzo informal de algunos miembros del Comité Central del PS, con la asistencia de Clodomiro Almeyda, que como yo, había sido profesor de la Escuela de Ciencias Políticas. En esa época había dos categorías de militantes, los del “interior” y los del “exterior”. Naturalmente que los del interior eran recibidos como luchadores clandestinos y heroicos. Desde luego, lo que yo les conté a estos camaradas no les entusiasmó mucho, pues esperaban algo más importante y más arriesgado, mostrando como se derribaría a la dictadura. En cambio la lucha por los derechos humanos en Chile era conocida por todos, lo que para mí era una muestra de la efectividad de nuestra labor, pero para ellos no era novedad.

Para mí, el almuerzo fue una muestra de la sobriedad del socialismo real: un plato de tallarines con carne molida, agua y una manzana. Otro día la doctora María Elena Carrera, que posteriormente sería senadora, me invitó a almorzar y a conversar, pero en Berlín Occidental. En esta ciudad me recibió Mireya Barros, que como yo, era exonerada de la Universidad de Chile y había sido Secretaria Académica y profesora de la Escuela de Ciencias Políticas y Administrativas. El esposo de Mireya, Isidoro Bustos, abogado y “Doktor” en Derecho, había estado preso en varios campos de concentración en Chile. Ambos me ayudaron mucho e incluso consiguieron posteriormente que un grupo de profesores alemanes financiara la publicación de un libro sobre el movimiento de derechos humanos que habíamos preparado con una profesora norteamericana.



Patricio, Mireya Barros y el "Doktor" Isidoro Bustos en Berlín Occidental.

Isidoro Bustos se había doctorado en Derecho en Alemania y era un caso extraordinario de integración al medio alemán, hablaba como prusiano y me parece que hasta estaba rubio y de ojos azules. Mireya, por su parte, también rubia, pero de ojos verdes, enseñaba español en una universidad. Ambos habían logrado mantenerse casi en el mismo nivel profesional que tenían en Chile, aunque en Alemania las exigencias debían ser mucho mayores.

El regreso a Londres fue terrible, los ferrocarriles europeos sólo daban crédito a los de Alemania Oriental en pasajes hacia Berlín, el pasaje que me habían dado era sólo para ir de Londres a Berlín pero el viaje era, ahora de Berlín a Londres, mi amigo Pérez me explicó que era habitual que se usara en los dos sentidos y que no habría problemas. En realidad, mientras crucé las dos Alemanias los inspectores aceptaron a regañadientes mi pasaje, pero en Holanda el inspector no aceptó el pasaje y me ordenó que abandonara el tren en la próxima parada, yo me negué a hacerlo pues no tenía dinero para comprar otro pasaje. Mi presupuesto de viaje se había agotado porque para pasar a Berlín Oriental había que pagar un derecho muy alto por cada día de estadía, lo que yo no había considerado.

Finalmente logré llegar a Hoek van Holland, con la amenaza del inspector que iba a denunciarme a la policía. De este puerto partían los ferrys en dirección a Harwich en Inglaterra, sabía que en el barco no me dejarían embarcar con un ticket que no correspondía, pero logré pasar cuando un grupo numeroso lo hacía y el inspector no tuvo tiempo de revisar los pasajes cuidadosamente.

Al llegar a Harwich, tenía que resolver el grave problema de como llegar a Londres que está a un centenar de kilómetros. Caminar esa distancia bajo el terrible clima inglés era imposible y lograr que alguien me llevara era también improbable, pues estaba prohibido a los automovilistas tomar pasajeros, ni siquiera tenía dinero para una llamada telefónica y además no tenía a nadie a quien llamar. Recordaba el libro "*Down and Out in Paris and London*" una novela de George Orwell que relata sus viajes de vagabundo por Inglaterra y Francia en sus tiempos de extrema miseria y eran terribles.

Decidí acudir a la oficina de información de la estación y un inglés muy cortés me escuchó y me preguntó sobre mi situación en Inglaterra, le expliqué que era becado del WUS y entonces me pidió que lo acompañara a una bodega, allí revisó varias cajas de cartón, hasta que de una extrajo una tarjeta de crédito del WUS y me dijo que los Ferrocarriles Británicos me otorgaban un crédito por la suma exacta del pasaje a Londres bajo el juramento de pagarlo en un plazo de 24 horas. Así lo hice y pude llegar a Londres y correr al banco a buscar mi beca, que ya había llegado, para pagar este crédito pues de otra manera informarían al WUS de mi irresponsabilidad financiera.

CAPÍTULO X

1981-85 La Comisión Chilena de Derechos Humanos.

Retorno a la lucha en Chile.

De esta manera, logré seguir mi promesa de luchar todos los días contra la dictadura, aunque en Inglaterra, fue sólo **casi** todos los días, pues no era posible hacerlo permanentemente y estuve en el Reino Unido entre el 22 de abril de 1980 hasta el 15 de octubre de 1981, mientras que varios de los otros becados se quedaron ilegalmente más tiempo y algunos para toda la vida.

Regresé a Chile sin inconvenientes y de inmediato me puse en contacto con Rosita. En Chile se había logrado un acuerdo entre la Democracia Cristiana y la Izquierda para luchar por los derechos humanos y el retorno a la democracia y un efecto de ese acuerdo y del avance de lucha popular fue la creación de la Comisión Chilena de Derechos Humanos, presidida por el ideólogo de la Democracia Cristiana, Jaime Castillo Velasco y por el ex ministro de Frei Montalva, Máximo Pacheco.

Rosita se había incorporado de inmediato y había establecido muy buenas relaciones con el representante del PS en la Comisión y con otros dirigentes. Ella trabajaba en la preparación del informe mensual. Yo me incorporé como voluntario al mismo trabajo y como tenía experiencia en el tema pronto fui el encargado del Departamento de Estudios.

La Comisión tenía un gran respaldo internacional por su gran amplitud política y tenía un centenar de voluntarios. Unos pocos, como yo, trabajaban full time y recibían una remuneración. El Informe mensual se publicaba con mucho atraso y yo planteé la meta de tenerlo listo los primeros días del mes siguiente, lo que se logró rápidamente, pues había voluntarios que hacían aportes fundamentales, especialmente abogados y asistentes sociales de la Vicaría de la Solidaridad, integrantes de las Agrupaciones de Familiares de Víctimas de la Represión y de numerosos organismos de derechos humanos especializados en determinados temas como, la infancia, la tortura, el exilio y además instituciones regionales y numerosos comités de base. En pocas semanas el informe pasó a ser un documento de más de cien páginas que abordaba todos los casos de derechos humanos. El carácter urgente de su publicación fue comprendido por todos los colaboradores y la información llegaba día a día.

A los voluntarios más permanentes, como Rosita, les exigí, por ejemplo, que entregaran sus aportes escritos a máquina, porque la escritura manuscrita era fuente de confusión. Además se establecieron

requisitos de calidad en la información, en lo posible de acuerdo al contenido periodístico de un “lead” que estableciera a lo menos qué, quiénes, cuándo, dónde, por qué y cómo. Se exigía la fuente precisa pues abundaban los rumores imposibles de comprobar. Posteriormente se realizaron avances en las definiciones operacionales de las violaciones a los derechos humanos. También se logró establecer una relación de colaboración entre todas las instituciones involucradas eliminando cualquier competencia nociva. Cada institución se especializaba en algún aspecto y el informe de la Comisión era de carácter general. Si bien yo recibía y coordinaba toda la información, semanalmente se reunía el equipo de seis o siete personas que trabajábamos permanentemente en el informe, de manera que la recopilación de información, su centralización, revisión, presentación y análisis era un trabajo de un equipo que trabajaba con mucho entusiasmo pues los resultados se veían de inmediato. Muchos aprendieron a redactar, pues yo traté de que cada trabajo, desde el comienzo, fuera muy prolijo y nuevamente cumplí un rol de profesor.



En el edificio antiguo funcionaba la Comisión, en los pisos 2 y 3.

Una debilidad que tenía el informe era la interpretación del proceso represivo, que exigía un análisis más teórico. Felizmente se integró a la Comisión, de vuelta de su exilio en Canadá, Andrés Domínguez Vial, quien asumió esta tarea principal del informe y con el que logré una gran armonía y colaboración. Domínguez ingresó a la Comisión, poco después de que yo entrara.

El informe alcanzó tal nivel de seriedad que muchos reportes de Naciones Unidas sobre Chile estaban basados directamente en estos documentos. Además, materialmente se logró imprimirlo en mayor tiraje, manteniendo un nivel de sobriedad en la impresión y presentación.

Otra tarea que siguió siendo habitual fue visitar a los presos políticos, no solo en la Penitenciaría, sino que también en la Cárcel Pública y la COF (Cárcel de Mujeres).

Rosita se ausentaba del trabajo en algunas oportunidades por sus compromisos con la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos. A veces regresaba muy debilitada, con treinta kilos menos, ojerosa y de un color amarillo intenso, típico de los enfermos de ictericia. Se debía a su participación en largas huelgas de hambre de la Agrupación.



Andrés Domínguez Vial

Domínguez era sociólogo, egresado de derecho y había estudiado en Europa. Era un intelectual de alto vuelo y se notaba su formación en Lovaina, teniendo sólidos conocimientos de filosofía, sociología y derecho. Él asumió la tarea central de interpretación del proceso represivo mejorando el nivel de los informes de la Comisión de Derechos Humanos con una mayor altura teórica y objetividad, eliminando las adjetivaciones y denuestos en contra de la dictadura que filtraban algunos de los colaboradores.

Fuera de su buena formación, su otra virtud era el compromiso concreto con la causa de los derechos humanos y trabajaba día a día en la Comisión, sin ponerse límites de horarios. Estaba siempre disponible y en la práctica fue el verdadero director de la Comisión. Era un excelente expositor y escritor. Muchos documentos de la Comisión que enfrentaban problemas fundamentales del acontecer político fueron elaborados por Andrés Domínguez, sin hacer ostentación de su autoría. También escribió un par de libros sobre los temas centrales de derechos humanos y numerosos informes específicos sobre la constitución de Pinochet, la relegación, detención, exilio y otros temas relativos a violaciones a los derechos humanos.

Proveniente de una familia aristocrática descendiente de Andrés Bello, cumplió también un rol de educador y formador de muchos de los jóvenes que trabajaban en la Comisión. Su esposa, Francis Valverde fue también una gran educadora en Derechos Humanos.

Yo creía que iba a jugar algún importante rol político en la democracia, pero su aporte principal parece haber sido asesor del Servicio de Investigaciones, donde hizo una gran labor en enseñanza de los derechos humanos a los policías.

Detención y liberación.

En 1982-85 las manifestaciones en contra de la dictadura comenzaron a ser más frecuentes. En general eran organizadas por las agrupaciones de familiares de víctimas de la represión o por entidades de derechos humanos. La asistencia era menguada al comienzo y estas manifestaciones eran disueltas de inmediato por carabineros que detenían a muchos de los manifestantes, algunos de los cuales eran procesados y otros enviados a lugares remotos por varios meses como Putre, Belem, Codpa, Visviri y otros en el altiplano. Yo asistía a esas reuniones y no era detenido. Pronto comprendí que los carabineros detenían a los jóvenes, pues los adultos mayores como yo casi no participaban en este tipo de acciones.

En 1982, el 20 de Agosto, aniversario del nacimiento de O'Higgins, la Comisión Chilena de Derechos Humanos participó en un acto organizado por el Comité Pro Retorno. Se trataba de dejar una corona en la tumba de O'Higgins que estaba en la plaza Bulnes, como homenaje por el día del Exilio, dado que O'Higgins había sido un exiliado. Al aproximarnos a la tumba, todos los participantes, unas treinta personas, fuimos detenidos por carabineros y conducidos a una comisaría que estaba en la calle República. Allí fuimos identificados e interrogados por la policía.

Cuando estábamos en el patio, llegó el rumor que nos iban a interrogar agentes de la CNI, que nos iban a relegar y que yo estaba destinado a Visviri, una aldea en el extremo norte. Parecía imposible que llegara esa información a los detenidos pero era verdad, pues de inmediato me llamaron y precisamente me interrogaron dos miembros de la CNI. Yo sabía que de acuerdo con las tradiciones burocráticas, los de la CNI no podían torturar en esos lugares, en cambio sí podían hacerlo carabineros, pero no era muy habitual.

Cuando los de la CNI me interrogaron, sabían que yo era socialista, pero me preguntaron muy formalmente cuál era mi partido. Yo les dije que cómo era posible que me preguntaran algo así, cuando había disposiciones del "supremo gobierno" que establecía que los partidos políticos estaban prohibidos en Chile y ¿Acaso ellos no sabían que no existían? Naturalmente que estos agentes se indignaron porque yo les estaba preguntando a ellos, encargados de interrogarme y se notó que se contuvieron porque no estaban en su terreno, pero era evidente, que en otras circunstancias, lo menos que me habría ganado eran unas bofetadas. A continuación me pidieron que diera los nombres de a lo menos tres socialistas que yo conociera, yo les di los nombres de Almeyda, Altamirano e Inostroza, que creo era Presidente del Banco Central. La indignación de los agentes aumentó, porque evidentemente ellos querían que yo implicara a algunas personas para detenerlas. Más indignados aún me preguntaron si yo los conocía y les dije que sí. Inmediatamente me preguntaron dónde y les conté que eran profesores de la Escuela donde yo había estudiado hacía como veinte años, lo que era totalmente cierto y nombrarlos no implicaba ningún riesgo para ellos pues vivían en el exterior. En eso apareció un superior que ordenó suspender el interrogatorio.

Al regresar al patio del cuartel, me contaron que los carabineros habían recibido la información de que una de las detenidas era esposa de un general.

Era algo increíble como las noticias de los carabineros se traspasaban a los detenidos y en segundo lugar, la preocupación de los carabineros era absurda pues "la esposa de un general" era Ángela Jeria, viuda de Bachelet, que en su oportunidad había sido detenida y torturada, y el general Bachelet había muerto como resultado de las torturas, pero que a ojos de los carabineros seguía siendo una persona importante.

Finalmente, los treinta detenidos fuimos dejados en libertad como a las tres de la mañana, gracias a "la esposa del general", que era presidenta del Comité Pro Retorno. Sin embargo, fuimos procesados, creo que por desórdenes públicos, y a mí me defendió la abogada de la Vicaría de la Solidaridad, Rose Marie Bomard, quien me devolvió la multa que me habían aplicado.

Satisfacción y corrupción.

La labor de producir el informe y otros documentos modificó el sentido de urgencia en la producción de la información. Imaginaba que de la misma manera, en cualquier diario, la rapidez era vital, sin embargo, otra unidad encargada de producir una síntesis del informe mensual en sólo cuatro páginas para su difusión masiva, estaba atrasado en cuatro o cinco meses, a pesar de que sus dos redactores eran periodistas muy competentes. Resultaba un absurdo: el informe oficial de más de cien páginas estaba listo la primera semana del mes siguiente y en cambio el resumen de cuatro páginas que era el informe internacional, demoraba cuatro meses más. Una vez intenté estimular el sentido de urgencia, pero los dos redactores se indignaron conmigo señalando que yo no tenía ninguna autoridad sobre ellos que eran profesionales en esa área.

Muchos intelectuales importantes, como Felipe Portales y abogados que posteriormente fueron diputados o senadores, colaboraban aceptando los plazos, pero los mencionados periodistas no entendían la importancia de la rapidez y oportunidad.

La urgencia se basaba en que la denuncia inmediata de la detención de alguna persona, informada a nivel internacional, daba muchas posibilidades que no desapareciera ni fuera ejecutada, de manera que se trataba de salvar vidas.

Había un alto nivel de satisfacción en los que trabajaban permanentemente en el Informe Mensual y muchos de ellos aprendieron a escribir mejor y a cumplir con los estándares de calidad impuestos, cada uno se sentía responsable de haber logrado los niveles de rapidez, comprendiendo su importancia.

Sin embargo, en contra de mi presunción de que la urgencia sería aceptada y aplaudida por los jefes de la Comisión, uno de ellos se transformó en el principal obstáculo. Yo, creía que la característica esencial de la burocracia, era el dominio jerárquico, pero en estas instituciones de Derechos Humanos no tendría vigencia por los altos valores compartidos. Craso error, el Secretario Nacional de la Comisión, demoraba, días, semanas y hasta meses en revisar el informe. Esta era una exigencia que él había impuesto, aunque nunca, en varios años, esas supervisiones eran correcciones o aportes, pues los entregaba exactamente igual. Daba la impresión que lo único que hacía era leerlos. Además, como máximo jefe operativo de la Comisión iba, por mucho, una vez a la semana la Comisión y permanecía un máximo de una hora. Yo le reclamé cortésmente varias veces, pero él establecía su autoridad absoluta, usando expresiones vulgares y groseras. Su mayor dicha parecía ser cuando firmaba la nota que se agregaba al informe, nota que mucha gente interpretaba como que el informe era su obra. Para él, colocar su firma era una especie de ritual que ojalá fuera admirado por la mayor cantidad posible de funcionarios de la Comisión.

Yo estaba desesperado por estas demoras que atentaban en contra de la finalidad misma del informe y decidí acudir al Presidente de la Comisión, el líder ideológico de la Democracia Cristiana, don Jaime Castillo Velasco. Finalmente don Jaime me otorgó una entrevista y le expliqué la importancia de la urgencia, pero él, rápidamente, la interpretó como una lucha de poder y quizás un antagonismo entre católicos y marxistas. Yo no tenía ningún interés de poder y consideraba que lo que hacía en la Comisión satisfacía todas mis aspiraciones de combatir la dictadura.



Jaime Castillo.

Don Jaime Castillo era una persona extraordinaria, yo lo conocía bastante pues había sido mi profesor y sabía de su calidad intelectual, estaba muy al día en todos los politólogos y sociólogos franceses, aunque su obsesión era Santo Tomás de Aquino, de quien había leído todas sus obras. Era un excelente y profundo expositor, pero sus múltiples ocupaciones políticas, cuando era profesor y era Ministro, lo obligaban a llegar atrasado o faltar mucho a sus clases y no tenía ayudantes, de manera que sus enseñanzas carecían de orden.

Don Jaime era un hombre comprometido totalmente con los derechos humanos y por ello había sido expulsado violentamente del país por la dictadura. Fue uno de los pocos dirigentes de la Democracia Cristiana que se opuso públicamente al golpe militar.

A la vez que un gran intelectual cristiano, creo que no era católico y se aproximaba más a los evangélicos, lo que era excepcional en la Democracia Cristiana, pero simultáneamente era un hombre que sabía vivir, parece que le gustaba la buena mesa y los amigos, así como las carreras de caballos. Cuando estaba en la Comisión, ya de bastante edad, se casó con una dama, creo que de la aristocracia como él.

Con mi costumbre de hacerme promesas sobre mi comportamiento de vida, me propuse que si llegaba a ser profesor universitario, como era mi aspiración en la época de estudiante, jamás llegaría atrasado y nunca faltaría a mis clases y así lo hice cuando llegué a ser profesor. Pensaba que lo menos que puede hacer un profesor es respetar a sus alumnos y el respeto comenzaba con la formalidad de la asistencia y puntualidad.

Finalmente, después de trabajar más de cinco años en la Comisión le informé a don Jaime que me retiraba y le insistí en el tema de la urgencia y el rol del Secretario Nacional. Él eludió este tema y me dijo que debía quedarme en la Comisión pues mi trabajo era imprescindible. En esto se equivocó, pues después de mi retiro, el Informe siguió saliendo con la misma calidad y velocidad que había logrado el equipo.

En la Comisión, como en todas las instituciones de Derechos Humanos en las cuales participé, conocí innumerables personas de gran valor, creo que sólo conocí una excepción, un escalador político que llegó a Ministro en la democracia y ocupó altos puestos. Su calidad era tan baja que posteriormente la Contraloría General de la República descubrió que había firmado como asistente a unas reuniones de Consejos Directivos para percibir una dieta y según pruebas, nunca asistió. La Contraloría recomendó al Ministro respectivo que lo sancionara, pero el Ministro, que era su amigo, dejó pasar los plazos legales.

La Comisión Chilena de Derechos Humanos, creo que jugó un rol muy importante, logró la unidad de la oposición en torno a los derechos humanos, pero yo que estuve varios años en ella también conocí sus debilidades, en primer lugar, quienes tenían el manejo práctico de la Comisión eran el Secretario

Nacional y el Internacional. Como ya he señalado, El Secretario Nacional era como un terrateniente que va a visitar su predio y sus inquilinos una vez a la semana. Prácticamente nunca trabajó, se había hecho famoso porque cayó preso de la CNI en una redada que realizaron durante una reunión nacional de la Izquierda Cristiana. Posiblemente contó con el apoyo de don Jaime Castillo y de Máximo Pacheco que era el vicepresidente de la Comisión, a este secretario Nacional le dieron casi todas las facultades para que dirigiera la Comisión. Por su parte, Gonzalo Taborga, que era socialista, asumió el cargo de Secretario Internacional y continuamente viajaba para establecer contactos, conseguir ayuda y respaldo para la Comisión. El otro Secretario también viajaba a menudo, El resultado era un gran desorden, especialmente en el aspecto financiero. Nunca se supo de cuentas y el contador era un personaje misterioso, que dependía exclusivamente del Secretario Nacional y que aparecía una vez al mes para pagar los sueldos. Un hecho grave, que en una oportunidad se informó, fue que los dineros de la Comisión habían sido robados. A algunos delincuentes informados se llevado todo el dinero que estaba en efectivo. Explicaron que no se podían depositar en ningún banco porque podrían haber sido requisados por la dictadura y también se señaló que no podía hacerse ninguna denuncia a la policía porque habría sido abrir toda la Comisión a la CNI. Conclusión, lo único que podía hacerse era lograr que las agencias internacionales que financiaban a la Comisión hicieran aportes adicionales. No se realizó ninguna investigación. Yo creía que a lo menos podía hacerse una investigación interna con el concurso de un grupo de detectives exonerados que estaban organizados en una agencia. Pero nada se hizo.

En mis viajes me tocó conversar con algunos de los dirigentes de las mencionadas agencias que apoyaban a la Comisión y se quejaron latamente de que había desorden financiero y que no había balances ni se ejercía ningún tipo de control o auditoría, pero que por razones políticas debían seguir apoyando a la Comisión.

Viajes y sentido universal de los derechos humanos.

En la Comisión colaboraban muchos socialistas y aunque a veces nos reunimos y realizamos algunas acciones, no nos organizamos como núcleo hasta 1986, quizás porque algunos militaban en sus comunas. En 1983 la situación cambió radicalmente y hubo protestas masivas convocadas por organizaciones sindicales, a veces en toda la ciudad de Santiago y en otras ciudades del país. Aunque la represión continuaba, aparecían los primeros signos de debilidad de la dictadura, se permitió el retorno de muchos exiliados y la desaparición como método represivo dejó de usarse, pero la tortura siguió siendo el mecanismo principal de represión..

Muchos sectores populares empezaron a organizarse a nivel local, el movimiento sindical realizaba algunas huelgas significativas como la de la textil Panal y empezaba a levantarse el movimiento estudiantil.

A pesar de haber transcurrido tanto tiempo, la solidaridad con el pueblo chileno continuaba y varias organizaciones de derechos humanos recibían respaldo financiero de agencias independientes o vinculadas a gobiernos e iglesias.

A pesar de que invitábamos a Gonzalo Taborga a las reuniones de los socialistas, éste sólo fue una vez y nos dejó esperando varias otras. Concluimos que él no deseaba que existiera un núcleo pues necesariamente tendría que subordinarse a algunas decisiones colectivas. Él prefería trabajar con total

autonomía. Sin embargo, Rosita, con su personalidad imperiosa muchas veces le exigió que actuáramos de conjunto.

En una oportunidad se recibió una invitación para participar en un Seminario sobre “Desarrollo, Ley y Justicia Social” que organizaba el Instituto de Ciencias Sociales de La Haya, en Holanda. Para variar, Rosita impuso mi nombre, argumentando que el único jefe de Departamento de la Comisión que hablaba inglés era yo y que había que mandar a alguien que pudiera aportar comunicando la experiencia chilena en Derechos Humanos. No hubo argumentos en contra y yo fui enviado al mencionado Seminario que se realizó en 1983 y por ese motivo yo estaba en Europa cuando se realizó la primera gran protesta en Chile y que produjo gran impacto en todo el mundo,



Los participantes en el seminario eran de los cinco continentes.

El Seminario duró casi un mes y si bien no era un curso intensivo, tuvo la virtud de reunir participantes de Europa, América, África y Asia. Comparativamente la experiencia chilena era la más avanzada por la solidaridad que había logrado y por la existencia de un verdadero movimiento de derechos humanos muy organizado. Pero de las discusiones y las clases se fue reconociendo el tema de los derechos humanos como universal y que su violación era problema de toda la humanidad, aunque se centrara en sólo algunas naciones. Entre los 17 participantes se desarrolló una gran hermandad, especialmente entre los países más afectados: Guatemala, Chile, Uruguay, Palestina y Sudáfrica. Más débil y menos representativos eran los de India, Indonesia, Filipinas, Namibia, Nigeria, Fidji y Holanda. Yo me gané el cariño y respeto de los sudafricanos y los de Namibia porque varias noches nos quedamos frente a la embajada de Sudáfrica participando en una campaña en contra de la ejecución de unos luchadores en contra del Apartheid. También fui muy amigo con las de Palestina, abogadas con las cuales recorrimos todo Holanda. El representante de Fidji me contó cómo los pastores evangélicos fueron los que movilizaron a grandes grupos para rechazar a Pinochet que iba en dirección a Filipinas y debió abastecer su vuelo en estas islas: parece que fuera de ser rechazado en Filipinas, en Fidji tuvo que salir con extrema urgencia por estas manifestaciones.

El Seminario contemplaba la visita a varias ciudades e instituciones, entre ellas el Museo Het Cathjerine-Gasthuis de Gouda, donde se conservan los instrumentos de tortura que España empleaba

para reprimir al pueblo de los países bajos que luchaba por su independencia en el siglo XVII. Algo parecido se hizo más tarde en Chile, sin el detalle y las pruebas del museo holandés.



La cámara de tortura del museo de Gouda.

Los organizadores tuvieron una actitud muy comprensiva conmigo y me autorizaron y financiaron para que asistiera a una reunión que se realizaba en Utrecht sobre derechos humanos en Chile, a la cual asistían chilenos como el señor Viera Gallo, un dirigente político que vivía exiliado. También me enviaron a París a una exposición de arte sobre Chile. En realidad, Chile fue uno de los temas centrales del Seminario. Los profesores holandeses llegaron a ser amigos míos y nos vimos después en otros eventos o visitas.



Reunión de trabajo durante el seminario

Los viajes se repitieron pues parecía necesario que como encargado del Departamento de Estudios, presentara nuestra experiencia en otros países y además tomara contacto con las agencias que respaldaban y financiaban a la Comisión, así, volví viajar en 1983 y posteriormente. Estos viajes me demostraron que el Departamento de Estudios funcionaba muy bien durante mis ausencias.

El desorden de la Comisión era tal, que una vez me pagaron mi salario y no correspondía, porque yo había pedido permiso para salir sin goce de sueldo. Al tratar de devolver el sobre con el dinero, el contador se negó a darme un recibo como yo exigía, de manera que no lo devolví, pues temía que el dinero se perdiera si no había la documentación pertinente. Entonces toda esta suma, que era bastante importante, se la di a Elisa Cisternas, una profesora voluntaria que me reemplazaba y que no recibía remuneración. Claro que le pedí el correspondiente recibo. Ella estaba feliz pues era algo no acostumbrado y vivía de una pequeña pensión.

CAPÍTULO XI

1985-1990 FASIC, Fundación de Ayuda de las Iglesias Cristianas.

El trabajo ecuménico.

Cuando regresé de un viaje, decidí aceptar un trabajo que me ofrecían en la Fundación de Ayuda Social de las Iglesias Cristianas, FASIC, que era también una organización de defensa de los derechos humanos especializada en ayuda a presos políticos, retornados y personas que habían sufrido torturas, El trabajo en la Comisión había llenado plenamente mis expectativas en cuanto a lo que hacía, pero no soportaba el desorden y el mal manejo en una institución en que la jerarquía y sus rituales eran casi sagrados y que debería ser transparente y participativa. Sabía que la labor de asistencia de la FASIC era importante, pero yo estaba más preparado para contribuir en información y denuncia, pero no podía ser cómplice de lo que ocurría en la Comisión.

La FASIC era una institución ecuménica fundada en 1975, integrada por varias iglesias, entre ellas la Católica, la luterana y la metodista y, algunas pentecostales y bautistas. Sus presidentes más destacados fueron los obispos Jorge Hourton y Helmut Frenz, pero quien la organizó y la dirigió efectivamente por más de treinta años fue Claudio González Urbina.



Claudio González Urbina.

Claudio González entró al Seminario para hacerse sacerdote, pero terminó colaborando con la iglesia Católica como laico y ocupó altos puestos vinculados a ella y se codeó permanentemente con sus autoridades, a tal extremo que logró el respaldo de numerosas iglesias para constituir la FASIC, institución de la cual era su Secretario General. Siempre fue fiel

al catolicismo, pero políticamente era de una posición mucho más avanzada. Además había aprendido allí la importancia del orden y la probidad, de manera que la FASIC se organizó de manera ejemplar, con un equipo contable que llevaba cuentas claras y se hacían controles y auditorías regulares, lo que satisfacía plenamente a las agencias que la financiaban. Él mantenía muy buenas relaciones con las iglesias evangélicas y jamás tuvo el rechazo tradicional de los católicos romanos a los protestantes. A mí me prohibió que usara la expresión “protestante” y tuve que cambiarla por “evangélico” en todos los documentos que preparé.

González fue uno de los laicos católicos que más pronto se movilizó para salvar a los numerosos refugiados latinoamericanos que había en Chile cuando se produjo el golpe militar colaborando con ACNUR, el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados y con varias Iglesias que conformaron el CONAR, Comité Nacional de Ayuda a los Refugiados, como resultado de la acción del Cardenal católico, del obispo luterano y de pastores evangélicos, logrando instalar varias residencias que fueron reconocidas oficialmente como refugios amparados por Naciones Unidas para estos latinoamericanos, así lograron salvar a muchos que estaban en el Estadio Nacional y en otros campos de prisioneros.

Tenía una posición totalmente opuesta a aquellos políticos que se incorporaban al movimiento de derechos humanos con la clara intención de controlarlo o usarlo como plataforma para sus aspiraciones políticas para cuando retornara la democracia. También repudiaba el desorden que imprimían a sus organizaciones, lo que resultaba en condiciones favorables para la corrupción. De esta manera, las grandes agencias internacionales tenían una excelente opinión de su labor y lo apoyaron en muchos de sus proyectos. Sin duda, después de la Vicaría de la Solidaridad que contaba con el peso y prestigio de la Iglesia Católica, la institución que más apoyo logró de las Agencias fue esta Fundación, que además cumplía con la exigencia de amplitud, logrado en el ecumenismo que practicaba y que la Vicaría no podía incorporar, ya que era exclusivamente católica romana.

La reacción inicial para enfrentar la dictadura y proteger a las víctimas de la represión que se desencadenó el mismo 11 de septiembre, fue de personas vinculadas a la iglesia Católica y a iglesias evangélicas. Entre estas personas, se destacó Moisés Leyton, quien era un trabajador social que había sido un destacado dirigente juvenil como presidente de la JOC (Juventud Obrera Católica). Cuando se produjo el golpe, él convocó a sacerdotes y laicos para que la jerarquía católica asumiera un rol preponderante en la defensa de los derechos humanos y logró que ACNUR establecieran refugios bajo la bandera de la ONU para los refugiados latinoamericanos y fue el gran promotor de CONAR, la Comisión Nacional de Ayuda a los Refugiados.

Como encargado de uno de estos centros, Leyton debió soportar un ataque al recinto por parte de militares que buscaban a miristas que se hubieran infiltrado entre los refugiados extranjeros. Estos efectivos le dieron una paliza y lo dejaron con numerosas contusiones. Sin embargo, siguió participando en el movimiento de derechos humanos y trabajó en la FASIC y posteriormente en la Fundación Misio.



Los trabajadores sociales.

Hasta aquí hemos mencionado a algunas personas específicas calificadas de imprescindibles, pero hay un conjunto numeroso que por su quehacer merece este merito por su labor esencial y profundamente humano: los trabajadores sociales, o asistentes sociales como se les llamaba antes.

El trabajo más difícil, pero a la vez el que tiene mayor contenido de solidaridad es el que desarrollaron los y las trabajadoras sociales, a ellos les correspondía dar la primera atención a las víctimas de la represión y a su familiares. A veces había que recibir personas recién torturadas o presos que habían quedado en libertad pocos días antes, o más complicado aún, a personas que estaban huyendo de las policías políticas que los perseguían. En todos estos casos y otros más complicados aún, era poco lo que se podía hacer, excepto comprometerse con las víctimas y juntos buscar a lo menos la esperanza. Estos trabajadores sociales, unas pocas decenas de ellos en la Vicaría, la FASIC y las otras instituciones de derechos humanos debían atender miles de casos de los resultados inhumanos de toda la política represiva.

Esta era una labor que afectaba gravemente a las asistentes sociales por las tragedias que debían conocer, pero especialmente por la imposibilidad de brindar ayuda efectiva en muchos casos. Ellos recibían el primer impacto de la información sobre violaciones a los derechos humanos, después, los afectados podían pasar a la atención médica, legal o psicológica, como correspondiera. Finalmente estas informaciones eran sintetizadas, procesadas y se transformaban en datos para la denuncia a nivel nacional y mundial.

Mi estimación sólo de las personas detenidas que eran torturadas es de 114.000 en el período que va de 1973 a 1989³. Las cantidades de víctimas sometidas a las otras violaciones son también muy significativas y muestra la inmensa carga de trabajo que significaba solamente atender a algunos de estos casos, por lo cual habitualmente su jornada se extendía mucho más allá de lo normal.

Se podría pensar que los trabajadores sociales estaban preparados para enfrentar estos casos pues Chile es un país de desastres naturales y siempre hubo que atender los casos derivados de los terremotos, las inundaciones, los incendios y hasta las crisis económicas. Pero la naturaleza de las violaciones a los derechos humanos era totalmente distinta. Nadie estaba preparado para enfrentarlas. Se trataba de casos límite, donde la vulneración era arbitraria y no había referentes y se basaba en la irracionalidad y la injusticia.

Para enfrentar estas situaciones se abandonó el tradicional método de caso y se desarrollaron técnicas de grupo, planificación, educación de adultos, desarrollo de la comunidad y enfrentar los problemas ver con una perspectiva interdisciplinaria⁴.

Yo trabajaba en la última etapa del proceso de denuncia, de estadísticas y casos, que era un resumen de

3 1. Patricio Orellana Vargas, *La represión en Chile, 1973-1989*, Saniago-Estocolmo, Editoria Senda/Senda Forlag i Stockolm, 2015.

4 M. Victoria Rogazy, *Una experiencia de trabajo social en FASIC*, en Revista Apuntes para trabajo social, N° 13 Año 5.

miles de dramas, pero era una labor sin relación directa con los afectados, por eso era un trabajo muy diferente y no tenía el nivel de impacto humano que tenían que enfrentar los trabajadores sociales en la primera etapa. Sin embargo, en el caso específico de la tortura me correspondió atender algunos casos en la Comisión Chilena de Derechos Humanos, pues no había trabajadores sociales y otras veces conversé el tema con personas torturadas en mis visitas a las cárceles. Comprendí que la tortura había sido el instrumento esencial de represión de la dictadura porque presentaba notables ventajas para una política perversa. La tortura es muy difícil de probar, pues las huellas son eliminadas cuidadosamente, sólo quedan las huellas psicológicas o en enfermedades difíciles de relacionar. La tortura muchas veces, ni siquiera es informada por los afectados, pues ha sido un conjunto de actos denigrantes, como la violación. También es posible que el torturado haya entregado alguna información, lo que contribuye a que éste se sienta destruido políticamente. Finalmente hay que establecer que la tortura es **intolerable** y nadie puede resistirla, siendo sólo un mito lo de creer que es posible soportarla con algún entrenamiento o que existirá la opción heroica entre tortura o muerte. La muerte es decisión del torturador, no del torturado.

Estas razones y otras demuestran que tanto en Chile, como en Brasil, Uruguay, Argelia y en Guantánamo y otras cárceles, la tortura fue el instrumento represivo más eficaz.

La FASIC trabajaba especialmente en apoyo de los familiares de detenidos desaparecidos y su Agrupación funcionaba en el local de la FASIC, su otra especialidad era la asistencia médica y psicológica a personas que habían sufrido la tortura y con el correr de los años asumió la asistencia social y a veces legal de los presos políticos y en convenio con ACNUR participó en programas de refugio, exilio, reunificación familiar y después en ayuda a exiliados que retornaban. Tenía un buen centro de documentación y un programa de publicaciones.

Al ingresar a la Fundación mi trabajo consistió en un programa de ayuda a retornados, lo que consistía en recibir a solicitantes e informarles del programa para que postularan a becas. Estas becas eran habitualmente por un año e intentaban apoyar la reinserción en Chile, para lo cual el retornado debía encontrar una empresa que le diera una ocupación. La empresa no le pagaba nada al becado, ya que éste tenía la beca que le permitía subsistir y lo que debía lograr era hacerse imprescindible para que al término de la beca, lo contrataran. También me correspondía informar a los solicitantes del exterior y mantener correspondencia con ellos: Finalmente debía visitar las empresas donde había becados y verificar el trabajo que realizaban.

Este trabajo humanitario era muy personal y significaba un cambio radical con el que hacía en la Comisión Chilena. Evidentemente el de la Comisión era más político, más general y mucho más interesante y adecuado a mi formación profesional. La ventaja era que dejaba de servir a gente inepta y su desorden inaceptable.

Cuando empezó a funcionar el programa me escribieron o vinieron a verme varios amigos y discípulos de la época secundaria o universitaria. Lamentablemente yo decidí tener una actitud impersonal con ellos, pues podrían presumir que yo les iba a dar un trato especial. Esto significó que varios de ellos creyeron que yo me había ensoberbecido con mi pequeño poder, aunque en realidad no tenía ninguno, pues la selección de los becados la hacía una Comisión integrada por jefaturas de la FASIC y de su directorio eclesiástico. La parte más engorrosa y que me ganó muchas enemistades fue

que algunos de los becados creyeron que la beca les permitiría dedicarse exclusivamente al trabajo político, a pesar de que les reiteramos que el objetivo era meramente ocupacional y que su trabajo político era un derecho, pero para el cual no había financiamiento. Era absurdo creer que las iglesias iban a financiar el trabajo político partidista. Sin embargo, hubo algunos que lo intentaron y yo debí solicitar a la dirección de la FASIC que se suspendiera la beca, lo cual me ganó algunos enemigos de por vida, los que me calificaron de tecnócrata sin sentido político.

La FASIC era una institución que tenía un amplio personal compuesto de asistentes sociales, psicólogos, médicos, abogados, contables, administrativos y auxiliares. Aunque en algunos aspectos era parecida a la Vicaría, sus especializaciones eran distintas. La Vicaría tenía un personal compuesto principalmente de abogados y su labor fundamental era la defensa jurídica de los perseguidos. En FASIC eso era marginal, defendiendo casos, que por algún motivo, no estaban dentro de las funciones de la Vicaría. Su especialidad era el apoyo a los que habían sufrido torturas y allí estaba el gran aporte intelectual de la Fundación, algunos de sus psicólogos escribieron numerosos textos sobre el tema y posteriormente fueron personas altamente valoradas en el rubro de la salud mental y en la Academia. Entre ellos están las psicólogas Elizabeth Lira, Eugenia Wenstein, Elisa Neumann y Sofía Salamovich y los doctores Fanny Pollarolo y David Becker, que escribieron libros pioneros en el tema, ya que la tortura nunca se había tratado clínica y socialmente. Esta era la principal fortaleza de FASIC. Otro aspecto fue el de exilio-retorno que se mencionó y en el cual estuvo muy ligada a ACNUR; y el tercero fue la situación de los presos políticos dirigido por la abogada Verónica Reyna que dirigía al equipo jurídico, que era muy comprometido con su trabajo, como Héctor Salazar, que fue un abogado defensor de presos políticos que siempre estuvo actuando con la necesaria urgencia, cuando algunos otros abogados solicitaban postergaciones en los procesos, lo que significaba prisiones más largas para los afectados.

El impacto de la computación.

Posteriormente a mí me correspondió colaborar en el tema de presos políticos, que ya conocía al detalle. Preparábamos un informe mensual sobre la situación de las distintas cárceles y la de cada preso político, para ello contábamos con sólidas fuentes de información: visitas a las cárceles, de los familiares y de las asistentes sociales que brindaban ayuda directa a muchos presos. Estos informes se enviaban a todas las agencias, los organismos de derechos humanos y a muchos medios de prensa extranjeros. También se enviaban informes sobre los otros campos de acción: la tortura y el exilio-retorno, lo que implicaba enviar cientos de documentos por correo semanalmente.

En esos años se empezó a usar la computación en las empresas y se invertían grandes sumas en equipos muy elementales. Poco a poco empezaron a llegar al mercado los computadores infantiles y después los PC. A pesar de su precio yo me compré uno infantil, Atari, y empecé a aprender su manejo y posteriormente la programación Basic. Rápidamente llegué a la conclusión que para el trabajo de información en derechos humanos era imprescindible emplear la computación. Claudio González fue el gran impulsor de usar la informática dejando atrás los métodos artesanales empleados hasta entonces, lo que empezó en FASIC se propagó a todas las otras instituciones de derechos humanos según sus capacidades financieras.

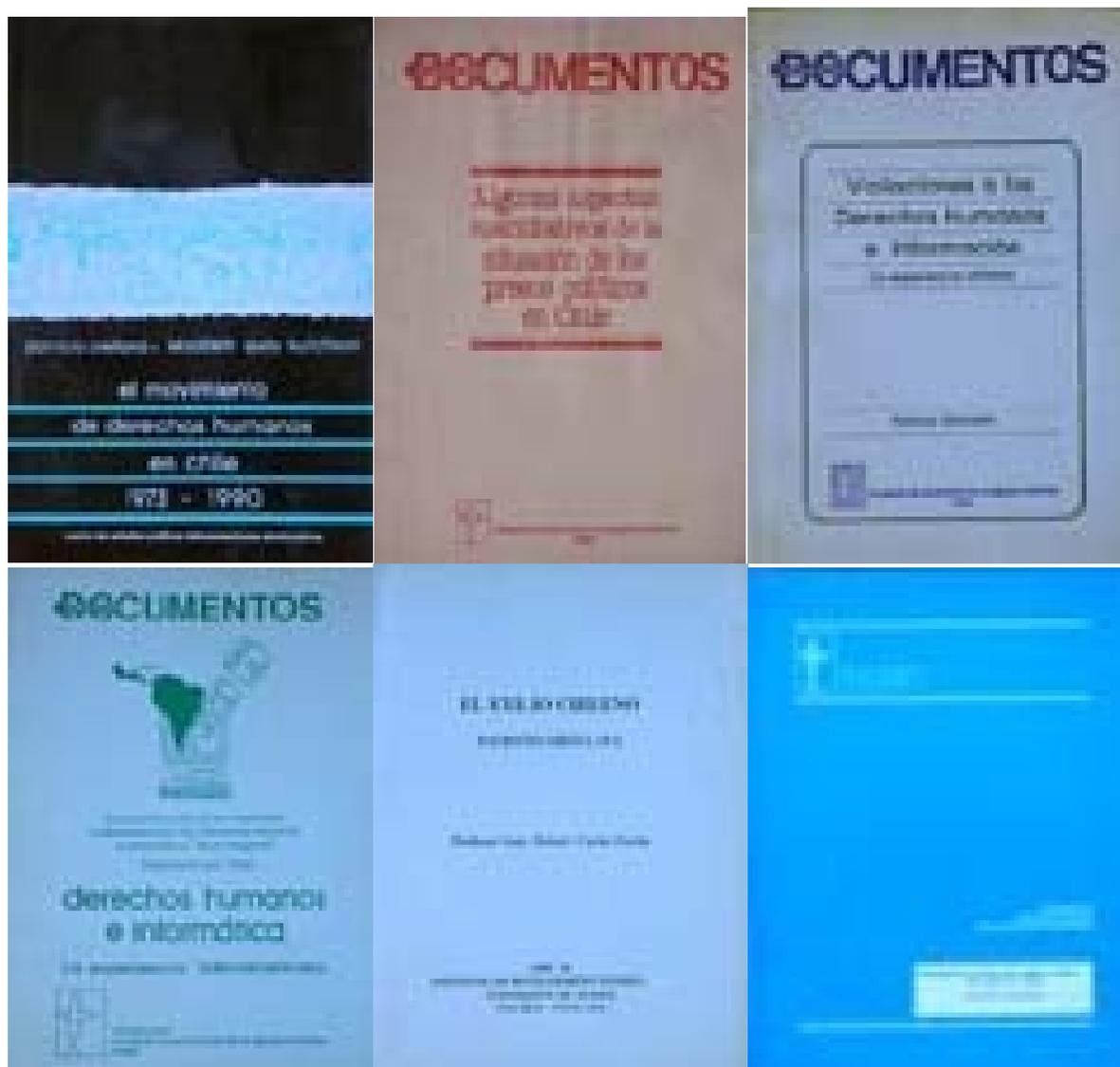
Lograr que la computación fuera aceptada por los integrantes del movimiento de derechos humanos no fue fácil, muchos consideraban que eran gastos suntuosos e innecesarios, otros la consideraban

contaminada porque se sabía de su utilidad para la represión y el control de las personas, finalmente algunos hasta defendían el carácter artesanal y romántico de la defensa de los derechos humanos. Esta actitud no fue única en el mundo de los derechos humanos, algo parecido ocurrió en países desarrollados y un gran innovador fue el holandés Hans Thoolen, a quien había conocido en un seminario. Él sostuvo; “Considerable energía se ha perdido y se sigue perdiendo pensando y escribiendo acerca de la relación entre los derechos humanos e informática.” (...) “Y esto ha ayudado a sostener la actitud negativa de la comunidad de derechos humanos hacia la introducción de la tecnología moderna.”

Uno de los trabajos que realizaba con Patricia Lorca, secretaria de la FASIC, era llevar una base de datos de los presos políticos y preparar informes mensuales; estos informes como otros muchos preparados por las distintas unidades eran enviados por correo al exterior y a Chile. La tarea de hacer los envíos colocando la dirección de los destinatarios significaba un volumen muy grande de trabajo administrativo. Esto se informatizó con el total respaldo de Claudio González, y a la vez con una reacción negativa de otras personas que sostenían que eran gasto de lujo que no se podían emplear en una institución de derechos humanos, pues era desviar recursos de su objetivo principal: ayudar a los perseguidos. Los contadores consideraban que llevar los registros contables en computación sería una complejidad insuperable. Era evidente que en algunos casos el factor esencial era el temor a lo nuevo y la necesidad de aprender estas técnicas.

Por mi parte, yo seguí un curso introductorio de dos meses en la Escuela de Ingeniería de la Universidad de Chile, de materias tan sencillas como escribir, usar planillas de cálculos y manejo de bases de datos. Finalmente se compraron dos computadores, uno de los cuales se usó para el trabajo que hacíamos con Patricia. Así, nuestra pequeña unidad pasó a ser la unidad de computación. Años más tarde, los computadores empezaron a aparecer en todas las oficinas de derechos humanos.

El uso del computador me facilitó mucho el trabajo de escribir y en las tardes, después de la jornada de trabajo empecé a redactar numerosos artículos sobre el movimiento de derechos humanos, la importancia de la información, las características de las organizaciones no gubernamentales y algunos conceptos aplicables a los presos políticos, el uso de las computadoras en las escuelas y su uso para denuncia de violaciones a los derechos humanos. Algunos de estos artículos crecieron y se transformaron en libros, El primero fue uno sobre los presos políticos publicado por FASIC, el siguiente lo hice con una profesora norteamericana, Elizabeth Hutchison y se refería a historia: “***El movimiento de derechos humanos en Chile, 1973-1990***” que la Biblioteca Nacional incorporó en su Memoria de Chile. A pesar de tener enfoques distintos, creo que eran complementarios y lo publiqué con un aporte que me habían hecho un grupo de profesores de Berlín. Este tema fue tratado posteriormente por el profesor Hugo Frühling y juntos escribimos un artículo extenso “***El caso chileno desde una perspectiva comparada***” que fue publicado en el libro “***Derecho Humanos y democracia. La contribución de las organizaciones no gubernamentales***”. Yo analicé, en un artículo incluido en el libro de historia, el rol que los organismos de derechos humanos jugarían en la democracia y advertí que iban a ser irremediamente desplazados por los Partidos Políticos, como efectivamente ocurrió cuando se restableció la democracia. Un libro directamente vinculado al tema que me había preocupado permanentemente fue el que escribí en 1989: “***Violaciones a los Derechos Humanos e información, la experiencia chilena***” y publicado por FASIC en su serie Documentos:



Simultáneamente todas las instituciones de Derechos humanos chilenas empezaron a seguir el ejemplo modernizador de FASIC y surgieron esfuerzos para coordinar y uniformar la metodología que se estaba usando. El resultado fue la creación de la Sub Red de Informática que empezamos a formar Carmen Garretón, de la Vicaría de la Solidaridad y yo. Pronto logramos el respaldo y la participación activa de Oscar Montealegre, Gloria Alberti y otros encargados de computación de la Comisión Chilena de Derechos Humanos, del CODEPU, CODEJU, PIDEE del programa de Derechos Humanos de la Academia de Humanismo Cristiano, de las Agrupaciones de Familiares de Víctimas de la Represión y en suma, de todas las instituciones de derechos humanos. Esta sub red empezó una labor de ayuda mutua, los más avanzados ayudaron a los más atrasados y se siguió avanzando a niveles de mayor complejidad. Una tarea realizada fue la traducción de un manual de UNESCO para programas de centros de documentación y la estandarización de conceptos para los archivos de violaciones a los derechos humanos, cuya culminación fue la redacción y publicación del ***“Glosario de Definiciones Operacionales de Violaciones a los Derechos Humanos”***, en dos ediciones, la última trilingüe, que

pretendíamos fuera usado por todos los países de América Latina. El trabajo de Sub Red empezó en forma muy modesta y se fue ampliando, siempre con el respaldo fundamental de la FASIC y del papel central jugado por Claudio González que debió lograr el apoyo de muchas iglesias que no eran muy favorables con la modernización. Esta labor culminó con la realización del Primer Seminario Latinoamericano de Derechos Humanos e Informática “Jecar Neghme” realizado por FASIC en Santiago en septiembre de 1989 y que contó con la participación de organizaciones de derechos humanos de Argentina, Uruguay, Perú, Bolivia, Brasil, Costa Rica, Guatemala, El Salvador, México y Paraguay y Chile. También participó HURIDOCS que era una red mundial: Human Rights Information and Documentation System International, que paralelamente a lo que hacíamos en Chile, se realizaba a nivel mundial y estuvo representado por Aída María Noval.

Este Seminario se efectuó aún bajo la dictadura y el nombre que recibió corresponde a un mirista que en esos mismos días fue asesinado por la CNI a pocas cuadras del lugar del evento. Las explicaciones de por qué la dictadura permitió realizar este evento son fáciles de establecer. La primera razón es que a comienzos de septiembre se inscribieron los candidatos a presidente y Aylwin era el candidato de la oposición, el fin de la dictadura ya estaba establecido y difícilmente se iba a realizar una represión a un evento al cual venían representantes de muchas organizaciones de derechos humanos de casi toda América Latina. A este Seminario asistieron 22 delegados extranjeros y 67 chilenos.

Aída María Noval, una experta en derechos humanos es una mexicana que colaboró en HURIDOCS durante muchos años, en la práctica era la encargada de América Latina en esa institución. Ella conocía cabalmente el caso chileno y sus aportes eran muy precisos. La relación con ella se mantuvo permanentemente y nos encontramos en todos los Seminarios de HURIDOCS en los que participamos. A través de internet mantuvimos una correspondencia habitual y realizamos frecuentes intercambios de información y documentación sobre Derechos Humanos y posteriormente sobre muchos temas diversos. También por correo normal me enviaba los libros que escribía su marido, un notable periodista y viajero.

El trabajo de organizar el seminario me correspondió con la colaboración de Patricia Lorca, como funcionarios de FASIC. Para ello hice un plan acorde con los principios de programación de ruta crítica. Patricia los miraba como arte moderno abstracto, pero cuando vio su aplicación reconoció su necesidad y utilidad, pues las tareas eran múltiples y simultáneas: mantener correspondencia actualizada, recibir a los delegados, conducirlos a sus albergues, programar y realizar los eventos, registrar las sesiones y embarcar de vuelta a todos los delegados extranjeros y después ordenar las informaciones, publicar los resultados y enfrentar innumerables imprevistos.

También debí preparar el informe final, lo que fue un gran trabajo: un libro de 440 páginas con todas las clases magistrales, las ponencias, las presentaciones, demostraciones y los informes nacionales y regionales. Pasado el tiempo este documento se ve como un esfuerzo muy ingenuo y elemental, pero corresponde al nivel que estábamos tecnológicamente en esa época.

Como en otras actividades, contamos con el valioso aporte de Hugo Frühling que dictó una clase magistral en este Seminario y es quien conoce más profundamente el surgimiento de los movimientos de derechos humanos en Chile y en América Latina.

Posteriormente, HURIDOCS invitó a sus seminarios a representantes de las instituciones de Derechos Humanos chilenas. Generalmente la delegación más numerosa era la nuestra en seminarios que se realizaron en Uruguay, Grecia y Túnez. Allí presenté ponencias a nombre de Chile.

El seminario realizado en Montevideo contó con una delegación chilena importante integrada por representantes de la Vicaría, la Comisión Chilena de Derechos Humanos, el FASIC y otras instituciones similares. Como en Uruguay ya había democracia, fue un Seminario muy normal aunque con escasa participación de otros países latinoamericanos.



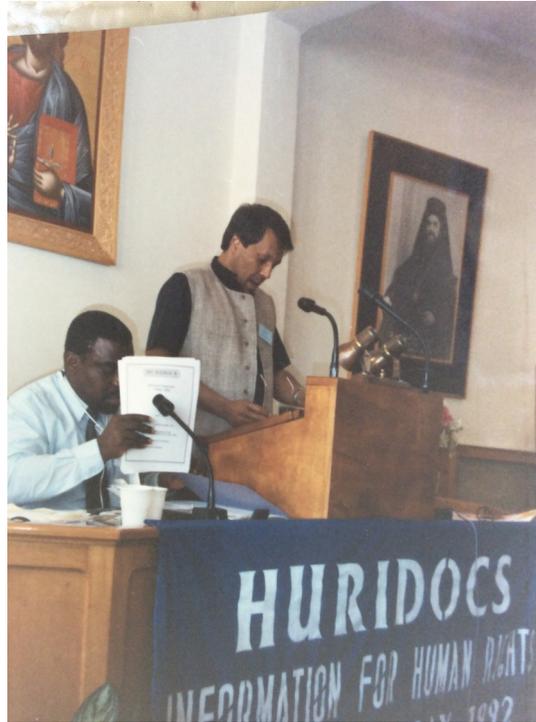
Inauguración del Seminario de Montevideo en la Universidad Católica de Uruguay. En primera fila Aída María Noval.



Carmen Garretón, de la Vicaría y Patricio Orellana de la FASIC en el Seminario de Montevideo.

En una oportunidad resulté elegido miembro del Consejo Asesor de HURIDOCS, cargo honorario por unos cinco años. Sin embargo, en el Seminario celebrado en Túnez se me pidió que en mi presentación no hiciera referencias al país que nos recibía, sugerencia que no acepté y en mi presentación mencioné el principio de que los derechos humanos son universales y no puede haber excepciones y por eso es necesario que en Túnez tengan también plena validez porque sabemos que eso no ocurre. Naturalmente que se dificultó la traducción simultánea y volvieron a rogarme que no tocara ese punto.

Yo volví a repetirlo para que no quedara duda en la traducción. Eso me trajo algunas pequeñas molestias. Sin embargo, a varios representantes del Norte de África les interesó mucho esta posición, pues los derechos humanos en esos países sólo estaban en el plano retórico.



La conferencia de HURIDOCs en Creta contó con la participación de una delegación chilena compuesta de Claudio González, Carmen Garretón, Gloria Alberti, Oscar Montealegre y Patricio Orellana. Se realizó en un convento Católico Ortodoxo Griego ubicado en Kolimbary.

El caso de Chile era de mucho interés en el ámbito de los Derechos Humanos y en FASIC recibimos numerosas invitaciones para dar a conocerlo en Seminarios especializados. Yo recibí invitaciones de la Universidad Técnica de Berlín, donde había dado una charla, otra invitación de una universidad sueca, de dos universidades norteamericanas y de otras de España, además de una del Servicio Estadístico de Suiza, pero por uno u otro motivo, no pude participar en todos estos eventos. Solo asistí a un seminario en Argentina sobre documentación y allí expuse el tema de la documentación en Derechos Humanos.



La Conferencia sobre Derechos Humanos realizada en Túnez contó con una gran asistencia representando a países muy diversos. En la foto Orellana expone el caso de Chile y preside el representante de Holanda y gran promotor de HURIDOCS Hans Thoolen.

Esta parte de mi vida parece simplemente un trabajo burocrático, pero en realidad, la lucha por los derechos humanos, que pretende garantizar la dignidad humana, para tener resultados positivos necesariamente debe ser eficiente y la modernidad es una exigencia para lograrlo. Pero además, hacíamos muchas otras cosas en contra de la dictadura.

CAPÍTULO XII ***La labor política.***

Una persona que exigió un compromiso más allá del trabajo fue Patricia Lorca, la compañera con la cual me tocó trabajar en la FASIC.



Patricia Lorca

Era hija del contador de Salvador Allende y por este motivo él sufrió muchas prisiones y torturas. Patricia era del mismo material de excelencia humana que Rosa Rubilar. Tenía claros principios socialistas y estaba dispuesta a luchar en contra de la dictadura todos los días de su vida sin eludir el trabajo más pesado o las acciones más peligrosas. Como Rosita, era intransigente y exigía un compromiso efectivo en la lucha contra de la dictadura. Además era de

principios transparentes y sólidos, sin vacilaciones y con valores superiores integralmente, es decir en todos los aspectos de su vida.

Yo llegué a admirarla y dada la circunstancia de que trabajábamos juntos me di cuenta que era innecesario pedirle un esfuerzo, ella establecía claramente la relación con los derechos humanos, el socialismo y el trabajo concreto que hacíamos y trabajaba con ese compromiso, mucho más allá de lo que correspondía. Ella era la que exigía ir más allá del trabajo que realizábamos y la necesidad de hacer tareas políticas diariamente, después de la jornada de trabajo.

Me enseñó el concepto de ser integral y no comprometerse por parcialidades. Yo creo que todo el dolor y el temor que había sufrido durante el largo calvario de su padre, la había hecho más fuerte y más digna.

Escribió un libro de sus sufrimientos y los de su padre, que había sido una víctima especial de la dictadura. Este libro se llama “*El día que nos cambió la vida*”, título que yo usé en el primer párrafo de estas notas.

Una de las primeras medida de los golpistas cuando se tomaron el poder en 1973 fue detener al contador de Allende, de esta manera iban a saber los manejos de dineros que tenía el presidente legítimo. Mantuvieron en prisión y torturaron durante años al mencionado contador, quien entregó la caja de fondos de Allende, las llaves y toda la documentación contable. Nada incorrecto o ilícito pudieron encontrar.

Los agentes presionaron al contador Carlos Lorca, para que revelara fuentes secretas o dobles contabilidades, pero nada de esto existía y finalmente lo dejaron en libertad. Era una persona honesta a carta cabal y de principios incommovibles. A pesar de todo lo que sufrió, él decía que algo positivo había sacado, encontrar a tantas personas dignas como él, con las cuales había desarrollado una amistad entrañable, que sólo existe cuando se ha transitado juntos por calvarios de esta naturaleza, en las prisiones y centros de tortura.

Patricia amaba a su padre y siempre que pudo lo visitó en los campos de concentración y prisiones donde estuvo detenido, de alguna manera le tocó soportar todo lo que su padre sufría, así se fue incorporando al movimiento de derechos humanos a lo cual dedicó casi todo el resto de su vida y durante varios años fue miembro de la Secretaría Nacional de Derechos Humanos del Partido Socialista, en la época de la dictadura y posteriormente.

En la FASIC había muchos trabajadores que eran socialistas y con Patricia intentamos constituir un núcleo del Partido, supongo que algunos participaban en otros niveles del partido, de manera que finalmente lo constituimos seis personas, una secretaria, tres asistentes sociales, dos de los cuales eran de otras institución de derechos humanos, el gásfiter de FASIC y yo.

Funcionamos con gran armonía durante varios años. Nuestro trabajo político se orientó en dos sentidos, por una parte el desarrollo de la organización partidaria y por otra apoyar los movimientos populares. Los propagandistas de la dictadura transmitían en la radio y la televisión que los partidos eran organizaciones repudiables y expresión de una subordinación a la Unión Soviética. Estas falacias no

correspondían a la realidad y sólo pretendían negar la participación popular. Nosotros le otorgábamos a los partidos un rol esencial en la democracia.

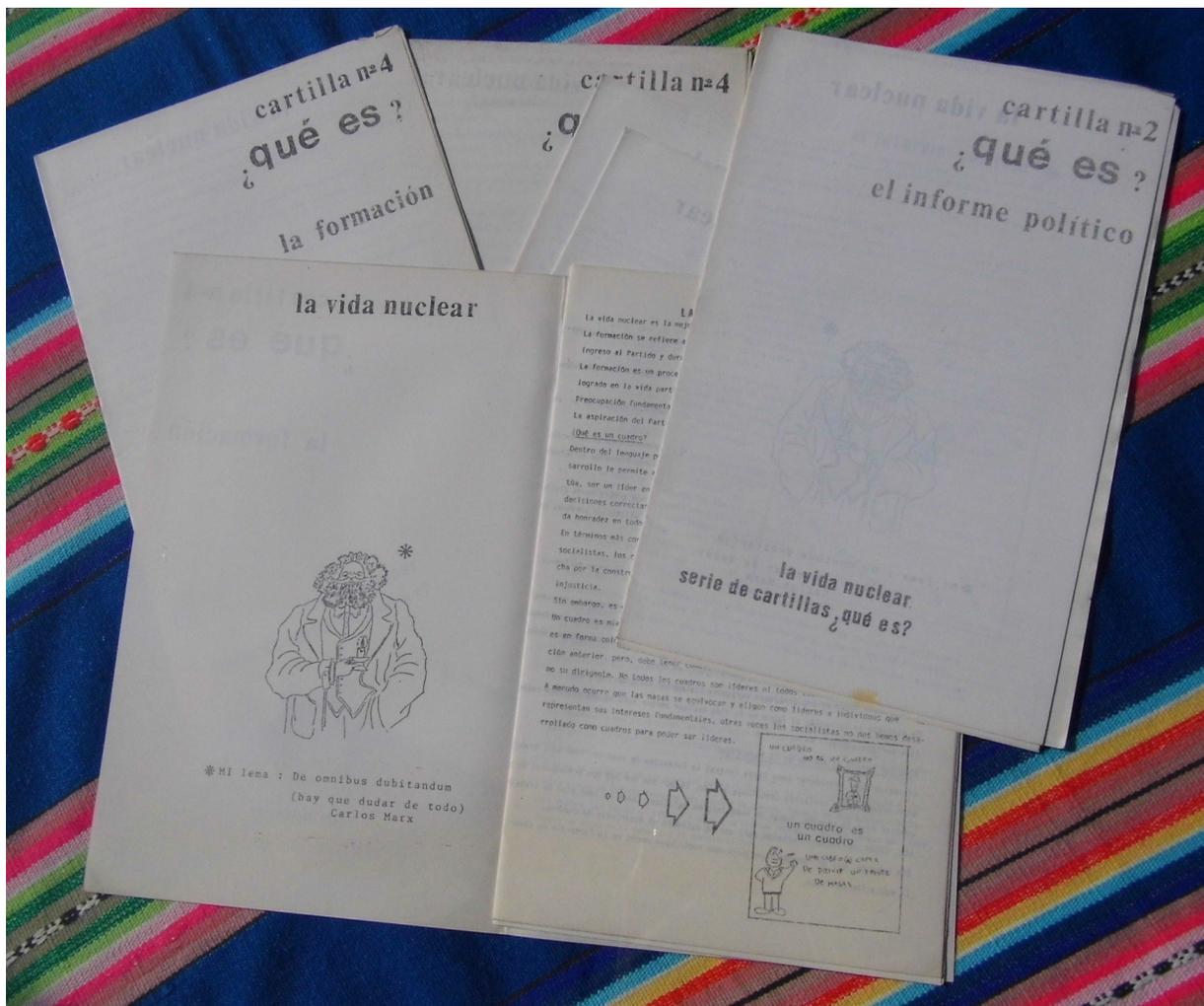
La ética neoliberal que trataban de implantar, rechazaba la política y concedía a la economía el rol fundamental en la vida humana y los hombres eran distintos, unos clavados en las tradiciones y la solidaridad, mientras que otros incorporados a los mercados representaban la modernidad.

Nosotros, los socialistas, dábamos gran importancia a la organización social, mientras que los neoliberales destruyeron los sindicatos y organizaciones populares, propiciando una sociedad de individuos aislados, que Trotsky definía como atomización social.

Por estas razones considerábamos que el PS debía comenzar con organizarse a sí mismo, para organizar las masas. Con este fin elaboramos en 1986 una serie de seis cartillas sobre la vida nuclear tituladas “*¿Qué es?*” Cada una de ellas respondía a los temas siguientes: las reuniones de núcleo, el informe político, el plan de trabajo, la formación, el núcleo y las finanzas. Elena Bergen fue quien seleccionó la imagen de un Marx más humano y próximo,

Los miembros del Comité Central querían revisarlos para su aprobación, pero los distribuimos sin cumplir con ese requisito, ya que sabíamos que en condiciones de clandestinidad este Comité no podría preocuparse de estas tareas y retardaría su uso. Finalmente no pusieron reparos, pues evidentemente eran útiles, incluso para partidos amigos ya que no contemplaban aspectos ideológicos fundamentales sino meramente operativos.

Estas cartillas las entregamos al Comité Central, pero simultáneamente la distribuimos a todos los socialistas conocidos, incluso en el exterior.



Años después, en el período de la dictadura, en la primera reunión regional del PS que se intentó realizar y que al final solo fue gente dispersa cerca de la Villa Portales en Quinta Normal que se comunicaba a través de mensajeros, se nos informó que el núcleo Octavio Boettinger, el nuestro, había sido distinguido por su labor en capacitación y se nos otorgaba una medalla, esta era un diminuto trozo de plata calado con el perfil de Allende hecha por presos políticos socialistas. Esta distinción la recibieron Patricia Lorca y Elena Bergen.

El trabajo de apoyo a los movimientos populares fue el trabajo más permanente y consistió en producir miles de volantes llamando a las protestas y manifestaciones que se realizaban, en Santiago.

Uno de los militantes, Leyton, tenía participación en la organización y dirección de las manifestaciones en su población. Él era el que definía el contenido de los volantes ya que estaba en contacto con las masas, dos militantes femeninas vivían en Providencia donde no existía esa organización. Otro llevaba los volantes a una población del sur de Santiago.

Como señalé al principio de estas memorias, vivía en la Villa Santa Carolina, población de clase media, muy grande, un tercio de la cual estaba constituida de viviendas para carabineros que estudiaban en la Escuela de Suboficiales próxima, en ese lugar había vigilancia policial permanente. En otro sector menor y en casas dispersas vivían muchos suboficiales de las fuerzas armadas jubilados. En estas condiciones yo no logré armar algo hasta que llegó la democracia, pues la Junta de Vecinos estaba integrada por militares y gente de la UDI, otro tanto ocurría con el Centro de Madres. A pesar de que el cura de la Villa no era un opositor a la dictadura, había un grupo juvenil claramente opositor, de manera que durante las protestas una veintena de jóvenes recorría la Villa haciendo manifestaciones y apedreando los buses que se atrevían a pasar. Mi tarea era ir a buscar a mi hija menor porque era una activa participante y llevarla a casa pues mi esposa temblaba pensando que le podía pasar algo, pues no había protesta que no fuera reprimida con extrema violencia y con muchas muertes.

Yo por mi parte, previamente a la manifestación y de noche repartía volantes casa por casa, lo que a veces implicaba reacciones violentas de vecinas que hasta en una oportunidad me echaron un perro, por suerte era pequeño y solo ladraba. Esto me obligaba a repartir los volantes muy tarde en las noches.

El día de la protesta, yo solo, pues no logré que ningún vecino me apoyara, llevaba neumáticos viejos a la esquina próxima de mi casa con otros elementos hacía una gran hoguera que permanecía encendida durante horas. Claro que esto lo hacía con mucho miedo, pues sabía que a metros de distancia ya había casas de militares. Pero pude observar que durante estas protestas deben haber tenido tanto miedo como yo, pues cerraban sus puertas y apagaban todas las luces. Después, uno de ellos me contó que él dormía con su arma de servicio empuñada por si las turbas atacaban. Yo sabía que muchos otros vecinos veían la hoguera como un espectáculo y no tenían objeciones, pero tampoco me apoyaban en la acción.

Para mi hija y para mí era un orgullo que al día siguiente, el diario EL MERCURIO informara de las poblaciones en las cuales había habido manifestaciones y figurara la nuestra, aunque lo que habíamos hecho era insignificante en relación con lo que se había realizado en barrios más populares. Parece que los militares y los carabineros estaban muy ocupados en esos lugares, lo que permitía la oportunidad de hacer estas pequeñas acciones.

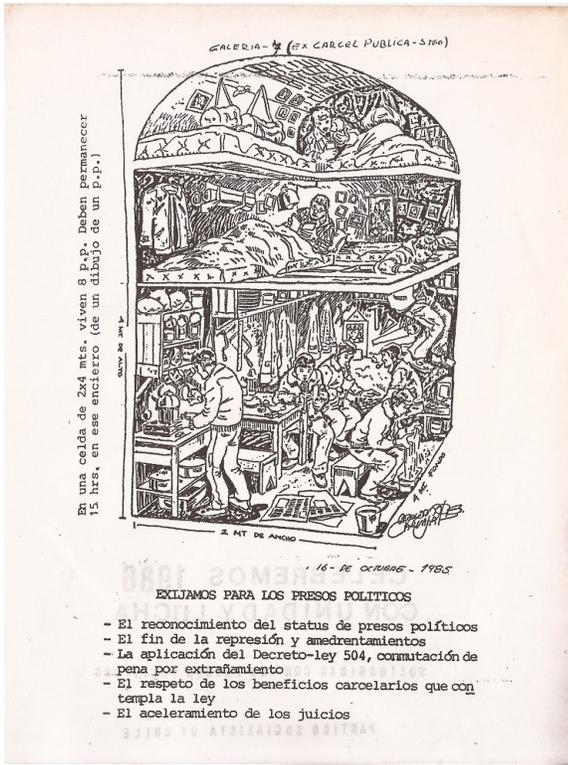
Cuando estas protestas se realizaban, otra de mis actividades era participar en los caceroleos golpeando con un martillo los tubos de gas licuado, lo que producía un ruido terrible, que a veces se multiplicaba con otros vecinos que hacían lo mismo.

Como Leyton era el que estaba en un medio importante y favorable para estas acciones, elaboramos, de nuevo una serie de cartillas sobre lo que se debía hacer en estas protestas, la necesidad de operar en diversos sectores simultáneamente, el preparar y acumular material para las fogatas y las barricadas. También informábamos lo que había que hacer en caso de heridos y detenidos, pero principalmente nuestras cartillas informaban sobre la necesidad y justificación de hacer estas manifestaciones y velábamos por lograr que las acciones no degeneraran en actos vandálicos, especialmente promovíamos las acciones sólo en los días de protestas, pues en los días normales no podíamos provocar problemas inesperados a la población. Estas cartillas, que imprimíamos en número de cincuenta o más, Leyton las distribuía a las otras organizaciones poblacionales de su sector, además de su propia población.

También participábamos en actos que se realizaban en el centro de Santiago y una vez repartimos volantes en conmemoración del día de la mujer, el 8 de marzo, en el Metro.

La doctora Fanny Pollarolo, que era una gran dirigente del movimiento de derechos humanos y era nuestra compañera de trabajo en la FASIC nos incorporó a una gran campaña de solidaridad y dos militantes del núcleo participaron en muchas reuniones de apoyo a Fanny, que estaba detenida. También preparamos un gran lienzo de más de diez metros que con María Victoria, una militante que tenía automóvil, fuimos a colocarlo de día, porque era más seguro, en el puente Condell, que cruza el río Mapocho, y se distinguía desde mucha distancia. A esa hora era posible estacionarse en la Costanera, bajamos el rollo con el lienzo que decía LIBERTAD PARA FANNY POLLAROLO, lo amarramos apresuradamente a las pasarelas asegurándonos que el viento no lo arrugara y volvimos corriendo al auto ante el temor de que aparecieran los carabineros. También distribuimos muchos volantes en el centro en favor de Fanny.

Otra labor que realizábamos en el núcleo socialista, era difundir información sobre derechos humanos y para ello imprimíamos numerosos folletos como el que se muestra a continuación sobre la situación de los presos políticos en 1986:



¿ COMO VIVEN Y LUCHAN LOS PRESOS POLITICOS?

ANTECEDENTES CUANTITATIVOS
Hay 1.063 presos políticos en Chile, de los cuales 322 están encarcelados, mientras que el resto está en libertad bajo fianza o con penas remitidas.

EL PROBLEMA CARCELARIO
Las cárceles están sobre-pobladas y no hay trabajo ni actividades culturales para los presos.
La Penitenciaría de Santiago fue construida para albergar a 600 presos, pero allí están encerrados 1.820 personas.
En celdas de 3,5 mts. por 2 mts. viven 4 personas, pero este número aumenta hasta a 15 reclusos por celda, teniendo que dormir 3 o más en un mismo camastro.

CONDICIONES DE VIDA
Los presos políticos viven hacinados, con pésima atención médica, sin trabajo, etc. Permanecen 15 hrs. diarios encerrados en sus celdas.
Han sido dispersados en numerosas cárceles donde deben compartir su vida con los reos comunes, pero además son sometidos a castigos especiales por su condición de "políticos".

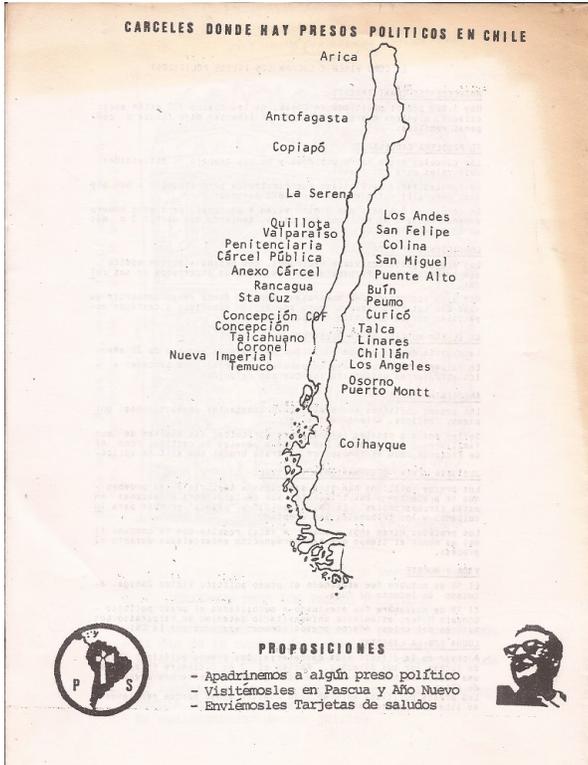
EN EL AÑO MUNDIAL DE LA JUVENTUD
La mayoría de los presos políticos son jóvenes menores de 25 años.
En Valparaíso se construye un pabellón especial para contener a los estudiantes universitarios que son detenidos.

AMEDRENTAMIENTOS
Los presos políticos son sometidos a constantes provocaciones: golpes, castigos, allanamientos, etc.
Se les envía a penales lejanos para dificultar las visitas de sus familiares. A algunos se les envía a penales de castigo, como el de Victoria, que es famoso por el trato brutal que allí se aplica.

JUSTICIA LENTA, DESHUMANIZADA Y SERVIL
Los presos políticos han sido sometidos a torturas y las pruebas - que se presentan a los tribunales son declaraciones arrancadas en estas circunstancias. La CNJ "fabrica" y "planta" pruebas para inculparlos y los tribunales las aceptan.
Los procesos duran años y años. A veces resulta que la condena final es menor al tiempo que han permanecido encarcelados durante el proceso.

VIDA Y MUERTE
El 18 de octubre fue asesinado el preso político Víctor Zúñiga, acusado de intento de fuga.
El 19 de noviembre fue asesinado a cuchilladas el preso político - Gonzalo Muñoz, estudiante universitario detenido en Valparaíso. Los autores del crimen fueron presos comunes juzgados por la CNJ.

LUCHA POR LA LIBERTAD
A pesar de la difícil vida carcelaria, los presos políticos tratan de luchar por sus derechos. Recién el 7 de diciembre finalizaron una huelga de hambre y sed que dejó gravemente enfermos a varios de ellos.
Los presos políticos merecen todo nuestro apoyo porque perdieron su libertad por luchar por la libertad de todos.



El avance tecnológico en todos los aspectos de la vida también llegaba a Chile, aunque con cierto retraso y yo escribí algunos artículos sobre el tema y en especial me interesaba aplicarlo en el trabajo político que realizábamos, para ello compré un computador Atari, el modelo más barato disponible y para juegos infantiles. Ya había aprendido el lenguaje Basic de programación y empecé a hacer programas de juegos elementales, luego intenté hacer algunos programas con contenido político y preparé uno con una breve descripción de los detenidos desaparecidos socialistas, con el trasfondo musical de la Marsellesa Socialista. Esto último me fue muy difícil, ya que no tengo ninguna formación en música y debía traducir las notas musicales al lenguaje Basic. En este trabajo me ayudó mi suegra que sabía música y con su apoyo logré finalizar el programa. Este programa sólo lo exhibimos en reuniones, en primer lugar en el núcleo del Partido Socialista y después en otros pocos lugares. Una copia la llevé a Alemania y la entregué a amigos socialistas que iban a tratar de adaptarlo a los computadores domésticos que allá eran mucho más avanzados.

Actualmente, una de las militantes del núcleo recordaba que mirábamos el programa en una especie de ceremonia religiosa.

Mis pequeñas agresiones.

En muchas manifestaciones yo veía como los carabineros atacaban con violencia inusitada a cualquier manifestante que cayera al suelo, cuando esto ocurría, de inmediato cinco o seis carabineros lo apaleaban salvajemente. Yo podía entender la violencia policial cuando eran atacados, pero siempre se trataba de gente que huía. Parece que el adiestramiento era ensañarse con las víctimas. En una oportunidad que regresaba a mi casa en la micro (bus) Carrascal un carabinero iba al lado mío (todavía no se compraban autos) y yo me corrí para atrás y le di un tremendo pisotón al carabinero, quien llegó a chillar de dolor, entonces le dije: “Disculpe señor”, el carabinero me miró con odio pero no hizo nada, Ese día llegué más contento a mi casa. Esta maniobra la repetí dos veces más, con iguales resultado, pero las suspendí porque pensé que si por error volvía a pisar al mismo carabinero ya no aceptaría mis disculpas. Claro que la tentación era constante, porque en ese recorrido que pasaba cerca de la Escuela de Suboficiales era muy usado por los carabineros. Mi última agresión a carabineros fue una mañana en la Alameda con Bandera. Cerca de allí había una manifestación por el asesinato de José Manuel Parada, un carabinero venía saliendo por la escala del Metro y miró con curiosidad hacia donde se oían los gritos lejanos, yo observé que no miraba hacia adelante y me puse en posición inclinada de lado y como soy corpulento y el carabinero, distraído vino a pegarse un estrellón conmigo, trastabilló y estuvo a punto de caerse, pero sólo se le cayó la gorra, la gente, que era bastante, se puso a reír y el carabinero confundido recogió su gorra y yo como de costumbre le dije: “Disculpe señor” y seguí caminando. Estas actitudes poco amables eran mis pequeñas venganzas en contra de la bestialidad policial y sólo eran posibles porque yo era un hombre mayor, si hubiera sido joven, la reacción policial habría sido distinta.

CAPÍTULO XIII

1990-93 Retorno a la Vicaría de la Solidaridad.

Democracia endeble.

Según la historia oficial, la dictadura terminó cuando Patricio Aylwin fue elegido Presidente en las elecciones del 14 de diciembre de 1989, sin embargo, el poder de la derecha económica y de sus aliados militares se mantuvo casi incólume Y la Democracia Cristiana, el principal partido opositor había abrazado los principios del neoliberalismo, de manera que el cambio fue muy intrascendente.

En el Partido Socialista y en la sociedad chilena se había discutido mucho como debería ser la transición. Algunos propiciaban la lucha armada o por lo menos una insurrección popular, la idea era derrocar la dictadura con las protestas haciéndolas cada vez más masivas. La otra posición que yo compartía era que había que lograr controlar la presidencia de la República haciendo concesiones, pero una vez respaldados por la legitimidad de una elección, ir destruyendo los enclaves del autoritarismo. Sin embargo, si bien se impuso la orientación pacífica, una vez controlado el ejecutivo y el parlamento vaciló en enfrentar los enclaves dictatoriales y se cedió en muchos aspectos. La mayoría de nuestro núcleo adhirió a la transición pacífica con la frustración consecuente. Mi temor era que la dictadura habría respondido a las protestas con masacres de civiles desarmados y si se incrementaban éstas, la represión también aumentaría y para mí, una persona muerta era una tragedia de toda la humanidad. Además siempre pensaba que la muerte de alguien en estas luchas podría ser las de mis propios hijos que participaban en ellas.

Para mí, el triángulo de hierro de la derecha, los militares y el imperialismo norteamericano era invencible, más aún cuando empezaba el derrumbe del socialismo real.

En estas circunstancias debíamos presionar por los cambios, pero sin aceptar una lucha frontal y en el caso específico mío, era el tratar de hacer un balance de lo que había sido la dictadura militar para que no se diluyera en la historia oficial. Y la oportunidad apareció.

La obra fundamental de la Vicaría.

El trabajo que había realizado la mencionada sub red de informática para modernizar las instituciones de derechos humanos había ganado un relativo prestigio y ya la computación se usaba masivamente, en parte porque habíamos hecho cursos de capacitación a muchos funcionarios y a través de estos cursos conocí a Alejandro González, el Secretario General de la Vicaría de la Solidaridad. González era un dirigente del Partido Demócrata Cristiano y había sido Subsecretario de Justicia. En las clases que dictábamos se presentó la oportunidad de conversar sobre el futuro de la Vicaría y del movimiento de derechos humanos y así supimos que la Vicaría haría un estudio global del período de la dictadura, lo que implicaba estudiar no sólo la violación a los derechos humanos, sino que el sentido de la represión y su vinculación con el desarrollo económico y político, analizando también el movimiento sindical y los cambios en el derecho.

Yo había pensado exactamente en lo mismo, hacer una obra que juzgara a la dictadura y fuera una losa de tal peso que impidiera generar en el futuro situaciones sociales parecidas al terror de la dictadura militar de derecha.

Una experiencia era el del terror de la revolución francesa. La derecha francesa había logrado confundir la revolución con el terror, lo que a mí me parecía una tergiversación histórica. En cambio en Chile la dictadura militar había sido casi puro terror y trataba ahora de construir un rostro histórico falso. Era la oportunidad de impedirlo.

Un día, Alejandro González me citó a su oficina y me dijo que había leído mis libros y que le interesaba que yo colaborara en el gran proyecto de producir el estudio final sobre la dictadura, Mencionó a varios abogados y sociólogos que harían las distintas partes del proyecto. Iba a ser como una colección de estudios sobre los distintos aspectos de la dictadura.

El problema que se presentaba es que la Vicaría tenía que tener permanentemente buenas relaciones con la FASIC y no podía crear problemas que rompieran esta armonía, que había sido fundamental en el trabajo de defensa de los derechos humanos. Alejandro González creía que el Secretario Ejecutivo de FASIC, Claudio González, podría considerar que la Vicaría le estaba quitando a uno de sus colaboradores.

En realidad el problema no existía, porque Claudio González sabía que la FASIC disminuiría sus actividades en función de que ya no se aplicaba la política de violaciones a los derechos humanos y nos había advertido que deberíamos buscar otros trabajos. Con esta explicación, Alejandro González me asignó la tarea de hacer un estudio sobre la política represiva de la dictadura, conteniendo las estadísticas de todas las violaciones a los derechos humanos, los dos aspectos relacionados: la política y su ejecución.

Para mí, esta investigación fue la más importante que he realizado.

Tenía un plazo de un año para hacer el trabajo y semanalmente debería presentar los avances a un sociólogo que estaba encargado de los cambios sociales durante la dictadura. Este sociólogo recogía los avances de todos los investigadores y se lo llevaba al abogado supervisor del proyecto, creo que el abogado Esponda: Yo trabajé disciplinadamente durante seis meses y todos los avances presentados fueron aceptados. Al cabo de esos seis meses y con meses de anticipación al plazo convenido entregué el trabajo total. Uno no sabe si lo que ha hecho está bien, mal o muy mal. El abogado supervisor, por lo menos lo aceptó sin observaciones. Mi autocrítica era positiva, era lo mejor que había hecho. La obra se llama "*La represión en Chile, 1973-1989*".

Sin embargo, de todos los otros autores que iban a hacer los otros temas, sólo el abogado encargado de los cambios legales terminó su trabajo. Todos los demás, al cumplirse el año de plazo no los habían terminado y peor aún, declararon que no podrían hacerlo porque no habían encontrado la información que necesitaban. Así se diluyó la obra con que iba a culminar la labor de la Vicaría.

La Vicaría terminó sus actividades en 1992, excepto el Centro de Documentación, que fue trasladado a otro edificio del Arzobispado. La institución que heredó parte de las funciones de la Vicaría fue una

comisión pública creada para esos efectos: La Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación que Alejandro González dirigió como Secretario Ejecutivo, quien me comunicó que quería que yo me hiciera cargo del sistema computacional de esta Comisión. Yo le dije que no podía asumir una tarea de esa envergadura, pues yo era un mero aficionado de la informática, pero que no tenía ninguna formación profesional en la materia.

Mi trabajo principal de 217 páginas y 65 cuadros estadísticos mostraba cómo la política represiva fue una aplicación de la doctrina de seguridad nacional enseñada a los militares latinoamericanos por el Pentágono Norteamericano. La represión tenía como finalidad lograr la pasividad popular, para lo cual el instrumento esencial y central de la política de terror establecida fue la tortura, porque ella es insostenible y produce efectos aterrorizadores en la población y debilita incluso a los mismos militantes que la sufren o que simplemente la temen. Yo había estudiado la tortura durante muchos años y había sido miembro de la Comisión Contra la Tortura.

Desde el punto de vista estadístico utilicé datos de la Vicaría y de los demás organismos de derechos humanos, pero también las estadísticas oficiales demográficas, policiales, de salida y entrada de personas al país, de mortalidad y otras, lo que permitía hacer estimaciones mucho más completas. Este estudio nunca se publicó. Alejandro González que había sido el promotor de la obra general había fallecido. Yo creo que las autoridades eclesiásticas que debían aprobar estos libros jamás habrían aprobado el mío, pues ahora abogaban por una política de conciliación con los empresarios y el ejército. Además el gobierno democrático tenía una política oficial de “Reconciliación” y de “justicia en la medida de lo posible”.

El problema de trasfondo fue que la tortura es un tema que la dictadura exigió que no se considerara y como de costumbre... la civilidad cedió. Por su parte la Iglesia Católica proclive al perdón de todos los crímenes, impuso en el *Informe Valech*, informe sobre las violaciones a los derechos humanos, que se declarara oficialmente que toda la información sobre tortura sólo se podría abrir en el plazo de cincuenta años y que los tribunales de justicia no podrían acceder a esta información. ¡Esta fue la negación más descarada a los derechos humanos que se haya hecho en el mundo! Había que esperar medio siglo para procesar a los torturadores.

Ante esta situación y como el libro estaba registrado con derecho de autor a mi nombre, yo hice una pequeña edición en el computador de unos veinte ejemplares y lo envié a algunas bibliotecas y a amigos. Nadie me dio su opinión, excepto Carmen Garretón, que era la encargada del Centro de Documentación de la Vicaría, pero su lectura era una revisión para advertirme de posibles errores solamente, antes de entregarlo oficialmente al abogado supervisor. En este libro yo sostenía la tesis de que la tortura había sido el instrumento central de toda la represión, razón por la cual, presumo que la Iglesia se negó a publicarlo conforme al informe Valech. Mi trabajo más importante quedó olvidado. Solo varios años después, cuando había vuelto a la Escuela de Ciencias Políticas y Administrativas, su director, que era Manuel Antonio Garretón, Premio Nacional de Humanidades, me dijo al pasar: “Yo leí tu libro sobre la represión. Creo que es lo mejor que se ha escrito en Chile sobre el tema”. Fue el único comentario que escuché.

CAPÍTULO XIV

Nuevos compromisos.

Frustraciones y esperanzas.

Trabajé otro año en la Vicaría, en el Centro de documentación, pero fue casi puro trabajo muscular pues se trató del traslado de los libros a otra sede del Arzobispado porque la Vicaría se terminaba. En este período conocí a Rainer Huhle, un alemán que tenía un centro de documentación sobre Chile en Nuremberg. Como la Vicaría estaba trasladando su centro de documentación y había mucho material repetido y sobrante se lo dimos y mi hijo Cristián y yo, lo acompañamos a llevar los bultos al correo. Desde entonces, cada vez que Rainer vuelve a Chile me pasa a ver y hemos tenido una larga amistad postal, a pesar de que me ha invitado muchas veces a conocer su centro y la labor que realiza en torno al Tribunal de Nuremberg, nunca he podido ir, pero eso no ha impedido, como en otros casos que estos amigos solidarios con Chile se transformen en buenos amigos personales.

Mi trabajo en Derechos humanos continuó durante más años, ya en democracia. En el Partido Socialista formamos la Secretaría Nacional de Derechos Humanos, a la cual se incorporaron muchos miembros de las agrupaciones de familiares de las víctimas de la represión, ex presos políticos y ex trabajadores de instituciones de derechos humanos. Centralizamos el trabajo en producir información para el interior del Partido y para definir la posición socialista frente a los acontecimientos relativos a los derechos humanos. Esta labor debí suspenderla pues un día, el senador Letelier asistió a una de nuestras reuniones y me informó que yo no podía seguir de secretario de esa Secretaría, pues según los estatutos debía estar a cargo de un senador y él asumía desde ese día el cargo. Posteriormente, la Comisión dejó de funcionar porque el senador encargado faltaba a las reuniones, dado que tenía muchos compromisos.

DERECHOS HUMANOS Y SOCIALISMO

PARA UNA POLITICA SOCIALISTA DE DERECHOS HUMANOS

CAPITULO I INTRODUCCION

1.1 Presentación.....	3
1.2 Declaración Pública: El Partido Socialista y los derechos humanos.....	5
1.3 Declaración de la Secretaría Nacional de Derechos Humanos del Partido Socialista sobre la creación de la Comisión de Verdad y Reconciliación	9

CAPITULO II SOCIALISMO Y DERECHOS HUMANOS

2.1 El Partido Socialista de Chile y los derechos humanos, Jaime Esponda.....	11
2.2 La democracia y el sentido de la historia, Sergio Monsalve.....	17
2.3 Democracia y derechos humanos desde una perspectiva socialista, Patricio Orellana.....	27

CAPITULO III VERDAD, JUSTICIA Y REPARACION

3.1 Elementos para una política de derechos humanos. Proceso de verdad y justicia (resumen preparado por Vladimir Sáez).....	47
3.2 Establecimiento y consolidación de la jurisdicción conservadora, Sergio Monsalve.....	59
3.3 Para una política de reparación, Sergio Godoy Fritis.....	63

CAPITULO IV

LIBERTAD PARA LOS PRESOS POLITICOS

4.1 Para la libertad de los presos políticos, Patricio Orellana.....	73
4.2 Enfoque a la problemática de presos políticos en la democracia, René Farías.....	83



SECRETARIA NACIONAL
DE DERECHOS HUMANOS
DEL PARTIDO SOCIALISTA

Así terminó mi trabajo, mi lucha por los derechos humanos no había sido con balas, sólo con el sudor y la pluma (¿o el computador?). Yo quedé satisfecho con lo que había hecho, pero también me quedó el recuerdo del miedo insoportable por los instrumentos aterradores que usaba la dictadura en contra de las personas y como trabajaba en el frente de los derechos humanos permanentemente estaba en contacto con las víctimas y sus terribles experiencias.

En realidad yo fui una excepción afortunada, al extremo que mi amiga Silvia Pinilla, secretaria de la Comisión Chilena de Derechos Humanos, que había estado detenida y torturada, me dijo muchos años después “Con todo lo que hiciste nunca te pasó nada... debes ser agente de la CNI”.

Sin embargo, en los años siguientes, algunos temas de derechos humanos surgieron. Como vivíamos en democracia, yo consideré que el tema de los derechos humanos pasaría a ser fundamental y que Chile utilizaría toda su imagen internacional desarrollada en ese ámbito. Pensaba que los embajadores chilenos levantarían los principios de los derechos humanos en todos los países, pasaríamos a ser una especie de promotores de esos valores, al estilo de como Suiza lo hizo con la paz. En el núcleo del Partido Socialista, Patricia Lorca siempre dijo que la solidaridad se agradecería, pero que lo fundamental era retribuirla con otros pueblos que sufrieran y que esta actitud debía ser permanente. Cuando tuve oportunidad de conversar este tema con los embajadores chilenos de Egipto y de Túnez, ambos, en distintas circunstancias, me miraron como si estuviera loco, las instrucciones que habían recibido eran tajantes, no debían tener ninguna injerencia con la política local. A pesar de que yo traté de destacar el sentido universal de los derechos humanos y de criticar que estos derechos no se respetaban en esos dos países, no logré ninguna comprensión de parte de estos embajadores que me miraba como alguien iluso que no entendía nada de la sustancia de la diplomacia. Yo les recordé el rol de los embajadores de Francia, Italia, Dinamarca, Suecia, Noruega y hasta de Panamá y de muchos otros países, durante la dictadura militar en Chile, pero no los conmoví en absoluto. Yo tampoco pretendía que se metieran en la política local, pero siempre se puede hacer algo, por ejemplo conferencias sobre el mismo caso chileno o la labor de la ONU, etc. ¡Y ambos eran de izquierda!

El otro traspie de este mismo tipo fue una nota que le envié al Ministro de Relaciones Exteriores, el Sr. Silva Cimma, solicitando que Chile adhiriera a HURIDOCS y pagara una cuota anual, como otros países: Después de muchos meses recibí una respuesta verbal de rechazo a la solicitud. Volví a insistir relatando todas las acciones de solidaridad con Chile que había tenido HURIDOCS y la obligación que tenía Chile ahora de luchar por la vigencia de los derechos humanos en todo el mundo. Esta vez el resultado fue catastrófico, el Sr. Ministro me envió un embajador que me comunicó que consideraba que mi solicitud era una ofensa y que mi obligación era ser respetuoso con las autoridades. Parece que quería que yo le pidiera perdón.

Finalmente, el otro traspie fue cuando consideré la posibilidad de difundir los derechos humanos a nivel universitario. Ya había solicitado mi reincorporación a la Universidad de Chile, pero como a todos los profesores exonerados, la solicitud fue rechazada con los argumentos de que ya no existía mi cátedra y que no habían vacantes. Entonces preparé un programa de Derechos Humanos para dictar en la Facultad de Ciencias y allí lo presenté. Fue aceptado, con la única condición de que los alumnos que lo siguieran lo harían libremente, es decir no se consideraría como requisito regular. Conversé con los dirigentes del Centro de Alumnos y me aseguraron que habría muchos interesados y fijamos la fecha, hora y sala.

El día señalado, Andrés Domínguez daría la clase inaugural y ocurrió que no se presentó ni siquiera un alumno. Entonces entendí el fenómeno que ocurría, en ninguna parte se había logrado establecer este tipo de cursos, a pesar de lo que creían los miembros del movimiento de Derechos Humanos. Parece que se había hablado tanto del tema, que la generalidad de la gente estaba saturada de él o consideraba que ya sabía lo suficiente sobre la materia. Aún hoy, cuarenta años después del golpe, no se logra dictar este tipo de cursos y aún se discute cómo y por qué. La última idea es incorporarlo junto con ética y derecho en un curso de educación cívica a nivel secundario.

Empezaba una nueva etapa de mi vida, como de costumbre, definí cual sería mi trabajo sustancial. Sabía que durante la dictadura, el poder se había concentrado casi totalmente y de acuerdo con las tesis de Lord Acton, el poder corrompe y el poder absoluto corrompe absolutamente. En la dictadura militar esta tesis se había cumplido a cabalidad, encabezada por Pinochet y sus generales y seguida por toda la clase empresarial que se habían enriquecido con la corrupción masiva. Inmediatamente me di cuenta de que la corrupción sería una herencia que penetraría la democracia renaciente y había que atacarla para impedir que ella fracasara. Desde entonces me dediqué al estudio del tema de la Ética y la probidad-corrupción y en los veinte años siguientes escribí libros y decenas de artículos sobre el tema y lo enseñé en las universidades y servicios públicos. Creo que mi aporte no ayudó mucho a impedir la proliferación de la corrupción política. ¡Pero tampoco me arrepiento de haberlo hecho!

Pero ese es otro capítulo de mi vida.

Santiago, agosto de 2015.

ANEXOS

LIBROS Y ARTÍCULOS SOBRE DERECHOS HUMANOS DE PATRICIO ORELLANA VARGAS.

LIBROS

Patricio Orellana Vargas, ***Violaciones a los Derechos Humanos e Información***, Santiago, FASIC, Colección Documentos, 1989.

Patricio Orellana Vargas, ***Algunos aspectos cuantitativos de la situación de los presos políticos en Chile***, Santiago, FASIC, Colección Documentos, 1988

Patricio Orellana Vargas, ***El exilio chileno***, Falmer. IDS Institute of Development Studies, University of Sussex, 1981

Patricio Orellana Vargas y Elizabeth Quay Hutchison, ***El movimiento de derechos humanos en Chile, 1973-1990***, Santiago, Centro de Estudios Políticos Latinoamericanos Simón Bolívar, CEPLA, 1991.

Patricio Orellana Vargas, editor, ***Derechos Humanos e Informática, la experiencia latinoamericana***, Santiago, FASIC, Colección Documentos, 1991.

Patricio Orellana y varios autores, ***Glosario de definiciones operacionales de las violaciones a los Derechos Humanos***, Santiago, FASIC, 1989

Patricio Orellana y varios autores, ***Glosario de definiciones operacionales de las Violaciones a los Derechos Humanos***, Santiago, FASIC, edición trilingüe en español, inglés y francés, 1991.

Patricio Orellana Vargas, ***La represión en Chile, 1973-1989***, Santiago, mimeo, 1990.

Patricio Orellana Vargas, ***La represión en Chile, 1973-1989***, Santiago-Estocolmo, editorial Senda-Forlag i Stockholm 2015 .

ARTÍCULOS

- 19870000 (en colaboración con Hugo Frühling) Organizaciones No gubernamentales de Derechos Humanos bajo regímenes autoritarios. El caso chileno desde una perspectiva comparada.
- 19890000 Información y Derechos Humanos, el caso de Chile.
- 19890000 Information and Human Rights: The case of Chile
- 19890000 El uso de la informática en la defensa de los derechos humanos en América Latina.
- 19900200 Derechos Humanos y Computación.
- 19930000 Democracia y derechos humanos desde una perspectiva socialista
- 19980323 Violaciones a los Derechos Humanos y conflictos pendientes.
- 20020304 Una fecha trascendente para la Humanidad.
- 20020702 Bienvenida la Injerencia.
- 20021013 La información militar.
- 20030823 ¿Nunca más?.
- 20030803 Carreristas y O'Higinistas.
- 20040814 Homenaje a los estudiantes.
- 20050128 El Holocausto y el genio judío.

Los libros y artículos se pueden ver en la página web de Patricio Orellana www.probidadenchile.cl

APÉNDICE

Las siguientes distinciones me fueron otorgadas por mi colaboración en la lucha por el respeto a los derechos humanos durante la dictadura militar de la derecha.



MEDALLA DE LOS 50 AÑOS POR SU APOORTE A LOS DERECHOS HUMANOS



COLEGIO DE ADMINISTRADORES PÚBLICOS DE CHILE A.G.
Fundado en 1969

EL COLEGIO DE ADMINISTRADORES PÚBLICOS DE CHILE A.G

Distingue al colega

Patricio Orellana Vargas

Por su destacada trayectoria durante el ejercicio de la profesión.

El presente reconocimiento se entrega durante la celebración del *Día del Administrador Público*, efectuado en el Auditorium N°1 del Edificio Vicente Kovacevic II de la Universidad Central de Chile, el día 5 de diciembre del 2012, en la ciudad de Santiago de Chile.

POR SU TRAYECTORIA EN DEFENSA DE LOS DERECHOS HUMANOS



PATRICIO ORELLANA VARGAS
EN GRATITUD Y RECONOCIMIENTO
POR SU ABNEGADA ENTREGA EN LA DEFENSA
Y PROMOCION DE LOS DERECHOS HUMANOS,
COMO TRABAJADOR DE NUESTRA INSTITUCION

 **VICARIA DE LA SOLIDARIDAD**

SANTIAGO, DICIEMBRE DE 1992.

POR SU TRABAJO EN LA VICARÍA DE LA SOLIDARIDAD

